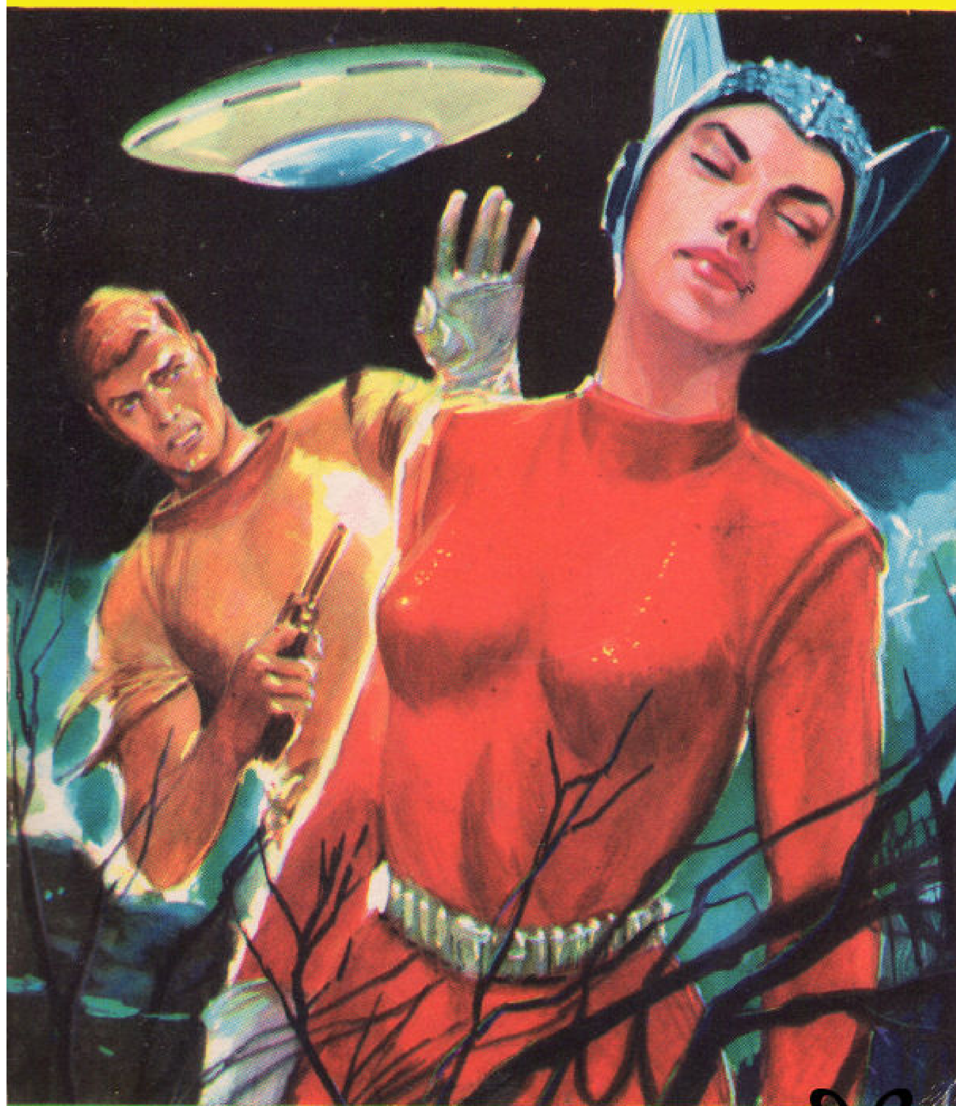
LUCHADORES DEL ESPACIO

LOS NUEVOS BRUJOS



POR GEORGE H. WHITE

Transportada al autoplaneta VALERA la fantástica máquina que guarda celosamente los últimos especímenes del pueblo de Izrail, los valeranos contemplan con inquietud una nueva posibilidad. ¿Qué ocurrirá cuando aquellos seres extraordinarios renazcan a la vida? ¿Serán avasallados, esclavizados…, tal vez aniquilados por aquella raza poderosa?

George H. White nos revela la sorprendente personalidad de un pueblo antiquísimo, que al borde de la extinción halló los medios, más allá de todo lo posible, para sobrevivir en espera de otros seres inteligentes que les devolvieran a la vida con nueva y vigorizadora savia.

El relato apasionante de un amor entre un descendiente de la nación terrícola y una sorprendente mujer que resurgió de una fórmula, pero que había nacido ¡veinticinco mil años antes!



George H. White

Los nuevos brujos

La saga de los Aznar - 34

ePub r1.1

Titivillus 10.08.15

Título original: *Los nuevos brujos*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LOS NUEVOS BRUJOS

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

DESPUÉS de trece meses de demoras y discusiones, finalmente la máquina KARENDÓN fue llevada al autoplaneta VALERA.

Ese mismo día, en todas las ciudades del planetillo, millones de valeranos se manifestaron violentamente contra la decisión de la Asamblea Nacional. Como un león dormido, la opinión pública se sacudió su pereza y lanzó un rugido malhumorado que hizo temblar al débil gobierno de la República.

Fue una de las peores revueltas en la historia del planetillo. Las hordas soliviantadas tomaron al asalto el edificio del nuevo Capitolio, devastaron las oficinas y le dieron fuego. Cuando llegaron los bomberos, éstos vieron dificultada su labor por los amotinados. La Policía cargó con dureza, corrió la sangre, y la multitud se cegó de rabia haciendo frente a las armas, dispuesta a todo.

Después de hacer pedazos a las fuerzas de Policía, los amotinados se dirigieron contra el Palacio Residencial. Allí los blindados contuvieron a la multitud a costa de sembrar de

cadáveres la Plaza de España.

La horda no pudo penetrar más allá de la sólida verja de "dedona" que protegía la entrada al Palacio Residencial y a la Sala de Control del autoplaneta, pero su furia se volvió contra los miembros de la Asamblea. No contra todos, sino directamente sobre aquellos que, con su voto comprometieron a la nación en un pacto, sobre cuyas condiciones no fue consultada la nación.

El pueblo guardaba buena memoria de los nombres de los inculpados, y entre éstos el principal instigador era el Almirante Aznar.

Lo que ocurrió aquel día aciago en la capital de VALERA fue algo inexplicable, un episodio de la historia del planetillo que arrojaría un negro borrón sobre el comportamiento de un pueblo, que se suponía había alcanzado un alto nivel cívico.

La horda se dirigió al domicilio de los Aznar. La joven señora Aznar estaba sola en el apartamento con su hijo de dos años. La muchedumbre, ciega de ira, echó abajo la puerta y entró por la fuerza en el hogar del Almirante… Nunca se supo exactamente lo que ocurrió allí, porque nadie declaró jamás sobre este asunto, ni se confesó haber estado presente.

A esa misma hora Miguel Ángel Aznar se encontraba a mil doscientos kilómetros de Nuevo Madrid, en Ciberburgo, donde acababa de ser desembarcada la máquina KARENDÓN.

La máquina KARENDÓN había atraído a Ciberburgo a una multitud de científicos, que esperaban con curiosidad ver surgir de aquélla a los últimos supervivientes de la antiquísima raza Bartpur.

Para los tripulantes del autoplaneta, la historia comenzó cuando, al abandonar REDENCIÓN, rotos los vínculos afectivos y de obediencia que les unieron a la Confederación de Planetas Terrícolas, empezaron a recibir unas señales inteligentes —partículas de alta energía— procedentes de algún lugar lejano del universo remoto.

El autoplaneta, impulsado por sus poderosos motores fotónicos, puso rumbo en la dirección que llegaban las señales. Éstas siguieron recibiéndose durante quince años, y luego quedaron interrumpidas para siempre.

El planetillo siguió viajando a velocidades próximas a la de la luz, hasta que doscientos sesenta años después llegó a la vista de un

nuevo mundo. Este mundo era el hiperplaneta, un anillo gigantesco de materia solidificada, cuyos todos sus puntos equidistaban ciento noventa millones de kilómetros del sol.

Todas las características del hiperplaneta cumplían las condiciones necesarias para la vida del terrícola. La fuerza de gravedad, la composición y presión de la atmósfera, las radiaciones solares, la existencia de océanos inmensos y de especies vegetales, presentaban aquel mundo como un paraíso donde el hombre del planeta Tierra debería poder vivir perfectamente.

El circumplaneta, llamado así por su forma geométrica, parecía deshabitado cuando la primera aeronave no tripulada de los valeranos fue allá para recoger muestras del aire, el agua, el suelo y los especímenes vegetales. Pero el supuesto paraíso estaba habitado por un elemento hostil, tan pequeño que sólo podía vérsele a través de los microscopios, y tan mortífero que desencadenó una epidemia de carácter catastrófico entre la población del autoplaneta.

Este enemigo microscópico eran las bacterias contenidas en las muestras del suelo traídas por la aeronave exploradora.

La epidemia fue contenida a tiempo gracias a la rápida y eficaz intervención de los científicos valeranos, que elaboraron una vacuna sobre nuevas muestras traídas directamente del circumplaneta. Los hombres que fueron en busca de aquellas muestras fueron también los primeros terrícolas en pisar el hiperplaneta; el Almirante Miguel Ángel Aznar, que actuaba como piloto de la aeronave, y el joven exobiólogo Alejandro Valera.

En aquel rápido y azaroso viaje, cuando los hombres estaban tomando muestras del suelo, fueron sorprendidos por el ataque fulminante de unas extrañas aeronaves impulsadas por primitivos motores a reacción. ¡El circumplaneta no estaba deshabitado!

El descubrimiento de vida inteligente en el circumplaneta originó un movimiento de pánico entre los doscientos millones de habitantes de VALERA. Tanto en la cámara de Representantes, como en el Senado y un sector importante de la opinión pública, se alzaron voces alarmistas advirtiendo de un peligro tan inminente como imprevisible.

El Gobierno de la República se había manifestado en el sentido de no tener propósito de colonizar el circumplaneta. Pero una minoría, cuyo líder era el Almirante Aznar, apoyaba una moción

cuyo fin era asegurar la hegemonía de la raza terrícola en aquella región del Universo, asentando una colonia que sería la base de la futura conquista del circumplaneta.

Con el propósito de determinar la naturaleza y el grado de desarrollo de los habitantes del circumplaneta, el Gobierno accedió a destacar una fuerza aérea que puso bajo el mando del Almirante Aznar.

La expedición, que pudo acabar en un desastre, reveló que los habitantes del circumplaneta era una raza de insectos altamente evolucionada, las "mantis", cuyo nivel tecnológico era sin embargo muy bajo, no habiendo alcanzado todavía el umbral de la Era Atómica.

En contradicción con este atraso, las "mantis" opusieron la tremenda eficacia de un arma de extraordinario poder —un emisor de ondas gravitacionales— cuya posesión implicaba un vasto conocimiento de la estructura de la materia, y de la mecánica universal en su conjunto[1]. Cuando el Almirante Aznar pudo apresar esta arma, se estableció algo que ya se venía sospechando tiempo atrás. Las "mantis" nunca habían enviado un mensaje telegráfico para dar a conocer su existencia a las restantes civilizaciones del Universo. Antes que los insectos, posiblemente desplazada por éstos, existió una civilización muy superior de seres constituidos a semejanza del terrícola.

Por todas partes, en el circumplaneta, se encontraron posteriormente restos de aquella cultura antiquísima.

Una de las muestras más notables de la civilización que anteriormente habitó el circumplaneta, eran las ruinas de una ciudad, Cifra, donde un equipo de arqueólogos realizó excavaciones meses más tarde.

En Cifra los arqueólogos iban a llevar a cabo un descubrimiento de alcance imprevisible. De los sótanos de un viejo edificio, bajo tres metros de tierra y escombros, extrajeron el cuerpo incorrupto de una mujer de belleza sobrenatural ¡una mujer que llevaba enterrada más de veintidós mil años!

Esta mujer era DHOLAK, el Ángel de la Muerte, a cuya existencia hacía referencia una inscripción en antigua escritura bartpur.

DHOLAK, a quien los terrícolas llamaron IZRAIL, resultó

sorprendente en más de un aspecto. Expuesta a la luz solar, resucitó… ¡y hasta habló! Demostró poseer una aptitud increíble para el estudio de los idiomas. Su memoria era infalible y estaba ordenada como la del mejor computador electrónico.

¡Con razón, puesto que se trataba de un robot[2]!

IZRAIL hizo revelaciones extraordinarias. Los últimos supervivientes de la civilización bartpur lo habían construido expresamente para confiarle una misión a la altura de las facultades sobrehumanas. IZRAIL sería el guardián de la vieja raza. Tenía que sobrevivir al paso de los milenios y esperar la llegada de un pueblo extragaláctico, que acaso pudiera aportar nueva y vigorizante savia a la decadente nación bartpur.

En efecto, el problema de los bartpur era la degeneración biológica de la raza, conocida técnicamente por “metamorfosis regresiva”. Durante milenios, los científicos bartpur habían manipulado los genes, determinando a voluntad el carácter y la conformación física de su pueblo. Pero parecía que, agotadas todas las posibilidades de mejora, la Naturaleza se burlaba de ellos, condenándoles a la extinción. Cada vez nacían mayor número de hombres impotentes y mujeres estériles. Descendía el número de nacimientos. La raza estaba agotada.

La progresiva decadencia de la raza bartpur vino a agravarse con un suceso inesperado. Una repentina mutación de una especie de insectos, las “mantis”, creó un género gigante de éstos. Frente a una humanidad en regresión, las “mantis” se multiplicaban con vigor arrollador. La filosofía bartpur, contraria a toda actitud violenta, era profundamente respetuosa ante cualquier manifestación de la vida.

Las “mantis” no sólo eran seres vivos, sino criaturas inteligentes. El hiperplaneta era enorme, ¿por qué no podían convivir todos pacíficamente?

Mientras los sesudos padres del pueblo bartpur trataban de convencer a las “mantis” para que accedieran a un arreglo pacífico, sus ciudades eran asaltadas, saqueadas e incendiadas, su industria desmantelada, su agricultura arrasada…

Incomprensiblemente una nación varias veces milenaria, con enormes recursos humanos y tecnológicos, era aniquilada, borrada de la faz del hiperplaneta por una raza de insectos de una crueldad y salvajismo infrahumanos.

Los bartpur tomaron una extraña decisión; desaparecer, esperar en otra dimensión situada en el tiempo una evolución favorable de los acontecimientos. Durante casi un milenio habían estado lanzando señales de socorro al espacio. En algún lugar remoto del Universo, otras razas inteligentes recogerían este mensaje. Tal vez alguna viniera a investigar al hiperplaneta. Tal vez alguna reuniera características biológicas semejantes al pueblo bartpur. De no ser así, los bartpur esperarían. No les importaba esperar, el tiempo no tenía prácticamente ningún significado en la dimensión desde la cual esperarían, miles, millones de años…

Y construyeron la KARENDÓN.

Describiéndola a grandes rasgos, se trataba de una máquina analista.

Dicho así parecía cualquier cosa. En la práctica resultaba de una complejidad enorme.

La KARENDÓN era un modelo muy evolucionado de otras máquinas largamente experimentadas en la fabricación de equipo. Los terrícolas valeranos habían desarrollado un tosco modelo de esta misma máquina, aplicada a la construcción de sus poderosos cruceros siderales de combate.

El nuevo crucero de la serie STELAR, por ejemplo, era un monstruo de 300 metros de longitud, por cuarenta de ancho y cuarenta de puntal. Su casco de “dedona” tenía en todas sus partes tres metros de espesor y estaba hecho de una sola pieza… ¡pero un metro cúbico de “dedona” pura pesaba 40.000 toneladas!

Un metal tan enormemente pesado no podía manejarse ni fundirse por los métodos convencionales. La técnica que se empleaba consistía en arrancar átomo por átomo la materia de un bloque de “dedona” de un tamaño manejable. Cada átomo era enviado por medios electrónicos a una “grada” y, dirigidos en forma de haz, iban a rellenar el espacio previamente fijado por una serie de coordenadas, que marcaban tanto la forma, como el espesor, las aberturas y el más pequeño relieve del casco del buque.

El casco quedaba “integrado” en una sola pieza, y luego se procedía a montar el resto en el interior del caparazón.

Pero la tecnología bartpur estaba mucho más desarrollada. Para construir un crucero de la serie STELAR, los ingenieros bartpures comenzarían por fabricar una aeronave tipo y la colocarían dentro

de la caja de “extracción” de una máquina KARENDÓN.

Sobre una trama de coordenadas microscópicas, dispuestas en tres dimensiones, la máquina KARENDÓN “atacaría” la estructura del buque, de afuera adentro, arrancando cada átomo del casco de “dedona”. Desnudado el casco, la máquina desintegraría lo que venía a continuación: la envoltura de caucho de los manojos de cables eléctricos que corrían por todas partes, el cobre de los mismos cables y el resto del caucho que los cubría. Seguiría profundizando y alcanzaría el material de aislamiento térmico de las paredes interiores, la pintura que recubría este material, los clavos de las paredes, los marcos de los cuadros colgados de esos clavos, la tela de los cuadros, las microscópicas capas de pintura sobre la tela, el cristal del marco si lo tenía…

En un segundo la máquina KARENDÓN “devoraría” todo el buque, de afuera adentro. Simultáneamente la máquina escribiría una complicada fórmula sobre una cinta magnética, detallando el lugar exacto donde se encontraba cada molécula, y la estructura atómica de todas y cada una de aquellas moléculas…

La máquina KARENDÓN estaría ahora en posesión de la “fórmula” de todos los componentes que formaban el conjunto del buque, ¡incluso los muebles, los libros de la estantería y el agua de la pecera que el comandante tenía en su camarote! ¿Qué ocurriría si la máquina invirtiera todo el proceso? Indudablemente, si la máquina estaba bien construida, cada átomo volvería a ocupar EXACTAMENTE el mismo lugar que tenía antes. ¡El enorme y complicado buque de 300 metros volvería a integrarse dentro de la caja!

Pero si la máquina se guardara una copia de la fórmula, ¡podría repetir millones de veces el original, con la sola condición de ser alimentada de los materiales necesarios! Pero ni siquiera esto sería necesario. Básicamente, lo que diferenciaba a unas materias de otras, era la forma en que se combinaban los átomos. Y la materia podía crearse también a partir de la energía. ¡Luego la máquina sólo necesitaría ser alimentada de energía!

Llevando las cosas al límite, invirtiendo los términos un crucero sideral que fuera desintegrado no necesitaría conservarse en forma de materia. ¡Se “almacenaría” en forma de energía!

Cuando el ilustre ingeniero doctor en electrónica, don José

Ferrer, explicaba este complicado proceso en una conferencia de divulgación científica ante la televisión, preguntaba enfáticamente ante las cámaras:

—Y bien, ¿qué ocurrió con los peces de colores que el Comandante tenía en una pecera en su camarote del buque? —hacía una pausa dramática y añadía—: ¡Fueron desintegrados también!

Así era cómo los últimos seres de la milenaria raza bartpur se ausentaron temporalmente. No estaban muertos, ni vivos. Existían, reducidos a una expresión algebraica, sobre una delgada lámina de oro perforada, arrollada a un tambor. Su espíritu, separado del cuerpo, esperaba en una dimensión espacio-temporal el momento de reencarnar dentro de la máquina KARENDÓN.

Cómo y de qué forma podrían reintegrarse a sus cuerpos, era un misterio situado en el campo de la metafísica. Si en teoría los peces de colores de la pecera del comandante podían integrarse después de haber sido desintegrados, en la práctica se sabía de cierto que los peces aparecían muertos. La inapreciable llama de la vida, una vez apagada, no volvería a animar el cuerpo que abandonó, lo mismo si se trataba de un pez, o de un ser humano.

Sin embargo parecía seguro que los bartpures eran capaces de reencarnar, no solamente con idéntica apariencia física, sino conservando integra su personalidad, incluyendo sus ideas, sus recuerdos, sus vivencias…

Una raza que era capaz de semejante hazaña, lógicamente habría de ser contemplada con recelo. El ser humano siempre miró con temor aquellos fenómenos que no podía comprender. En el hombre primitivo debió ser el fuego, el relámpago, el trueno, el eclipse del sol o de la luna…

Hoy, un pueblo que conocía el misterio de la estructura de la materia, que viajaba a miles de años luz de su mundo de origen tripulando un planetillo hueco, que podía reducir los espacios vacíos intermoleculares, que poseía armas de un poder destructor enorme… temblaba ante otros poderes ocultos, manejados por otros hombres, mitad dioses, mitad brujos.

La primera reacción de los valeranos fue de temor. Pero este temor, lejos de disiparse con las explicaciones teóricas de los más grandes científicos de la nación valerana, se afianzaba en los

estratos menos cultos del pueblo. Una pregunta inquietante era ésta. ¿Si la máquina KARENDÓN conservaba, reducidos a una fórmula, los componentes de cincuenta millones de seres humanos distintos, cuántas veces cincuenta millones podría “fabricar” repitiendo la fórmula aquella máquina diabólica?

Los teóricos contestaban que un alma sólo podía animar un cuerpo. Pero ya lanzados por la fantasía desbocada, los timoratos preguntaban: ¿qué ocurre cuando nace un niño? En alguna parte surge un alma nueva para animar esa nueva vida. A menos que se aceptara la teoría de la reencarnación, según la cual el alma de los muertos cobraba una nueva existencia en otro ser vivo. ¡Habría millones de almas de bartpures difuntos esperando un cuerpo donde reencarnar! No cincuenta, sino cincuenta mil millones de bartpures podrían nacer de la máquina KARENDÓN. El planetillo VALERA sería invadido por los nuevos seres. Los bartpures, por boca de su Ángel de la Muerte, anunciaban sin recato que su vieja raza necesitaba la savia de un pueblo joven para renovar su sangre. ¿Qué artes diabólicas emplearían para regenerar su especie?

Los valeranos se negaban a servir de objeto para las prácticas de laboratorio de los bartpures. Temían a los nuevos brujos, no los querían en VALERA, e incluso se pensaba que debería destruirse el KARENDÓN. Destruida la máquina los bartpures quedarían eternamente en el limbo, sin posibilidad de regresar.

Obrando con buen juicio, el Gobierno de la República debería haber convocado un plebiscito para decidir sobre una cuestión tan polémica. No obstante se consideró que la Asamblea Nacional era en sí misma suficientemente representativa para decidir en nombre del pueblo. Luego se vio que no era así.

Un temor irracional se había apoderado de un amplio sector público. Era inútil que se demostrara con una sencilla operación aritmética que, suponiendo a la máquina KARENDÓN capaz de “reintegrar” a cuatro hombres por minuto, se necesitarían veintitrés años para devolver a la vida a más de cincuenta millones de bartpuranos.

Es decir, los valeranos disponían de un amplio margen de tiempo para modificar su política, a la vista del comportamiento de los bartpuranos, antes que los contingentes de éstos pudieran representar un peligro.

Pero ni bastaban estas reflexiones ni otras para tranquilizar a los temerosos. En realidad, ¿qué se sabía de los bartpures? Solamente lo que dijo un robot. ¿Era lógico comprometer la seguridad del autoplaneta y la vida de doscientos millones de valeranos, en una empresa en la que se iba a exponer mucho, a cambio de nada?

Después de acaloradas discusiones en la Cámara y el Senado, donde cada día se anotaban nuevas divergencias de opinión, el Almirante Aznar emplazó al Gobierno a cumplir lo pactado.

Buen político, el Almirante comprendía que, si se demoraba más el asunto, el Gobierno acabaría cediendo a las presiones que se ejercían desde la calle, y resolvería llevar el caso a un consenso nacional a través de un plebiscito.

La masa votaría estúpidamente por destruir la máquina KARENDÓN, porque la masa no reflexionaba; reaccionaba a los ciegos impulsos del instinto, se contagiaba del temor y la ira, y era capaz de cometer las más increíbles crueldades.

Los delitos cometidos colectivamente quedaban atenuados en la conciencia del individuo. Al repartirse entre muchos salían a menos culpa por cabeza.

El Almirante Aznar tenía experiencia en las reacciones de la masa. Se sentía obligado en conciencia a ayudar a la nación bartpur, como se sentiría obligado hacia cualquier otro ser que suplicara su derecho a la vida. Y además creía que el pueblo terrícola se beneficiaría del contacto con una civilización antiquísima que no sólo había alcanzado grandes progresos tecnológicos, sino también morales y espirituales.

La máquina KARENDÓN, desembarcada de un transporte, estaba siendo instalada en un edificio anexo al Instituto Tecnológico, cuando el Almirante Aznar fue informado de los graves sucesos de Nuevo Madrid.

La noticia le vino de rechazo cuando el senador Morera, que había sido requerido al teléfono, regresó pálido y desencajado.

—Debo regresar a Nuevo Madrid —murmuró aturdido—. Han ocurrido graves cosas. Las turbas están asaltando los domicilios de todos los que votamos a favor de la ayuda a los bartpuranos… han incendiado mi casa, mi mujer está en el hospital. —Miró azorado a Miguel Ángel Aznar—. Creo que será mejor que regrese usted también, Almirante. Han arrasado su casa… completamente. Su

esposa…

—¡Hable, por Dios! —exclamó el Almirante palideciendo.

—A su esposa… le arrojaron por una ventana. ¡Y a su pequeño también!

—¡Dios mío! —murmuró el Almirante cerrando los ojos, sintiendo que el mundo se desmoronaba sobre él.

CAPÍTULO II

EN vuelo hacia Nuevo Madrid en un aerobús de la Armada, los angustiados senadores intentaban desesperadamente ponerse en contacto por radioteléfono con sus respectivas familias.

De los seis senadores que formaban la Comisión, sólo uno logró comunicar. En todos los demás casos, un silencio persistente parecía augurar las peores cosas. Dos llamadas a la Secretaría del Interior sólo sirvieron para confirmar la caótica situación que convulsionaba no sólo a la capital, sino al planetillo entero. En el Ministerio todo el mundo parecía andar de cabeza.

Cuando el aerobús de la Armada se acercaba a Nuevo Madrid pudieron ver las columnas de humo que, aquí y allá, se levantaban entre los esbeltos rascacielos de mármol y cristal. En el cielo, sobre la ciudad, se movían los aerobotes de la Policía como inquietos abejorros, haciendo parpadear sus luces destellantes color ámbar. Desde un panzudo aerobús brotaba un reguero de hombres enfundados en armaduras y escafandras de cristal azul que, armados y equipados de “back”, bajaban como gavilanes hacia tierra para perderse de vista entre los rascacielos.

Hacia el centro de la ciudad, sobre la cúpula dorada del Palacio Residencial y la profunda depresión de la Plaza de España, rodeada del nuevo Capitolio, el Museo de Arte Universal, el edificio de la Biblioteca y los estudios de la Radiotelevisión, estaba suspendido e inmóvil un transporte del Ejército que descolgaba, como deslizándose por invisibles hilos de seda, un regimiento acorazado de “tarántulas” robot. Fuerzas de la Guardia Nacional, con armaduras y equipo de vuelo individual, entraban y salían por las destrozadas ventanas del rascacielos de la Radiotelevisión, entre torrentes de humo negro.

Un aerobote de la Policía se acercó a identificar el aerobús y ordenó al piloto alejarse de la ciudad hasta el astródromo Neil

Armstrong. El aerobús tomó tierra junto a la Estación Terminal y los senadores salieron corriendo hacia los teléfonos de la sala de espera.

Poco después Miguel Ángel Aznar conseguía comunicar con el domicilio del doctor Ross, que vivía en la misma Calle de la Reina Amatifu, frente por frente al edificio donde los Aznar tenían su apartamento.

Se puso al aparato Silvana, la esposa de Ross.

—¡Dios mío, Almirante! —exclamó la joven apenas Miguel Ángel se dio a conocer. Y se echó a llorar.

—¡Silvana, por todos los santos! —gritó el Almirante impacientándose—. Dígame, ¿es cierto? ¿Mi mujer, mi hijo… han muerto?

—Solamente su esposa. El niño, aunque herido, se salvará… ¡Se salvará, se lo aseguro! —sollozó Silvana.

—¡Dios la bendiga! —murmuró el Almirante a punto de desfallecer, ahogado en sus propias lágrimas—. ¿Dónde está el niño?

De forma entrecortada y confusa, la joven señora Ross informó que su marido había acudido rápidamente cuando, desde su propia ventana, vieron salir despedidos a la calle los cuerpos de la señora Aznar y el pequeño Miguel Ángel. El doctor recogió al pequeño, le prestó los primeros auxilios y lo llevó en su auto al Hospital General de la Armada.

—Ross me telefoneó hace poco… el niño está bien. Ross está con él y se ocupa de que sea atendido —terminó diciendo la joven.

Sin acordarse siquiera de darle las gracias, el Almirante colgó el teléfono y regresó a la pista donde había dejado el aerobús.

—Por favor, llévame al Hospital de la Armada —rogó al piloto.

Miguel Ángel Aznar no estaba en activo como Almirante, por existir incompatibilidad entre su grado militar y el escaño que ocupaba en la Cámara de Representantes. No obstante su ascendencia en la Armada era grande, como Almirante Mayor que fue del autoplaneta. El piloto asintió y lo llevó hasta el Hospital de la Armada, en El Arenal, junto al lago Mayor.

Minutos después el Almirante entraba en la habitación de su hijo. El niño, dos años, pelo negro y ensortijado, ojos castaños, estaba escayolado de cintura abajo, rodeado de un grupo de viejos y

buenos amigos de la familia.

—¡Hola, papá! —dijo el niño con voz débil, todavía bajo los efectos de la anestesia.

El doctor Luis Castillo informó al Almirante de las lesiones que sufría el pequeño; fractura del cuello del fémur y aplastamiento de dos vértebras lumbares. Al ser arrojado por la ventana del apartamento, debido a su menor peso, el niño fue a parar más lejos que la madre, sobre un seto de boj que amortiguó la caída.

—Ross, usted debió presenciarlo todo —dijo el Almirante mirando al doctor con ojos empañados de lágrimas—. ¿Cómo murió ella? ¿Sufrió?

—Cayó sobre la acera —dijo Ross evasivamente—. Fractura de la base del cráneo, murió instantáneamente.

—Quiero verla.

Terry Ferrer cambió una rápida mirada con Ross. Se acercó y puso su mano sobre el brazo del Almirante.

—¿Para qué, Miguel Ángel? Consérvala en tu recuerdo como la viste por última vez, es mejor así.

Pero los Aznar solían ser gente obstinada, y Miguel Ángel insistió en ver a su mujer. No pudo ser aquel mismo día, porque la lucha continuaba en las calles de la ciudad entre los revoltosos y las fuerzas de la Policía, reforzadas por efectivos de la Guardia Nacional, con levantamiento de barricadas, asalto a la emisora de televisión, incendios y asesinatos de numerosos políticos. Al anochecer decayó el ardor combativo de las hordas, saciadas de sangre y violencia. Los amigos fueron despidiéndose del Almirante para regresar a sus respectivos hogares.

Miguel Ángel Aznar quedó solo con su hijo y su amargura.

No experimentaba odio contra nadie en particular. Aceptaba con resignación fatalista su desgracia. La estrella de los Aznar ofrecía estas particularidades, y así como guió a los miembros de la familia hasta los más encumbrados lugares, les hirió en su vida privada con las más impensadas desgracias. En verdad, pocos Aznares murieron en la cama.

Se había echado en la otra cama de la habitación, meditando acerca del extraño destino de su familia, cuando entró sigilosamente una enfermera que musitó:

—El Señor Presidente está al teléfono.

No era el presidente de una asociación cualquiera, sino el Presidente de la República. Miguel Ángel utilizó el teléfono de la habitación para contestar al Presidente. Éste rogaba al Almirante que fuera a verle al Palacio Residencial.

—¿Ahora? Estoy muy cansado, Señor Presidente. Mi esposa…

—Sí, conozco lo ocurrido a su esposa, crea que lo lamento de veras. Lo siento, Almirante, comprendo su estado de ánimo. Pero es necesario que nos entrevistemos esta misma noche. Le enviaré un aerobote para que le recoja en el Hospital.

Media hora más tarde un aerobote de la Policía recogía al Almirante en la terraza del Hospital, trasladándose en un corto vuelo a la terraza del Palacio Residencial. Excepto algún disparo aislado, la ciudad parecía silenciosa y tranquila.

Dos hombres de la escolta personal del Presidente acompañaron al Almirante en el ascensor, y luego a lo largo de interminables pasillos hasta el despacho del primer mandatario de la nación.

Además del Presidente se encontraban en el despacho el Secretario del Interior, señor Rosmaro, los jefes de los partidos republicano, demócrata y conservador, y otros cinco senadores de los más prestigiosos. El Presidente, con ojos cansados y barba crecida, estrechó la mano del Almirante. Todos los demás le rodearon para expresarle su sentimiento por la muerte de su esposa. A continuación acercaron las sillas y se sentaron en semicírculo alrededor de la mesa.

—Señores —empezó diciendo el Presidente— les he convocado aquí para expresarles mi honda preocupación por el desarrollo que están tomando los acontecimientos. La situación es grave, el pueblo se encuentra en un estado de irritabilidad extrema, y en estas condiciones cualquier incidente imprevisto puede conducirnos a la guerra civil. Es inútil tratar de establecer el orden, si previamente no hemos hecho desaparecer las causas que provocan este malestar. Almirante, usted sabe a lo que me refiero.

—Supongo que se refiere a la máquina KARENDÓN —contestó el Almirante.

—En efecto, todos nuestros problemas comenzaron cuando decidimos traer al planetillo esa condenada máquina. En realidad todo empezó antes, el día que la Asamblea Nacional decidió por mayoría colaborar con los bartpures. La máquina debe ser devuelta

al circumplaneta y quedar bloqueada mientras sometemos a una revisión el tratado con los bartpures.

—¿Quiere decir que el Gobierno someterá el acuerdo a revisión a través de un plebiscito?

—Sólo la promesa de que no se tomará ninguna decisión sin consultar al pueblo aquietará los ánimos.

—Usted sabe, lo mismo que yo, que si lo dejamos a la decisión de la opinión pública la masa dirá NO al tratado.

—Si el pueblo dice No, será NO —contestó el Presidente encogiéndose de hombros—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Pero el pueblo, es decir, los valeranos, no podemos condenar a cincuenta millones de seres a permanecer eternamente en el limbo —protestó el Almirante—. ¡No nos asiste ningún derecho a decidir el destino de otro pueblo ajeno al nuestro!

—Bueno, ese pueblo no va a morir. No está ni vivo ni muerto, existe en otra dimensión adonde ellos mismos se exiliaron voluntariamente. Probablemente en su estado no sienten nada. Han permanecido allí durante veinticinco mil años. No les importará esperar unos miles de años más.

—¿Cuántos más? —preguntó el Almirante incisivo—. Fije usted un plazo y se lo comunicaremos a los bartpures para que acomoden sus planes a nuestro capricho.

—Almirante, no me gusta su tono de insolencia —dijo el Presidente enrojeciendo.

—Le guste o no, tendrá que oírme, señor Presidente —replicó Miguel Ángel Aznar—. Lo que estamos a punto de hacer es un crimen. Pongámonos en lugar de esa gente… supongamos que por un azar imprevisible nos encontramos en una situación de apuro, que nuestro autoplaneta viaja sin rumbo y hemos quedado encerrados aquí dentro sin posibilidad de salir ni de remediar nuestra situación por nosotros mismos. ¿Cómo calificaría usted a quienes, encontrándose fuera y pudiendo abrirnos las puertas, nos negaran su ayuda y nos condenaran a seguir encerrados en nuestro planetillo para la eternidad?

—El caso no es el mismo. Ellos no corren peligro donde están. Por el contrario, quizás nosotros nos expongamos a un serio peligro si les dejamos volver.

—¿Entonces el caso está sentenciado? —dijo Miguel Ángel

Aznar con amargura—. ¿Vamos a dejarles donde están?

—No es decisión mía, lo siento. Se supone que somos un Gobierno representativo… representativo de la voluntad del pueblo. Y el pueblo ha manifestado su opinión en términos elocuentes. La máquina KARENDÓN deberá regresar al circumplaneta, y será usted, señor Aznar, quien se responsabilice de la operación.

—¿Por qué yo precisamente? —preguntó el Almirante.

—Porque la máquina corre peligro de ser destruida por algún exaltado. Si tal cosa ocurriera, estando la operación en manos distintas de las suyas… ¿para qué engañarnos, Almirante? Le conozco bien y le creo capaz de acusarme de haberme desprendido limpiamente de este problema haciendo desaparecer la máquina.

—¿Lo haría usted? —interrogó Miguel Ángel Aznar clavando sus pupilas azules en el cansado rostro del Presidente.

—No —negó el primer mandatario—. Honestamente he de decirle que lo siento. No me gusta hacer esto, pero se trata de un problema de supervivencia.

—¿Un caso de supervivencia, para quién? ¿Se refiere tal vez a su caso particular, como Presidente de la República? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

La faz del Presidente se tiñó de rubor.

—Es usted terriblemente agresivo, Almirante. Hasta que le conocí, siempre había tenido por una exageración aquello que se decía del magnetismo de los Aznar. Ahora sé que no era mentira. Los grandes almirantes de su familia debieron ser hombres de una personalidad arrolladora. Sólo me pregunto qué habría hecho cualquiera de ellos… o usted mismo, si estuviera ocupando mi lugar.

—Seguramente ordenaría devolver la KARENDÓN al circumplaneta. Luego, una vez allí, no me preocuparía mucho si un loco hacía funcionar la máquina y se ponía a regresar espíritus “bartpures” a porrillo. Después de todo, la República de Valera no ha formulado todavía ningún plan para colonizar el circumplaneta. ¿Qué nos importa lo que ocurra allí?

El Presidente miró fijamente al Almirante y a continuación esbozó una sonrisa.

—¿Cuándo podrá hacerse cargo de la máquina KARENDÓN?

—¿Ha ordenado usted alguna cosa respecto a la máquina?

—He ordenado que la vuelvan a cargar en el transporte. El jefe de Policía de Barcelona comunicó al anochecer que una columna de siete u ocho mil personas marchaba sobre Ciberburgo, al parecer con ánimo de destruir la máquina.

—¿Marchaban a pie o utilizaban alguna clase de vehículo?

—Iban en bicicletas.

—Hay cuatrocientos cincuenta kilómetros entre Barcelona y Ciberburgo —murmuró el Almirante pensativamente—. Aun suponiendo que hagan una media de cuarenta y cinco kilómetros a la hora, y ya es mucho para una concentración tan grande de ciclistas, invertirán no menos de diez horas en hacer esa distancia. O sea, si iniciaron la marcha alrededor de las siete deberán llegar a Ciberburgo entre las cinco y las seis de la mañana.

—Un aerobote de la Policía le llevará a Ciberburgo. La KARENDÓN ya estará a bordo del transporte cuando usted llegue allá —dijo el Presidente.

—Bien, denme ese aerobote —contestó el Almirante.

El señor Presidente apretó una tecla del pequeño audiovisor que descansaba sobre una esquina de la mesa.

* * *

Desde la terraza del Palacio Residencial el Almirante se hizo llevar al depósito de cadáveres del distrito. El espacio aéreo sobre la ciudad estaba reservado exclusivamente a las aeronaves de la Policía y las ambulancias. En las grandes ciudades de VALERA, todos los rascacielos disponían de una amplia terraza donde se posaban los aerobotes en las ocasiones que se requerían los servicios de emergencia.

El depósito de cadáveres, muy trajinado en el curso de aquella dramática jornada, estaba silencioso y casi desierto al filo de la media noche. Un hombre y una mujer salían llorando de la sala cuando el Almirante Aznar esperaba turno para entrar.

Un sacerdote se acercó a Miguel Ángel.

—Usted es el Almirante Aznar —dijo el sacerdote.

El Almirante asintió. El sacerdote le preguntó qué disposiciones había tomado respecto al cadáver de la señora Aznar, y él contestó que ninguna. En el planetillo VALERA todos los cadáveres eran

incinerados, tanto por razones de higiene como por razones de espacio.

No era pequeño el planetillo, pero tampoco demasiado grande. VALERA era una esfera hueca de 3.200 kilómetros de diámetro exterior, o sea 470 kilómetros menos que el satélite de la Tierra, la Luna. El espacio interior, donde se desarrollaba la vida, tenía una superficie de 28.300.000 kilómetros cuadrados, pero el área realmente útil se reducía a diecisiete millones de kilómetros cuadrados, estando otros dos millones ocupados por los mares interiores.

La población actual del planetillo era de ciento noventa y cinco millones de habitantes, después de la epidemia que aniquiló en pocos días a más de cinco millones de valeranos, y el Gobierno se esforzaba por no sobrepasar los doscientos millones manteniendo un riguroso control de la natalidad.

El Almirante entró en la sala. Un funcionario le acompañó hasta el cajón refrigerado donde estaba el cadáver. Ross dijo que Sara murió sin sufrir, pero silenció que antes de morir había sido objeto de un trato brutal, inhumano.

El cuerpo yacía desnudo bajo la sábana, maltrecho y cubierto de heridas. Todo el dolor contenido de Miguel Ángel estalló de pronto en una explosión de cólera y odio. Como loco se apartó del cadáver y se puso a descargar puñetazos sobre una mesa de mármol.

—¡Asesinos! ¡Salvajes! —rugió entre sollozos.

Acudió el sacerdote y trató de calmarle. Reprimiéndose con visible esfuerzo, el Almirante irguió la cabeza, recobró la compostura y salió sin pronunciar palabra.

Antes de abandonar el edificio utilizó el teléfono para llamar al domicilio del doctor Ross.

—He visto el cadáver —dijo el Almirante. Ross guardó elocuente silencio y Aznar continuó—: Voy a abandonar el autoplaneta por algún tiempo. ¿Querrían ustedes ocuparse del niño?

—Claro que sí, Almirante. No tiene que preocuparse por el niño, estará bien atendido. ¿Pero dónde va usted?

El Almirante le informó de su entrevista con el señor Presidente. Ross sentía un afecto particular por IZRAIL.

—¿Quiere decir que no habrá operación rescate? —exclamó Ross—. Va a ser un golpe muy duro para IZRAIL.

—Usted es el mejor amigo de IZRAIL. ¿Por qué no me acompaña a hablar con ella? Pasaré a recogerle en unos minutos.

En efecto, poco después el aerobote de la Policía se posaba en la terraza del edificio, tomaba a bordo a Ross y reemprendía el vuelo.

Una hora más tarde, el Almirante y el doctor Ross saltaban del aerobote ante el Instituto Tecnológico de Ciberburgo y subían a bordo del transporte sideral, donde había sido cargada de nuevo la máquina KARENDÓN. El profesor José Ferrer salió al encuentro del Almirante acompañado de IZRAIL.

Este robot extraordinario tenía forma de mujer; una mujer escultural, de una belleza irreal, más perfecta que ninguna escultura imaginada y tallada jamás por seres humanos, ni en la Grecia clásica, ni en todos los tiempos hasta hoy. En realidad se trataba de una idealización de la belleza femenina, ya que ni siquiera los "bartpures" habían sido así. No existía modelo real del cual se hubiera copiado a IZRAIL. Tal vez los ángeles fueran como ella.

Alta, maravillosamente proporcionada, IZRAIL había sido construida sobre un esqueleto copiado del humanó, pero mejorado en beneficio de la estética. Estudiada a través de rayos X, se comprobó que este robot era totalmente distinto de los robots construidos hasta entonces por la tecnología terrícola. En IZRAIL no había motores eléctricos, ni sistema hidráulico para accionar palancas ni bielas, ni muelles ni ruedas de engranajes. Su simplicidad maravillosa volvía locos a los ingenieros como el profesor Ferrer.

El profesor Ferrer decía que ellos, los terrícolas, habían estado desorientados desde que se construyó el primer robot. Cuando lo más sencillo era copiar fielmente lo que ya había hecho la Creación, la técnica humana se había perdido en un laberinto de ideas absurdas. Por ejemplo, nunca se intentó construir un esqueleto.

Al contrario que los hombres-robot terrícolas, de movimientos inevitablemente rígidos y pesados, IZRAIL podía moverse con la agilidad y la gracia de una mujer auténtica. Esto se debía principalmente a la incorporación de un esqueleto perfectamente articulado, y en parte también a la genialidad de dotar al robot de músculos. ¡Músculos!

Los músculos humanos tenían la propiedad de contraerse y relajarse. ¡También los de IZRAIL! Materiales de una pureza

extraordinaria, la mayoría desconocidos para la técnica terrícola, tenían la propiedad de contraerse y estirarse obedeciendo a las “órdenes” eléctricas transmitidas por el cerebro.

El cerebro de IZRAIL era una auténtica maravilla de precisión y eficiencia. Realmente los valeranos tenían cerebros electrónicos tan buenos como el de IZRAIL, pero tenían que ser forzosamente más grandes. El de IZRAIL era una preciosa miniatura, pero los técnicos no habían podido examinarlo como les gustaría. ¡No podían desmontarlo sin “matar” a IZRAIL!

Otra de las maravillas de IZRAIL eran los ojos. El más agudo observador no advertiría diferencia entre los ojos del robot y un auténtico ojo humano. Los de IZRAIL tenían el iris color rojo. No sólo eran perfectos en su aspecto técnico, también estéticamente; grandes, almendrados, brillantes, con cierta gracia oriental. Pero era en la frialdad de la mirada donde se descubría que IZRAIL no era humana.

De hecho, la única extravagancia que se habían permitido quienes construyeron a IZRAIL, era su cabellera, y esto por una razón lógica. La larga, hermosa y suave cabellera de IZRAIL, estaba formada de hilos de cristal. Dentro de cada cabello, visto al microscopio, aparecía una cadena de minúsculas células fotoeléctricas. IZRAIL era una “mujer eléctrica” y su único alimento era la luz. El robot consumía energía eléctrica y necesariamente tenía que “cargarse” de alguna forma. IZRAIL se “cargaba” de energía con la luz, a través de sus células fotoeléctricas. Por esta razón sus cabellos eran transparentes como el cristal.

Nadie había visto a IZRAIL desnuda. Vestía siempre el mismo traje verde, ceñido al cuerpo y sin costuras, pero se suponía que bajo aquel traje la mujer robot ocultaba exquisiteces que no la harían distinta de una auténtica mujer. Al tacto y a la vista, la materia que recubría al Ángel de la Muerte parecía auténtica carne; suave, elástica y tibia. No parecía lógico que nadie llegara a enamorarse de un robot. Por supuesto, no cuando se sabía que era un robot. Pero antes de que se descubriera su verdadera identidad, un hombre por lo menos se había enamorado de IZRAIL, y muchos más suspiraron por ella.

Parecía increíble, pero aun ahora, el Ángel de la Muerte tenía miles de admiradores.

Con todo, nada era tan extraordinario en IZRAIL como su personalidad, su carácter casi humano. IZRAIL era probablemente el único robot en el mundo que, haciendo abstracción de sí mismo, se daba cuenta de que vivía y existía vida a su alrededor. ¡IZRAIL amaba la vida! Tenía conciencia de su propia existencia, SABÍA que podía ser destruido… ¡y le TEMÍA a la muerte! IZRAIL poseía pues el instinto de conservación, que era por lo menos una condición “animal”.

El estudio del comportamiento del robot fue por muchos meses tema de apasionadas discusiones de tipo filosófico. ¿Se le podía considerar humano?

Para bochorno de los que se arrogaban autoridad para calificarle, el robot estudiaba a su vez la conducta humana. Tenía que hacerlo así, pues de su criterio “exclusivo y personal”, dependía el destino de todo un pueblo, el Bartpur.

IZRAIL demostró ser más piadoso que los humanos en este aspecto. Al final decidió que los terrícolas merecían su confianza. Esta decisión decepcionó al doctor Ross, psicólogo y sociólogo, a quien el robot parecía distinguir con alguna clase de afecto. Ross solía decir que, si él estuviera en lugar de IZRAIL, habría sido menos indulgente con la estupidez de los humanos.

Ahora IZRAIL estaba ante el Almirante Aznar, mirándole con aquellos fríos y fascinantes ojos. Una de las extraordinarias facultades del Ángel de la Muerte era que jamás olvidaba un rostro ni un nombre.

—Almirante Aznar —dijo IZRAIL en impecable idioma castellano—. ¿Por qué la KARENDÓN ha sido devuelta al buque?

El Almirante contestó:

—La máquina corre peligro aquí. Miles de locos vienen hacia este lugar para destruir la KARENDÓN. Debemos sacarla de VALERA y llevarla a lugar seguro.

—¿Regresa la KARENDÓN a ATOLÓN?

Atolón era el nombre que los terrícolas daban al circumplaneta. Para IZRAIL el circumplaneta era BARTPUR, que traducía automáticamente al castellano por ATOLÓN.

—El padre del pueblo terrícola quiere que devolvamos la máquina a ATOLÓN —contestó el Almirante evasivamente.

IZRAIL se volvió hacia Eladio Ross.

—Eladio Ross, ¿no habrá operación rescate?

—No por ahora —contestó el doctor—. Tal vez más tarde, en ATOLÓN.

—Los padres del pueblo terrícola no cumplen su promesa. Los terrícolas habláis con palabras falsas, ¿sí?

—Lo siento mucho IZRAIL, y también el Almirante Aznar lamenta que no puedan realizarse nuestros deseos. Muchos terrícolas temen a los bartpuranos. Temen su poder y su sabiduría. El pueblo terrícola posee una identidad propia… se sienten orgullosos de su sangre, a pesar de todos los defectos que habrás podido observar en nosotros. El miedo vuelve niños a los hombres adultos, ofusca su inteligencia. Esto es lo que ha ocurrido con algunos terrícolas. Tendremos que esperar a que sus ánimos se calmen hasta una mejor ocasión —dijo Ross.

—Eladio Ross, ¿no habrá operación rescate? —insistió IZRAIL con expresión inescrutable.

Ross abrió sus brazos en ademán de impotencia. Todos fueron sorprendidos por la afirmación repentina del Almirante Aznar:

—Sí habrá operación rescate, IZRAIL. Pero no aquí, en otro lugar.

—¿Dónde está el otro lugar? —interrogó el robot mirándole con sus escrutadores ojos.

—En uno de nuestros “discos voladores”. Tú los conoces, los has visitado. Son grandes como ciudades y se mueven en el espacio. Dos millones de bartpuranos podrán habitar allí en tanto reconstruimos vuestras ciudades. Es un buen lugar para llevar a cabo la operación rescate, la ira de los que quieren destruir la KARENDÓN no podrá alcanzarlos allí.

—Sí, es un lugar bueno —asintió IZRAIL.

—Ven conmigo al puente de mando. Me verás ordenar dirigirnos al “disco volante” —dijo Miguel Ángel Aznar.

El Almirante salió en dirección al puente seguido de la mujer robot. Ross y el profesor Ferrer cruzaron una mirada de incredulidad.

—¿Qué ha ocurrido, Ross? —preguntó Ferrer.

El doctor le dio cuenta de la última decisión del señor Presidente.

—O sea que el Almirante va a realizar la operación rescate bajo

su responsabilidad —dijo Ferrer admirado—. ¿Cuándo lo decidió?

—Tal vez lo decidiera sin darse cuenta cuando estuvo en el depósito de cadáveres a ver a su mujer. No puede decirse del Almirante que sea un hombre violento. Pero lo que vio allí seguramente despertó en él un sentimiento de revancha. ¡Los valeranos van a ver a los bartpures les guste o no les guste! —exclamó Ross, para añadir sonriendo—: A mí personalmente me encanta la idea.

—¡Toma, y a mí! —dijo el profesor Ferrer. Luego se echó a reír—. ¡Me gustaría ver la cara de espanto que van a poner los senadores de la oposición!

El transporte dejó oír su sirena. En todo el buque sonaron los altavoces:

—¡Atención, listos para zarpar!

El enorme portón por donde había entrado hasta la bodega la máquina KARENDÓN se cerró ante la mirada risueña del doctor Ross y el ingeniero Ferrer.

CAPÍTULO III

EXISTÍA obviamente una razón para que el Almirante Aznar escogiera el ISLA DE CUBA como escenario de la comúnmente llamada “operación rescate”. La máquina KARENDÓN necesitaba ser alimentada de grandes cantidades de energía eléctrica y ésta sólo podía proporcionarla un reactor nuclear de elevada potencia.

En el circumplaneta los terrícolas no tenían reactores de gran tamaño, sólo pequeñas unidades móviles de acompañamiento del Ejército.

La elección del ISLA DE CUBA era un acierto, porque cumplida la condición principal con los generadores nucleares de la gigantesca aeronave, el “disco volante” cubría otros objetivos secundarios. En primer lugar un “disco volante” era una fortaleza inexpugnable. En segundo lugar ofrecía espacio y comodidades para alojar hasta dos millones de pasajeros.

Los “discos volantes”, que la Armada definía como “transportes siderales”, eran demasiado grandes para alojarse en el interior hueco del planetillo. Medían doce kilómetros de diámetro por uno de altura y permanecían permanentemente sobre la cara externa del autoplaneta, alojados en grandes cráteres naturales y “circos” excavados en la roca.

El ISLA DE CUBA había sido protagonista del primer intento de colonizar el circumplaneta, promovido por Miguel Ángel Aznar y secundado por 730.000 valeranos entre hombres, mujeres y niños.

La empresa no llegó a culminarse porque, a medio camino entre el planetillo y el circumplaneta, se supo que en éste existían bacterias que estaban desencadenando una mortífera epidemia en VALERA.

Posteriormente, otros acontecimientos vinieron a enfriar el entusiasmo de los nuevos colonos. Primero el descubrimiento de que el circumplaneta estaba habitado por insectos hostiles, luego el

hallazgo de IZRAIL y el acontecimiento de que existía un pueblo, el "bartpurano", que esperaba regresar a su planeta surgieron como elementos de disuasión.

En la actualidad, la ciudad-concha del ISLA DE CUBA estaba desierta. En el "disco volante" sólo quedaba una reducida guarnición que atendía al entretenimiento de la nave.

El buque transporte entró en el ISLA DE CUBA y quedó alojado en un enorme hangar que ocupaba toda la cubierta superior. Todos estaban cansados, por lo que se decidió dejar la descarga de la KARENDÓN para el día siguiente. Eran las cinco de la madrugada. Solamente IZRAIL permaneció en el buque transporte, junto a la KARENDÓN.

Desde que días atrás desenterraron la máquina del escondite, sólo conocido por IZRAIL, el robot no se había separado un momento de la KARENDÓN. La vigilaba con solícito amor y regañaba a los hombres si alguno la manejaba con brusquedad.

Aquella madrugada, en su camarote, Miguel Ángel se revolvía en la litera sin poder conciliar el sueño. El recuerdo de Sara, el enorme vacío que ella había dejado en su vida, se aliaban con la excitación del acontecimiento próximo a producirse para quitarle el sueño.

A las siete se levantó, se vistió y fue al comedor de los oficiales donde había instalada una máquina automática que servía café. Allí encontró a Eladio Ross y al comandante del ISLA DE CUBA, capitán de navío Marcial Aizperrutia, con otro oficial y un sargento, todos tomando café alrededor de un plato de galletas.

—Buenos días, han madrugado ustedes mucho —dijo el Almirante mientras iba hacia la máquina.

—No hemos madrugado, es que no podíamos dormir —dijo el comandante Aizperrutia—. El buque está lleno de vibraciones extrañas.

—¿Vibraciones? Yo no he notado nada, y no he pegado ojo desde que me acosté. Ross, ¿usted ha notado algo?

—Sí, en efecto. Hay como una carga de electricidad estática en el ambiente.

—¿Electricidad estática? —murmuró el Almirante llevando hasta la mesa su vaso de café—. ¿A qué crees que es debido?

—A los bartpures sin duda.

—¿Entonces se trata de un fenómeno paranormal?

—Eso creo. Todos los fenómenos que se están sucediendo en el buque, ruidos, vibraciones… son obra suya. De alguna forma han sabido que van a regresar… y están aquí, esperando impacientes a reencarnar en sus cuerpos.

—Usted es un experto en parapsicología y no voy a discutirle, pero no puedo pensar en un sentimiento de impaciencia sin relacionarlo con una persona nerviosa.

—¡Oh, entiendo lo que quiere decir! —dijo Ross—. Nuestros amigos los bartpures existen en espíritu puro. No tienen ni cuerpo ni sistema nervioso, por lo tanto no deberían sentir impaciencia.

—Sí.

—Bueno, pienso que en la dimensión donde permanecen no debe existir la noción tiempo. Los veinticinco mil años transcurridos deben haber pasado para ellos sin sentir, o de lo contrario sufrirían un tormento propio de un alma condenada al infierno. Ahora bien, el estado de nuestros amigos es un estado singular. No están vivos ni muertos. Si estuvieran muertos no sentirían la necesidad de reintegrarse a la vida. Pero sólo están suspendidos. Su espíritu debe conservar alguna relación con el cuerpo físico del que han sido separados. No importa por lo tanto que la espera haya sido corta en su dimensión. Es ahora, cuando saben que van a regresar, cuando sienten impaciencia… o alegría, por llamarlo de algún modo.

El Almirante sorbió pensativamente su café. Las luces de la sala parpadearon, hubo como una caída de tensión y a continuación volvieron a brillar. Los hombres se miraron unos a otros.

—¿Hay alguien manipulando en los cables, Comandante? —preguntó el Almirante Aznar.

—No que yo sepa. Ha ocurrido antes, parece que se trata de uno de esos fenómenos paranormales de que habla el Doctor.

—¡Condenados bartpures! —gruñó el Almirante—. Tengo ganas de verles aquí y acabar con este asunto de una vez. Miren voy a tratar de dormir. ¿No llevará usted por los bolsillos alguna píldora, Ross?

—Acompáñeme a mi camarote —dijo el Doctor Ross levantándose—. Yo también voy a tratar de dormir un poco, o llegará el acontecimiento y estaré muerto de sueño.

Salieron juntos. Ross entró en su camarote para buscar un frasco en la bolsa de mano que había traído como todo equipaje. Le dio

dos píldoras de un hipnótico al Almirante. Éste le dio las gracias, regresó a su camarote y se tomó las píldoras con un trago de agua. Luego se desnudó y se acostó.

Se durmió sin saber cuándo y despertó cuando vinieron a llamarle para almorzar. Al levantarse se sentía descansado. Se afeitó, se vistió y subió al comedor, donde encontró a Ross y al profesor Ferrer con su equipo técnico.

Reinaba gran animación entre el grupo. La KARENDÓN había sido descargada e iban a montarla durante la tarde. Después de almorzar Miguel Ángel Aznar les siguió al hangar donde IZRAIL permanecía junto a la máquina.

La máquina venía en ocho unidades acompañada de un esquema para su montaje. Pero fue IZRAIL quien dirigió el montaje, vigilando cada operación y supervisando el trabajo de todos y cada uno de los técnicos.

Objeto de especial interés para IZRAIL fue la manipulación de los pesados tambores, cada uno de un metro de alto, en cuyo interior estaba enrollada una cinta perforada en lámina de oro.

—¿Por qué de oro? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

La respuesta vino del profesor Ferrer:

—Suponemos que escogieron el oro porque este metal es inatacable al moho. Hubiera sido más fácil utilizar una cinta magnética, pero con el tiempo se habría desmagnetizado y estropeado. Los hombres que construyeron esta máquina la hicieron para durar miles de años. Ellos sabían que la espera podía ser larga.

En efecto, el oro y el acero inoxidable formaban la mayor parte de las piezas de la KARENDÓN, junto con la porcelana y el vidrio. El componente más delicado de la máquina era una cabina receptora, especie de cajón cuya tapa anterior y posterior estaban separadas medio metro; es decir, el espacio justo para que un hombre pudiera entrar y salir.

En mangas de camisa, arremangado y con el cabello rojizo pegado a la frente por el sudor, el ingeniero Ferrer parecía feliz trabajando en la KARENDÓN. Ferrer ordenó poner en marcha el segundo generador nuclear del navío. Gruesos cables eléctricos fueron conectados a la máquina.

De uno de los bombos fue extraída la punta de una lámina de oro de doce centímetros de ancho e introducida en una ranura de la

máquina. Eran las seis de la tarde. Del comedor llamaron para la cena, pero el equipo estaba demasiado impaciente para dejarlo y regresar después de comer. El Almirante se volvió hacia IZRAIL.

—IZRAIL, ¿quién va a regresar el primero? —preguntó.

—El último en marchar será el primero en salir.

—Sí, ¿pero quién es?

—Aldrik Ban Ader. Y a continuación su familia. Las familias regresan juntas.

—Aldrik Ban Ader, ¿es un notable de tu pueblo?

—Es una especie de jefe político y padre espiritual de los bartpures —tradujo el doctor Ross—. Más o menos lo que nosotros llamaríamos el Gran Lama.

El profesor Ferrer vino hasta el grupo.

—Podemos empezar cuando ustedes quieran —informó.

—Vaya al lavabo y arréglese —dijo el Almirante—. Tiene usted un aspecto desastroso. ¿Qué van a pensar de nosotros el Gran Lama y su distinguida familia? Aséese y empezaremos. —El profesor se alejó y el Almirante murmuró—: Pienso que debí traer mi uniforme.

—No se preocupe por eso, Almirante —dijo Ross—. Los bartpures son la quintaesencia de la sencillez. ¿Sabe cómo visten?

—¡Dios mío, no había pensado en ello! No tenemos ropa para prestarles.

—Ellos vienen vestidos.

—¡Vaya, menos mal! —el Almirante empezó a moverse nerviosamente por allí. Ordenó a los astronautas que habían colaborado en los trabajos que se pusieran las guerreras y fueran en busca de gorras.

La moda actual en VALERA, ordenada más bien en razón de la economía que el gusto del pueblo, consistía en una especie de guerrera sin bolsillos, con una hilera de botones y cerrada al cuello. Los pantalones seguían siendo de tubo y más bien estrechos, generalmente a tono con la guerrera. Cambiaba el dibujo y el color de los tejidos, pero la calidad y el corte era idéntico en todos los casos. El conjunto resultaba de una extremada sobriedad.

José Ferrer regresó y cambió impresiones con IZRAIL. La mujer robot revisó por última vez todas las conexiones y los instrumentos del cuadro.

—¿Correcto? —le preguntó el ingeniero.

—Sí correcto —contestó IZRAIL.

Eladio Ross, que estaba detrás del Almirante, advirtió cómo éste cruzaba los dedos significativamente con las manos a la espalda. Ferrer apretó un botón en el cuadro de mandos y se escuchó un chasquido. Sobre el KARENDÓN, entre dos electrodos revestidos de porcelana, latigueó un cordón brillante formado por un arco voltaico. La máquina empezó a zumbar.

Visiblemente nervioso, Ferrer dirigió una mirada a IZRAIL. El robot hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. El ingeniero pulsó otro botón. La lámina de oro empezó a moverse, desenrollándose del bombo y entrando en la KARENDÓN. La lámina perforada daba instrucciones al cerebro de la máquina. Cuando todos los datos estuvieran acumulados en la máquina, ésta se dispararía integrando a un hombre sobre una fórmula muy precisa.

Los hombres que rodeaban la KARENDÓN permanecían inmóviles como estatuas. Se acusó un cambio de intensidad en el zumbido de la máquina. De pronto estalló un relámpago de luz vivísima que chisporroteó un segundo y se apagó.

Desde la posición de Miguel Ángel Aznar podía verse en parte el interior de la caja, entre la separación que existía entre ésta y la pantalla en forma de biombo. Deslumbrado momentáneamente, Miguel Ángel Aznar vio una mancha amarilla moviéndose hacia la salida.

En efecto, un hombre salió por detrás de la pantalla, vestido con una túnica amarilla que le llegaba desde los hombros hasta los pies desnudos calzados con sandalias. Se cubría la cabeza con una tela listada, recogida en pliegues a ambos lados, de forma que recordaba por su extraordinario parecido el tocado de los antiguos egipcios.

Era un hombre viejo, de cabeza y frente abultada, nariz aguileña y piel arrugada. Los brazos, largos y delgados, salían desnudos de las aberturas de la túnica, con una gruesa pulsera en cada muñeca.

El anciano se detuvo al salir de la cámara y miró a su alrededor como haciéndose una composición del lugar. IZRAIL se le acercó y le habló en lengua bartpurana. El hombre sonrió feliz. Tenía unos ojos de un particular color dorado. Estos ojos tenían muchas arrugas alrededor, y sin embargo lucían llenos de vida e inteligencia. La expresión de su rostro era a la vez tranquila y bondadosa.

Mientras el hombre hablaba brevemente con IZRAIL brilló

nuevamente un relámpago en la caja receptora de la KARENDÓN. El bartpurano se volvió hacia la máquina y avanzó un paso en dirección a ésta.

Una mujer salió de la máquina. Era una mujer anciana, de rostro arrugado, pero ágil de movimientos. Sus blancos cabellos formaban un alto moño sobre el cráneo. Vestía una túnica blanca con una cenefa negra en el borde, rozando las sandalias doradas, sujeta a un hombro por un prendedor de oro incrustado de cristales de roca, que centelleaban con irisados colores al ser heridos por la luz de los focos. En los delgados brazos llevaba una serie de pulseras tintineantes, y de las orejas le colgaban sobre los hombros unos largos pendientes.

La mujer vino sonriendo hasta el anciano. Los dos se abrazaron llenos de alegría.

Mientras los dos ancianos parecían felicitarse mutuamente por el feliz regreso, cambió de tono el zumbido de la máquina KARENDÓN y brilló otro relámpago.

De la cámara receptora salió con paso vivo y ligero otra mujer. Era una mujer joven, delgada, vestida con una túnica dorada que tenía una cenefa negra en el borde inferior. Tenía la tez blanca y tersa y los cabellos rubios, peinados de forma complicada y artística, con dos grandes rodetes, uno a cada lado, que recordaban de forma curiosa a la antiquísima esfinge de la llamada “Dama de Elche”, descubierta en suelo ibérico. Su largo y delicado cuello aparecía rodeado de un collar formado por una lámina de oro que le cubría hasta los hombros.

Sus brazos, desnudos y bien torneados, estaban adornados de múltiples pulseras. Bajo la túnica apuntaban los senos pequeños y erguidos. Considerando su frente abombada y la nariz afilada, no podía decirse que fuera una mujer de extraordinaria belleza, pero tenía “algo” peculiar que parecía iluminar su rostro alargado, y en forma particular los ojos, de pupilas doradas, alargados y sombreados de largas pestañas.

La joven sonrió al ver a los viejos, dijo unas palabras en voz clara y bien timbrada y abrazó a ambos. Era más alta que la anciana, y al abrazar a ésta sus grandes ojos se fijaron en Miguel Ángel Aznar.

La mujer joven dijo algo en voz baja a los ancianos, y después

los tres se dirigieron hacia el lugar donde estaba el Almirante, mientras a sus espaldas volvía a brillar el fogonazo de la máquina KARENDÓN. Miguel Ángel Aznar retiró las manos que tenía cruzadas en la espalda y se irguió en espera de los acontecimientos.

Aldrik Ban Ader, el hombre anciano, se detuvo ante el Almirante y le miró sonriente a los ojos. Y empezó a hablar. Hablaba en lengua bartpurana… ¡Pero el Almirante le entendió perfectamente!

—Soy Aldrik Ban Ader, el Guía de los bartpures. En nombre propio y en el de mi pueblo, te agradezco lo que has hecho por nosotros.

El Almirante quedó de tal forma sorprendido que no supo que decir. El Guía señaló a la anciana y a la joven y dijo:

—Ella es Dalo, mi esposa amantísima. Ella es Yawna, mi nieta preferida. Los que están regresando ahora son mis nietos y bisnietos. —El Guía se volvió hacia la KARENDÓN y señaló al hombre que salía de la caja receptora—. Él es Mauro.

—Mucho gusto… —murmuró torpemente Miguel Ángel mientras llegaba a su lado el doctor Ross—. Mi nombre es Miguel Ángel Aznar. Este amigo es el doctor Eladio Ross.

Tendió su mano al Guía. Éste se la estrechó. Luego sucesivamente estrechó la mano de Dalo y de Yawna. Por la peculiar forma de apretarle la mano, el Almirante comprendió que ésta no era la forma usual de saludo entre los bartpures. También estrecharon la mano de Ross.

La KARENDÓN seguía funcionando y realizando una persona cada quince segundos. En diez minutos habían sido materializados cuarenta bartpures que se saludaban unos a otros con evidentes muestras de alegría.

El Almirante empezaba a sentirse mareado con tanta gente hablando y riendo a su alrededor. Los bartpures; cuerpo enjuto, brazos largos y cabezas gordas, eran un pueblo de carácter amistoso y abierto, y al mismo tiempo de una exquisita educación. Miguel Ángel Aznar sólo escuchaba un barullo de conversaciones, sin alcanzar a comprender lo que se decían unos a otros, aunque era fácil de adivinar.

Por el contrario, cuando el Guía se dirigió de nuevo a él en lengua bartpur, pudo entenderle perfectamente.

—Disculpa a mi gente, Almirante —dijo el Guía—.

Habitualmente no suelen ser tan ruidosos. Este momento es excepcional para todos nosotros. Vivimos la alegría de la reencarnación y el reencuentro. Discúlpenos.

—Si nos lo permiten les acompañaremos hasta su nuevo alojamiento —dijo Miguel Ángel—. Disfrutarán de una cómoda ciudad para ustedes solos.

Aldrik Ban Ader se alejó para llamar y reunir a su familia. Yawna apareció junto al Almirante sonriéndole con la boca y sus dulces ojos.

Esperaron que llegaran los demás, un grupo de cincuenta hombres y mujeres.

El doctor Ross dijo:

—Acompáñeles usted, Almirante. Yo guiaré al segundo grupo.

El Almirante indicó con una seña que le siguieran y echó a andar hacia un montacargas. Junto a él, Yawna miraba con curiosidad a su alrededor.

—¿Vivís siempre aquí, encerrados en esta ciudad de acero? —preguntó.

—¡Oh, no! —contestó el Almirante—. Ésta es “sólo” una de nuestras grandes aeronaves de transporte. Nuestras ciudades son muy bellas, con altos edificios de mármol y cristal. Nuestro mundo es un pequeño planetillo hueco llamado VALERA. Es un mundo árido y feo por fuera, pero en su interior brilla un sol artificial que nos alumbra y calienta. No sólo tenemos una atmósfera, sino grandes bosques y montañas, praderas y mares. Es un mundo muy hermoso, que además tiene la propiedad de poderse dirigir a cualquier parte a través del espacio impulsado por grandes y poderosos motores. VALERA es como una gran nave espacial. Viajamos en él, y nacemos, vivimos y morimos dentro de él.

Yawna se volvió hacia su abuelo y habló rápidamente al Guía. Entraron en un espacioso montacargas, capaz para un centenar de hombres. El Almirante pulsó un botón del cuadro, las puertas se cerraron y el montacargas se puso en marcha. Al detenerse y abrirse las puertas, automáticamente se encontraban en la ciudad-concha.

Aunque tenía entendido que los bartpures eran una raza que había realizado cosas extraordinarias, Miguel Ángel Aznar también se sentía orgulloso de los logros de su pueblo. Los bartpuranos deberían saber desde el primer momento que no estaban tratando a

una civilización de necios e ignorantes, sino a una raza que tenía su propia identidad y no se dejaría avasallar por nadie.

La ciudad-concha no era realmente bonita, pese a todos los esfuerzos que se hicieron por hermosearla, pero resultaba cómoda y llegaba a impresionar por sus enormes dimensiones; calles y más calles pavimentadas de caucho, con sus amplias aceras y sus calzadas para soportar un tráfico considerable regulado por semáforos. Verdaderamente lo mejor de la ciudad no estaba en la calle, sino en el interior de sus confortables apartamentos; tres dormitorios, cocina, comedor-salón y doble cuarto de baño.

Todos los apartamentos eran iguales y estaban amueblados y equipados en serie, pero en ellos no faltaba ningún detalle; camas con colchones y sábanas, muebles, televisor, alfombras, aparatos electrodomésticos y agua caliente y fría.

El Almirante Aznar llevó a Aldrik Ban Ader y su familia hasta uno de los edificios y les mostró un par de apartamentos.

—Sólo está un poco sucio —dijo Miguel Ángel Aznar pasando un dedo por la fina capa de polvo de un aparador—. Lo siento, tendrán que limpiarlos ustedes mismos. No disponemos de criados.

—Los bartpuranos tampoco tenemos criados —contestó El Guía amablemente—. Todo está muy bien, ustedes viven muy confortablemente. Les estamos muy agradecidos por su ayuda.

El Almirante se dirigió al televisor y lo encendió. Las emisiones de los canales de televisión de VALERA se recibían con toda normalidad a bordo del Transporte sideral. Un noticiero estaba dando imágenes de los grandes destrozos sufridos en distintas partes de Nuevo Madrid por los amotinados.

—Hemos tenido dificultades recientemente en nuestras ciudades —aclaró el Almirante—. Como pronto deducirán por ustedes mismos, somos una raza joven y llena de defectos, pero también tenemos algunas virtudes. La principal de ellas es nuestro amor por la independencia. En el transcurso de nuestra corta historia hemos luchado contra todos los pueblos extranjeros que intentaron sojuzgarnos. Y seguimos siendo todavía un pueblo libre.

Aldrik Ban Ader y su familia escucharon atentamente y guardaron silencio, de modo que el Almirante no quedó muy seguro de que le hubieran comprendido.

—Acomódense a su gusto —indicó el Almirante con un amplio

ademán—. Sean bienvenidos al autoplaneta VALERA.

A continuación les dejó y regresó al montacargas.

En el tiempo transcurrido desde que Miguel Ángel Aznar acompañó a Aldrik Ban Ader a la ciudad y regresó, otro numeroso grupo acababa de ser integrado por la KARENDÓN. De esta remesa algunos eran técnicos que se hicieron cargo de la máquina.

El profesor Ferrer vino a reunirse con el Almirante.

—Bueno, puesto que ya no somos necesarios aquí, ¿por qué no vamos a cenar? —propuso Ferrer.

—Sí, vámonos —dijo el Almirante Aznar—. Ellos parecen bastarse por sí mismos.

Tomaron un ascensor y se dirigieron al comedor. Mientras esperaban que les calentaran la cena llegó el doctor Ross y tomó asiento.

—¿Todo va bien, Ross? —preguntó el Almirante.

—¡Oh, sí! Algunos de los que acompañamos abajo volvieron a subir para enseñarles el camino a los demás. Les indiqué que encontrarían comida en los almacenes.

—Apenas hay unos cientos de cajas de conservas y sacos de harina en los almacenes —indicó el Comandante Aizperrutia.

—Me preocupa ese asunto —murmuró el Almirante—. Esta misma noche se materializarán miles de bartpuranos, y en unos días serán cientos de miles. ¿Cómo vamos a mantenerles a todos, si apenas tenemos alimentos en este buque?

—¡Oh, no es problema! —aseguró Eladio Ross—. Ellos traen su propia comida.

—¿La traen? ¿Dónde?

—Bueno, es sencillo. Si son capaces de desintegrar cincuenta millones de seres humanos, y volverlos a materializar, ¿qué dificultades podrían tener en desintegrar unas toneladas de alimentos y reintegrarlos al mismo tiempo que sus cuerpos? Ellos pensaron en todo. Suponían que a su regreso encontrarían su industria y sus ciudades destruidas.

—¿De modo que traen su propia comida, eh? —dijo Ferrer con ojos relampagueantes—. Naturalmente, desintegrada previamente y reducida a una fórmula escrita en una cinta.

—Sí.

—Entonces los bartpures no deben tener problemas con la

alimentación —continuó Ferrer—. Ellos nos han superado con mucho en ese sentido. Mientras nosotros retornábamos a la agricultura tradicional, cansados de insípidos sucedáneos, los bartpures solucionaron de una vez por siempre su problema con la máquina KARENDÓN. Sencillamente, escribieron la fórmula de una tonelada de repollos frescos, y no tienen más que pasar su cinta cuantas veces sea necesario para obtener cuantas toneladas de repollos frescos necesiten. ¡Fantástico!

Miguel Ángel Aznar y el resto de los comensales contemplaron a Ferrer con la boca abierta.

—¿Es posible eso, o es una pura disertación fantástica? —preguntó el Almirante.

—Es perfectamente posible, Almirante. Si examinamos un compuesto de proteínas, ¿qué es? un compuesto de aminoácidos; es decir, una variada combinación de átomos de carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno con algo de azufre. Nosotros hemos obtenido desde hace siglos aminoácidos de forma sintética, combinando unas veces y variando otras la estructura de los átomos. Lo hacíamos y todavía lo hacemos manipulando la materia. Pero si los científicos bartpures son capaces de crear materia partiendo de la energía, entonces todo lo que necesitan es energía para alimentar su máquina. La KARENDÓN es un precioso laboratorio, como lo son en medida más pequeña las plantas, que a partir de la energía de la luz, la humedad y algunas materias orgánicas y minerales del suelo fabrican su propio cuerpo.

—¿Todo es así de sencillo, eh? —murmuró el Almirante.

—No digo que sea sencillo para nosotros. ¡Pero quizás lo sea para los bartpures!

—Evidentemente ellos poseen facultades que nos son desconocidas —admitió el Almirante Aznar—. ¡Ni siquiera les son necesarias las máquinas traductoras de idiomas! Yo les hablé y ellos me entendieron. Pero no es eso lo más extraordinario. ¡Yo pude comprenderles cuando me hablaban en bartpurano! Ross, ¿cómo es posible que les entendiera, si no sé una palabra de su idioma?

—En términos paranormales es perfectamente posible —aseguró el doctor Ross—. Se trata de un fenómeno telepático. Las palabras que ellos pronunciaban no tenían ningún sentido real para usted puesto que desconoce el idioma. Le hablaban mente a mente,

transmitiéndole su pensamiento.

—¿Y ellos leían en mi pensamiento cuando yo les hablaba?

—Sí.

—Pues va a ser difícil negociar con esa gente. ¡Pensé muchas más cosas que no dije!

—¿Ideas perversas? —preguntó Ross, y se echó a reír ante la confusión del Almirante.

El comandante Aizperrutia preguntó:

—¿Qué ocurre entre ellos? ¿Se adivinan el pensamiento unos a otros?

—Seguramente —contestó Ross.

—Deben tener cada pelotera de miedo. Imagínense que nosotros tuviéramos la facultad de leer en el pensamiento de todos los demás. ¡Las cosas que leeríamos!

—Efectivamente, somos un pueblo de hipócritas y mentirosos —afirmó el doctor Ross—. Nuestra sociedad experimentaría un tremendo “shock” si adquiriésemos de pronto la facultad de leer el pensamiento de nuestros amigos. La convivencia sería imposible, a menos que nos purificáramos de todo pecado y pudiéramos presentarnos ante los demás con una mente pura y diáfana.

—Quiere usted decir que tendríamos que ser perfectos —arguyó el profesor Ferrer. Y añadió—: Tan perfectos como los bartpuranos.

—Sí, como los bartpuranos —afirmó Eladio Ross.

CAPÍTULO IV

A las veinticuatro horas de comenzada la operación, los bartpuranos rescatados eran cinco mil. Aquel día el Almirante Aznar no asomó al hangar donde funcionaba la máquina, limitándose a observar la actividad de los bartpuranos a través del circuito cerrado de televisión.

Tal como había anunciado el doctor Ross, los bartpuranos traían consigo sus provisiones.

Suspendiendo durante tres horas la integración de seres humanos, cambiaron el tambor e introdujeron en la máquina una cinta perforada que "integró" grandes cantidades de legumbres y hortalizas frescas, aceite vegetal y frutos secos.

Los bartpuranos no comían carne. No lo hacían porque existiera ninguna prohibición expresa, simplemente lo qué ocurría era que sentían un profundo respeto por la vida, no importando si ésta estaba animando al hombre o a las especies animales de orden inferior.

En el circumplaneta no existía ninguna especie de reptiles. De los mamíferos, la mayoría de las especies habían sido exterminadas por las voraces "mantis". El orden más numeroso estaba representado por los peces, de los que existían cantidades enormes en los océanos y los ríos. Las aves sobrevivían en los parajes más inaccesibles, pese a que eran objeto de tenaz persecución por los insectos.

Después de dedicar todo un día a redactar un plan de acción, el Almirante Aznar invitó por escrito a Aldrik Ban Ader y su familia a comer con él y el doctor Ross.

El ingeniero Ferrer fue invitado, pero declinó la invitación alegando no estar mentalizado para enfrentarse a la penetración especulativa y telepática de los invitados.

Por su parte, Eladio Ross advirtió al Almirante:

—Si guarda en su pensamiento alguna intención que no quiere conozcan los bartpuranos, es mejor que suspenda esa comida. Cualquier idea que se contradiga con sus palabras, El Guía la descubrirá.

A lo que Miguel Ángel Aznar respondió:

—Mis intenciones respecto a los bartpures son tan puras y diáfanas como el cristal. No me importa que ellos lean mi pensamiento. Es más, lo deseo. Algunos aspectos de mi ideología son tan difíciles de concretar que sólo pueden aclararse leyendo directamente en mi cerebro. Mi pensamiento lo expresará mejor que mi palabra.

Los invitados acudieron puntualmente a las siete de la tarde al pequeño comedor. El Guía venía acompañado de su nieta Yawna, ambos vestidos con las mismas ropas de dos días atrás.

Al verles por segunda vez, Miguel Ángel Aznar experimentó una curiosa sensación. El Guía le pareció más viejo, y Yawna mucho más hermosa.

—¿Te encuentras bien, Gran Guía? —le preguntó el Almirante al anciano.

—Soy muy viejo, Almirante —respondió Aldrik Ban Ader a lo que Miguel Ángel estaba pensando—. Traducido al cómputo de vuestro tiempo tendría ochocientos setenta y cinco años. Muy pronto voy a tener que preparar mi espíritu para abandonar este mundo y marchar a la Gran Dimensión Eterna…

El Almirante, que contaba con Aldrik Ban Ader para llevar a cabo sus planes, experimentó un sentimiento de preocupación, a lo cual El Guía dijo sonriendo:

—¡Oh no temas! Tendré tiempo de todos modos para terminar la misión de la que vas a hablarme.

Sentados a la mesa, Aldrik Ban Ader en uno de los extremos, Miguel Ángel Aznar en el otro, y Ross y Yawna en cada uno de los lados, el Almirante observó un hecho curioso. Era que mientras él escuchaba al Guía podía oír hablar también a Yawna, pero sin entender lo que decía.

Mientras comían, el Almirante describió el estado en que los bartpuranos encontrarían su planeta. Los grandes insectos “mantis” dominaban ATOLÓN. Después de veinticinco mil años las “mantis” habían alcanzado un apreciable desarrollo tecnológico, que las

situaba en los mismos umbrales de la Era Atómica. Por el contrario, socialmente los insectos seguían aferrados a su atávico sistema feudal.

El poder estaba representado por la reina de la colonia, quien lo delegaba en la Corte, formada por las princesas y los machos parásitos. La clase militar, formada por las "mantis" soldados, estaba al servicio del Poder. Físicamente los soldados se distinguían por su corpulencia y el tremendo poder destructor de sus formidables mandíbulas. En el escalón inmediato inferior estaban las "mantis" obreras, que eran los peones de brega de la colonia. Pero todavía, por debajo de las obreras, estaban las esclavas, generalmente prisioneros tomados al enemigo, o larvas robadas a otras colonias y criadas especialmente para desempeñar las tareas más ingratas.

Sobre esta estructura monolítica se desarrollaba toda la vida de las "mantis". Cada colonia dominaba un territorio propio, estando el interés general dirigido a conquistar y esclavizar las otras colonias que dominaban los territorios vecinos. Ocasionalmente se establecían alianzas entre distintas "tribus" para atacar conjuntamente a un tercero, solo o coaligado a su vez con otros estados o colonias.

La vida, sobre el inmenso circumplaneta, se desarrollaba en forma de una guerra continua de unos estados con otros. Las condiciones ambientales y la facilidad de procreación de los grandes insectos, determinaban un continuo aumento de la población sobre el circumplaneta. Hasta tal punto, que de no existir el elemento moderador de las grandes matanzas entre ellos, las "mantis" acabarían por sobrepasar las posibilidades naturales de aquel mundo y tendrían que devorarse unos a otros.

Miguel Ángel Aznar expresó sus temores acerca del uso que las "mantis" pudieran hacer de la energía nuclear. La ignorancia sobre las terribles consecuencias de aquellas fuerzas, y el ciego instinto belicista de las "mantis", les impulsaría a utilizar la energía nuclear en su forma más tosca, como arma de destrucción en masa.

El primer estado en alcanzar la bomba atómica se erigiría momentáneamente en dueño del planeta. Pero siendo parejo el desarrollo tecnológico de una gran parte de estados, pronto habría otros que poseerían a su vez esta arma. La vida podía quedar

destruida en el circumplaneta, de forma que no sólo sufrirían las consecuencias los insectos, sino también los bartpuranos.

El Almirante Aznar continuó:

—Conociendo vuestra actitud de respeto por la vida, y puesto que los bartpuranos no podréis regresar a vuestro planeta sin enfrentaros con las “mantis” debo preguntarte, Guía ¿cuáles son tus proyectos?

—Los bartpuranos no lucharemos contra las “mantis”. No sólo son seres vivos, sino que desarrollan una vida inteligente a nivel de cualquier civilización humana en sus comienzos.

—¿No combatiréis, ni siquiera por vuestra supervivencia?

Aldrik Ban Ader sonrió de las palabras del Almirante.

Los insectos eran solamente un factor casuístico en el cúmulo de circunstancias que amenazaban a los bartpuranos. El problema principal residía en la metamorfosis regresiva de los genes, que hacía estériles a los bartpuranos y sentenciaba a fecha fija el total exterminio de la raza.

Durante milenios, los bioquímicos bartpuranos habían manipulado los cromosomas, haciendo una selección cuidadosa de los caracteres hereditarios de la especie. Pero conseguido el tipo ideal, con el paso del tiempo se acusaba cierto fenómeno. Mientras el cerebro de los bartpuranos se desarropaba y crecía su coeficiente de inteligencia, la constitución física tendía a debilitarse. La naturaleza actuaba también aquí sobre unas leyes preestablecidas, desarrollando los órganos especializados en unas funciones determinadas, y eliminando otros considerados innecesarios.

En su superpoblado planeta nativo, de tamaño y características semejantes a la Tierra, los bartpuranos habían practicado durante milenios el control de la natalidad. Tal control venía obligado por la prolongación de la vida que, al situarse en 900 años, reunía hasta treinta generaciones en un mismo período de tiempo.

Los bioquímicos manipularon los genes, provocando intencionadamente una disminución en la fertilidad de la raza.

Los bartpuranos proyectaron después y realizaron más tarde el hiperplaneta de forma circular, que debería ser capaz para una población veinte millones de veces mayor que la de su viejo y pequeño planeta.

Mientras creaban el circumplaneta transcurrió un millón de

años. Los bartpuranos recorrían por aquellos tiempos la inmensidad del universo, descubriendo y explorando nuevos planetas. En los planetas en formación sembraban bacterias que, atacando y descomponiendo las rocas, las transformarían en terrenos fértiles. En otros planetas, donde ya había prendido la llama de la vida, modificaban y ayudaban a evolucionar las especies manipulando las complejas estructuras cromosómicas.

Inseminando los mundos por donde pasaban (probablemente entre ellos, la Tierra, Redención y los planetas de Nahum) los bartpuranos viajaron en todas direcciones y regresaron a su circumplaneta. Pero cuando finalmente estaban en condiciones de habitar el nuevo mundo, descubrieron que habían perdido el vigor procreador de los tiempos pasados.

El alegre mensaje de saludo que lanzaron a las profundidades del espacio, dando a conocer su existencia a las otras razas inteligentes del Universo, iba a convertirse irónicamente en una llamada de socorro a las otras humanidades que ayudaron a crear.

Una mutación en una de las especies que habían traído consigo del viejo planeta, las “mantis”, dio origen a una raza de insectos gigantes. Desarrollándose rápidamente en unas condiciones ambientales favorables, las “mantis” vinieron a diezmar a la dispersa población humana, apresurando su ya sentenciado exterminio. La única salvación para los bartpuranos consistía en abrir un compás de espera, hasta que llegara al circumplaneta otra raza de naturaleza semejante.

La raza que llegó fue la terrícola, en su rama valerana. Los bartpuranos no se proponían modificar la entidad racial de los valeranos, ni interferir en su política, ni influir en su cultura. Sólo necesitaban su semilla; los cromosomas que, combinados con los cromosomas bartpuranos, darían fertilidad y renovado vigor a la vieja raza.

Al hablar al Almirante Aznar, Aldrik Ban Ader lo expuso con claridad. La cópula entre terrícolas y bartpuranos no era necesaria. En realidad tampoco era conveniente. No se trataba de crear un mestizaje a lo que saliera, sino de seleccionar y aislar cuidadosa y científicamente unos determinados cromosomas.

—No sé si será posible obtener esos cromosomas en la forma que ustedes quieren —arguyó el Almirante Aznar—. La verdad es que

los terrícolas tenemos nuestra particular forma de ser. Seguro que a nuestros jóvenes no les importa regalar su semen, pero querrán darlo directamente a la mujer… con la colaboración de ella, por supuesto.

El Guía leyó en el pensamiento del terrícola la imagen que éste se representaba.

—Nuestras mujeres son realmente frígidas —dijo Aldrik Ban Ader.

—Bueno, dejad que nuestros muchachos las enamoren, y veremos si eso es verdad. Lo importante, a mi modo de ver, no es lograr un inmediato apareamiento de nuestras parejas. Supongamos que todo ha ocurrido felizmente, y que está por venir una nueva generación de bartpuranos vigorosos. ¿Qué destino habéis preparado para los continuadores de vuestra civilización?

De nuevo El Guía leyó en el pensamiento del Almirante.

—No queremos crearos dificultades en vuestro planetillo, Almirante, en eso estamos de acuerdo, y no hay menosprecio hacia los terrícolas en mis palabras. Ni psíquica ni técnicamente estáis preparados para asimilar nuestra cultura. Dos razas tan distintas, habitando un pequeño planetillo originaría inevitablemente muchas fricciones. Tal vez el cruce de nuestras razas alumbre un tipo intermedio de hombre en el que se conjuguen el vigor de los terrícolas y la sabiduría de los bartpuranos.

—Espero que no ocurra al revés —dijo el Almirante en una de aquellas repentinas genialidades suyas—. Que no hereden la debilidad física de los bartpuranos y la estupidez de los terrícolas.

Aldrik Ban Ader sonrió y sus ojos chispearon de regocijo.

—En fin —suspiró el Almirante—. Concretando, ¿cuáles son vuestros planes para un futuro inmediato?

—Regresemos a ATOLÓN.

—¿Con todas esas hordas “mantis” pululando por allí?

—Encontraremos alguna isla, o alguna zona desértica a donde los insectos no suelen llegar —El Guía se interrumpió mirando a Miguel Ángel Aznar. Sonrió—. Creo que tú ya has buscado una solución para nosotros.

—Sí, efectivamente. He pensado en este “disco volante”. Él podría serviros temporalmente de refugio, aquí o anclado en cualquier lugar del circumplaneta. Sólo hay un inconveniente; el

“disco volante” no te lo puedo regalar, no es mío. La nave pertenece al pueblo valerano y tendremos que pedirle a mi Gobierno que os la ceda. La nave es en sí misma una fortaleza y en ella estaréis seguros, incluso en el caso de que las “mantis” atacaran con bombas atómicas.

—Pero tú no estás dispuesto a permitir que las “mantis” ataquen con explosivos nucleares —apuntó El Guía.

—Ciertamente, yo no me considero tan civilizado como vosotros, o quizás difiera en mi punto de vista en base a la experiencia que tengo en estos casos. Las razas extraterrestres con las que tuvimos contacto en el pasado siempre intentaron dominarnos. La lucha por la supervivencia, con distintos protagonistas, se desarrolla igual en todos los rincones del Universo. Tal vez no debiera ser así, pero es así como ocurre. Un animal, un hombre, un pueblo, tienen que luchar por su existencia o perecer. Mi propósito es ejercer una acción de policía sobre las “mantis”; limitar su armamento y fijar un número de habitantes sobre un territorio determinado. Pero de antemano te digo que no tengo fe en el resultado. A nadie le agrada vivir sojuzgado, a nosotros tampoco nos gustaría que otra potencia nos impusiera una forma de vivir.

—Para ti, Almirante, la solución definitiva sería exterminar a las “mantis” —dijo El Guía leyendo el pensamiento de Miguel Ángel.

—Sí.

—¡Pero eso no sería justo! No importa que sean insectos; también son seres vivos. Pequeña o grande tienen su alma, en ellos brilla una luz de inteligencia. Aman la vida. ¡Tienen derecho a la vida!

—Vosotros también tenéis derecho a la vida. Vayan a tratar de convencer a las “mantis” para que os respeten vuestros derechos. ¡Y seréis devorados como reses!

—El hecho de que ellos no nos acepten no es pretexto para que les aniquilemos. No hay nada que justifique la acción de quitar la vida a un ser. Cuanto más inteligente sea un hombre, más comprensivo debe ser con la incomprensión de los menos inteligentes.

—Supongamos que os llevo al circumplaneta y os digo que desembarquéis. ¿Qué haréis cuando os ataquen las “mantis”? ¿Os

cruzaréis de brazos dejándoos devorar? —dijo el Almirante empezando a perder la paciencia.

—Podríamos contener a las “mantis” sin matarlas.

—¿Cuántas veces y durante cuanto tiempo?

Aldrik Ban Ader frunció el ceño y guardó silencio. El tono airado de la voz atraía la atención de Yawna y el doctor Ross, que les contemplaban entre sorprendidos y asustados.

No era Miguel Ángel Aznar un hombre fácilmente irritable, pero el asunto de los bartpuranos le llevaba ocupado muchos meses, se interesó por él, lo defendió contra corriente, y bajo su responsabilidad puso en marcha la “operación rescate”, a riesgo de atraer a su cabeza las iras de los valeranos y desencadenar una guerra civil.

¡Y a cambio de ello los bartpuranos se negaban a poner nada de su parte!

—Desisto de comprenderos, Aldrik. Por más que me esfuerzo, no logro entenderos —dijo Miguel Ángel desanimado.

—Almirante, todos los hombres, desde que nacen, poseen en sí mismos la facultad de discernir entre lo bueno y lo malo, entre lo justo y lo injusto. Es muy fácil; por ejemplo, supongamos que los bartpuranos, necesitando un mundo donde refugiarnos, decidiéramos apoderarnos de vuestro planetillo. ¿Qué pensarías de nosotros? ¿Lo considerarías justo?

—No. Os maldeciría y lucharía hasta la muerte por defender mi autoplaneta. No os justificaría ¡pero OS COMPRENDERÍA! Esa es la diferencia, Aldrik.

El Guía guardó silencio. Ross, que sólo había escuchando parte de la conversación, y aun de ésta sólo la parte hablada del Almirante, preguntó qué ocurría.

—No lo comprendo —dijo Miguel Ángel Aznar—. Ellos quieren regresar al circumplaneta, pero no lucharán contra las “mantis”.

—Bueno —opinó Ross—. Al fin y al cabo, eso es cuenta suya. ¿Por qué no dejarles hacer lo que quieran?

—¡Oh, no soy yo quien vaya a impedírselo, por mí pueden arrojarse a los tigres, si es eso lo que quieren!

Pero el Almirante sólo hablaba impulsado por su enfado. Al final de la comida preguntó a Aldrik si aceptaría acompañarle a Nuevo Madrid para entrevistarse con el Presidente.

El Guía dijo que le acompañaría con mucho gusto. También él sentía curiosidad por ver el mundo donde moraban los terrícolas.

CAPÍTULO V

A los diez días, los bartpuranos rescatados eran exactamente cincuenta mil, lo cual indicaba la sincrónica regularidad con que la KARENDÓN trabajaba con el reloj. La ciudad-concha empezaba a animarse con esta exótica población vestida de túnicas, cortas o largas, y aquellos pañuelos en la cabeza, que más hacían pensar que el ISLA DE CUBA se había trasladado en el tiempo a la corte del Egipto faraónico.

Hasta este día el Almirante Aznar no se había atrevido a hablar con el Presidente de la República. Le habló por teléfono. El Presidente lanzó una exclamación:

—¡Lo ha hecho usted!

—Sí, los bartpuranos ya están aquí.

—¡Venga a hablar conmigo inmediatamente!

—Esta misma tarde. Llevaré conmigo a Aldrik Ban Ader.

—¿A quién?

—El Guía, su título equivale más o menos al de Presidente de BARTPUR…

—¡No, nada de eso! Ya basta de bromas, Almirante. No permitiré que me meta usted en otro lío. Oficialmente la nación bartpur no existe. No puedo recibir a ese hombre. Venga solo. ¡Solo!

El Presidente colgó bruscamente el teléfono.

Miguel Ángel Aznar llamó al comandante Aizperrutia para rogarle que preparara el aerobús. Luego bajó hasta la ciudad para visitar al Guía en su apartamento.

Apenas se salía del ascensor y se entraba en la ciudad, ya recibía uno en el rostro el calor anormal de una temperatura que debía estar entre los 26 y 27 grados centígrados. En efecto, los bartpuranos, habituados al clima de un planeta tropical, habían manipulado los termostatos del sistema de climatización para mantener la temperatura semejante a la de ATOLÓN.

Al llamar el Almirante Aznar salió a abrirle Yawna. En lugar de la larga túnica dorada, la joven bartpurana vestía una especie de camisa corta que le llegaba justo hasta la mitad del muslo.

El Almirante se llevó una sorpresa, pues nunca hubiera imaginado que una chica, que parecía delgada, tuviera unas piernas tan bien formadas. La mirada que el terrícola dedicó a las piernas de la bartpurana se tradujo en un pensamiento que Yawna leyó telepáticamente. Los dorados ojos de Yawna se clavaron en los del Almirante con regocijo. Miguel Ángel comprendió que ella había leído en su pensamiento y se sonrojó.

El rubor del Almirante provocó a su vez el de la joven. El terrícola, molesto, se dijo que era un compromiso hablar con una mujer que podía desnudar tan fácilmente su pensamiento más oculto.

Yawna debió leer también esto en la mente del terrícola y bajó los ojos.

—¿Está en casa el Gran Guía? —preguntó el Almirante.

Pero Yawna no le miraba entonces y no le comprendió. Miguel Ángel Aznar repitió la pregunta, y entonces se realizó una vez más el prodigio telepático que los bartpuranos practicaban sin esfuerzo. La joven no entendió sus palabras, pero leyó la idea en la mente del terrícola.

—Aldrik salió —dijo Yawna. Y Miguel Ángel la comprendió sin saber cómo podía ella realizar ese truco. Probablemente leyó también la idea del Almirante y dijo—: Pero no tardará en volver. Siéntese, por favor.

Tras breve vacilación, el Almirante se dejó caer en el diván, frente al televisor, que estaba en marcha. Daban una de aquellas malísimas películas de aventuras espaciales, rodada en un tiempo y un lugar distinto a aquel donde se suponía que transcurría la acción. Hombres Grises de pacotilla, figurados con caretas de goma, azotaban a una bella terrícola en cuya frente se había escrito con tinta rosada el estigma de los esclavos en caracteres “thorbod”. La cámara se recreaba en detalles de crueldad innecesarios.

—¿Ves estas películas? —preguntó Miguel Ángel.

—Sí. No las comprendo en absoluto, pero me enseñan retazos de vuestra historia.

El Almirante tomó el mando a distancia, que Yawna abandonó

sobre el diván para ir a abrirle la puerta, y apagó el televisor diciendo:

—No tomes muy en cuenta lo que veas en esas películas. La mayoría de las cosas que relatan no ocurrieron, o bien ocurrieron de modo distinto. Están hechas para distraer a nuestros niños.

—¿Enseñáis a vuestros niños sobre esas escenas de horror y violencia?

—Sí, ya ves.

Yawna estaba de pie ante él y de nuevo Miguel Ángel la contempló admirando sus bonitas piernas.

—Eres muy bonita —dijo, puesto que de todas formas ella iba a leer su pensamiento.

—Las mujeres terrícolas son más bellas que las bartpuranas. Tienen los senos más desarrollados. Y su cabeza es más pequeña.

—¿Por qué no te sientas? —señaló Miguel Ángel uno de los sillones.

Yawna tomó asiento. Poniendo sus largas manos sobre las rodillas desnudas se inclinó ligeramente adelante y clavó sus doradas pupilas en los ojos del Almirante.

—Tú también eres más atractivo que los hombres de mi pueblo —dijo de pronto. El Almirante se puso colorado, pero Yawna no le dio importancia y continuó—: También tu aura es diferente.

—¿Mi aura? —repitió Miguel Ángel—. ¿Puedes verla?

—¿Tú no ves la mía?

—¡Cielos, no! Los terrícolas no poseemos ese don. Sabemos que cada hombre y mujer emite un fluido de naturaleza eléctrica que forma a su alrededor un halo invisible. Cámaras fotográficas especiales y aparatos electrónicos de gran sensibilidad han detectado el aura. Pero no la vemos con nuestros propios ojos.

—Tu aura es diáfana y brilla con gran fuerza. Tu carácter es dominante. Posees las cualidades de un líder, de un conductor de hombres, y eres noble y sincero. Pero tu aura palidece en ocasiones, lo cual indica que tu alma sufre por alguna causa.

—Sí, es cierto. El mismo día que tú regresaste, yo perdí a mi esposa.

Los bellos ojos de Yawna expresaron un sentimiento de horror. Miguel Ángel evocaba la trágica muerte de su esposa, tal como él imaginaba que ocurrió. Aunque estas imágenes eran fruto de una

suposición, Yawna las veía telepáticamente. El Almirante evocó la escena del depósito de cadáveres… ¡Y Yawna vivió con él aquel momento de desesperación y de ira!

—¿Esa muchedumbre… por qué golpeaba a tu esposa? —preguntó mientras temblaban sus manos.

—Por odio. Desde que descubrimos a IZRAIL y supimos del drama de la nación bartpurana, yo estuve siempre a favor de prestaros ayuda. Pero un sector del pueblo valerano no os quiere, porque os teme. El día que la máquina KARENDÓN llegó a nuestro planetillo, los que estaban contra la Operación Rescate montaron en cólera y salieron a la calle a protestar con ira. La masa es ciega, brutal… no tiene alma. Uno por uno, aquellos hombres se estremecerían de horror ante un acto tan brutal e injustificado. Pero lo que no serían capaces de hacer por separado lo cometieron en grupo.

—¿El niño también murió?

—No, gracias a Dios. La esposa del Doctor Ross cuida ahora de él.

—Es un niño muy hermoso.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú acabas de evocar su imagen.

—Sí, es verdad. Resulta difícil acostumbrarse a que otros nos vean a través del pensamiento como un filme proyectado en una pantalla.

—Lo siento. Sé que te molesta, pero no puedo evitarlo. Por otra parte, si no me esfuerzo en leer tu pensamiento, tampoco puedo entender lo que dices. Yo no hablo tu idioma —dijo Yawna apesadumbrada.

—Contéstame a una cosa, Yawna, por curiosidad: ¿Cómo os las arregláis entre vosotros para ocultar una mentira?

—Nunca decimos mentiras. ¿Para qué? —dijo Yawna con extrañeza.

—Bonita respuesta, ¿para qué? —murmuró Miguel Ángel Aznar —. Debe ser maravilloso vivir en un lugar donde la gente es transparente como el cristal. ¿En qué basáis vuestra manera de ser? ¿Se trata de una imposición de carácter religioso?

—No. Nuestra norma de conducta obedece a un sentimiento ético-filosófico. El hombre posee una imagen de sí mismo que

constantemente compara con la de sus semejantes. Oculto o manifiesto, en todo hombre existe un deseo de ser mejor. Sabe cuándo obra bien y cuándo obra mal. Si sabiendo lo que está bien, hace lo que está mal, ¿a quién perjudica primero, sino a la imagen que tiene de sí mismo? El hombre mentiroso podrá quizás engañar a su prójimo, pero nunca conseguirá engañarse a sí mismo, puesto que él está en posesión de la verdad. La buena opinión de los demás respecto a él, estará en contradicción con lo que uno piensa de sí mismo… De todos modos, es difícil que uno de nosotros pueda engañar a otro.

—Si yo te mintiera, ¿te darías cuenta de que quiero engañarte?

—Por supuesto, sí. En todo ser humano existe un instintivo rechazo de la mentira. Cuando tú mientes, tu ego te acusa de mentiroso. Surge entonces un conflicto psíquico, y ese conflicto se refleja en todas tus facetas; en tu pulso, en tus ojos, en tu aura y en tu intelecto.

—O sea, que es inútil que trate de engañarte.

Yawna sonrió con su sonrisa fácil de niña buena.

—¿Cuántos años tienes, Yawna? —preguntó Miguel Ángel.

—Traducido a vuestro tiempo… algo más de doscientos años.

—¡Doscientos años! Ya no eres una niña. Habrás tenido esposo…

—Sí. Lo asesinaron las “mantis”. Nosotros vivíamos en la ciudad de Samnia, que fue saqueada y destruida por los insectos. Él se dejó devorar dándome de este modo tiempo para que yo escapara.

—Valiente acción la de tu esposo. ¿Tuvisteis descendencia? ¿Hijos?

—No. Mi esposo es estéril.

En este momento entraba Aldrik Ban Ader con su esposa Dalo. El Almirante se puso en pie y estrechó la mano a ambos.

Los bartpuranos parecían haber encontrado muy de su gusto esta forma de saludo terrícola, y lo aplicaban siempre que tenían ocasión. Se despedían de uno estrechándole la mano y si volvían a encontrarse con él al cabo de diez minutos de nuevo se la estrechaban con satisfacción.

—Voy a viajar al interior de VALERA esta tarde para entrevistarme con el señor Presidente —dijo Miguel Ángel—. Te prometí llevarte conmigo, pero no podré presentarte al Presidente. Él no juzga oportuno…

Miguel Ángel se dio cuenta de que estaba buscando un pretexto para justificar al Presidente, cosa que no podía engañar al Guía. Era la fuerza de la costumbre. Aldrik sonrió comprensivamente.

—No importa, te acompañaré con gusto para ver vuestro autoplaneta. Espero que nos hagas el honor de almorzar en nuestra compañía.

Los bartpuranos comían preferentemente legumbres y hortalizas, pero con gran asombro del Almirante, Yawna extrajo del horno de microondas un hermoso pescado aderezado con verduras. Incluso en VALERA era raro el pescado, pues sus mares eran pequeños, y numerosa la población a consumir la pesca.

—Tenía entendido que no comías carne —observó Miguel Ángel.

—No es carne, es pescado —contestó Aldrik, El Guía.

—¿Cuál es la diferencia? Era un ser vivo antes de ser pescado. Por cierto, esa especie no es de las nuestras. ¿No habrá sido la KARENDÓN?…

—Obtenemos todos los alimentos de la máquina. ¿Cómo es posible que no lo sepas? —exclamó el Guía sorprendido.

El Almirante quedó sin aliento. Y en realidad, si bien se miraba, era lógico. Una máquina que alimentada de energía integraba hombres, legumbres, hortalizas… ¿qué dificultad había de tener en integrar también pescados frescos?

Mientras tanto, El Guía decía tranquilamente:

—La carne no nos gusta porque siempre tiene el mismo sabor. Por el contrario, cada especie de pescado tiene un sabor distinto. No matamos animales. Es decir, se mataron en una ocasión para obtener un modelo, y de ese modelo sacamos un número infinito de repeticiones.

—Aldrik, amigo mío —dijo el Almirante preocupado—. Los terrícolas temían que regresarais, entre otras cosas, porque alguien aventuró la suposición de que si podéis reintegrar a cincuenta millones de bartpuranos, nada os impediría hacer varias veces cincuenta millones de bartpuranos pasando la misma cinta cuantas veces fuera necesario.

—¡No, qué absurdo! —protestó Aldrik riendo—. Podemos sacar millones de copias de este mismo pescado… ¡pero el animal no tiene vida! No es posible sacar más de cincuenta millones de bartpuranos de la máquina, por la sencilla razón de que todos los

demás serían cuerpos muertos.

—¿Se trata de un problema metafísico, eh? Cada cuerpo necesita ser animado por un alma. ¿Pero qué ocurre con las almas de todas las generaciones muertas? ¿Es que existe alguna barrera que les impida reencarnar en otros cuerpos?

—Las almas de nuestros antepasados pasaron definitivamente a la Dimensión Eterna. Sólo en muy contados casos, por ejemplo si murieron antes de realizar la misión que tenían asignada, se les permite volver para reencarnar en otra vida. Tuvimos largas discusiones sobre este punto cuando nos preparábamos para desintegrarnos en la KARENDÓN. Algunos de nuestros metafísicos más notables sostienen la teoría de que la infertilidad progresiva de nuestra raza, no tiene que ver con la regresión genética. Lo que ocurriría sería que, alcanzado el grado de perfección suprema a través de sucesivas reencarnaciones, una parte de los espíritus de nuestros muertos ingresarían en la Dimensión Eterna definitiva. Las reencarnaciones irían disminuyendo a través del tiempo, y en la misma proporción disminuirían los nacimientos, por la sencilla razón de que ningún ser puede nacer sin alma, y no habría suficientes almas para cubrir todos los nacimientos posibles. Según esto, los que quedamos todavía, somos los que aún no hemos alcanzado la perfección suprema. Pero parece que el fin se precipita, y que en breve todos ingresaremos en la Dimensión Eterna. Ese momento coincidirá con la total extinción de la raza.

Miguel Ángel Aznar escuchaba atónito la grave disertación del anciano Guía.

—Pero si fuera de ese modo —protestó—, ¿cuál sería la finalidad de todo lo ocurrido? ¿De qué forma misteriosa ató la Providencia los nudos que nos relacionan? ¿Qué misión está llamado a realizar el pueblo terrícola?

—La respuesta pudiera ser muy sencilla. Nuestro pueblo todavía tiene que vivir un tiempo hasta alcanzar la perfección que nos conducirá a la Dimensión Eterna. No podíamos morir cuando los insectos asolaban nuestras ciudades, pues muchos de nosotros deberán reencarnar de nuevo. Los designios de Dios son inescrutables. Él os puso en camino hacia el circumplaneta para cumplir un destino; ayudarnos a sobrevivir por un tiempo más, el indispensable para que todos alcancemos la perfección suprema

antes de desaparecer.

—¡Pero vuestra raza no desaparecerá! Se prolongará en el tiempo vigorizada por la savia nueva de mi pueblo… —dijo Miguel Ángel sintiendo un extraño escalofrío.

—Mi raza no puede proyectarse más allá de nosotros, por el mestizaje que surja de este cruce habrá perdido nuestra identidad. He meditado profundamente estos días, y creo encontrarme al final del oscuro túnel que conduce a la luz. No somos los bartpuranos quienes vamos a renacer, sino la raza terrícola, representada en la rama valerana, quienes vais a dar un salto hacia adelante. Será vuestra raza quien conservará su identidad, enriquecida con un tesoro de bienes materiales y espirituales, que recibiréis como herencia de mi pueblo. Cuando en lo sucesivo nazca un niño de bartpurano y terrícola, será un alma terrícola quien reencarnará en él.

—Así pues, ¿es cierta la reencarnación de las almas?

—Cierta. Si no fuera de ese modo, ¿cómo podríamos elevarnos? El largo aprendizaje del espíritu rebasa con mucho el tiempo de permanencia en un mismo cuerpo. A través de sucesivas reencarnaciones, el espíritu se realiza en base de las experiencias obtenidas anteriormente. La conciencia no guarda memoria de esas experiencias, pero todo lo que hemos aprendido permanece en el subconsciente, forma parte del alma y acompaña al alma cuando transmigra.

El Almirante Aznar guardó silencio. Pensaba en Sara y experimentaba un inmenso gozo al saber que, si bien muerta, su alma retornaría para animar otro ser. Nunca sabría qué nueva identidad tomaría, pero estaba seguro que si alguna vez la encontraba, él la reconocería.

* * *

El camino más corto entre el ISLA DE CUBA y el interior del planetillo, era cualquiera de los gigantescos montacargas que, debajo de la mole del “disco volante”, comunicaban la superficie exterior con el interior de VALERA.

Pero además de Aldrik Ban Ader, los restantes miembros de la familia del Guía, y un venerable senador llamado Djibu, se habían

unido a la partida, así como el doctor Ross, que hacía este viaje para ver a su esposa. Los bartpuranos eran quince en total, y aunque no habían sido expresamente invitados por la República de Valera, el Almirante Aznar confiaba en no tener demasiados problemas.

El aerobús despegó directamente de la cubierta superior del “disco volante” y se alejó cinco mil kilómetros del planetillo para que los pasajeros pudieran contemplar a éste desde una amplia perspectiva. Pero los bartpuranos apenas fijaron su atención en VALERA. El hiperplaneta anular ofrecía para ellos un espectáculo más sugestivo, lo cual no tenía nada de extraño, puesto que éste era SU mundo.

Ciertamente, el circumplaneta era excepcional. El genio creador de los bartpuranos se manifestaba a través de esta realización grandiosa, más expresiva que cualquier palabra de elogio. ¡Un Sol de un millón de kilómetros de diámetro, rodeado a ciento noventa millones de kilómetros de distancia por un anillo de materia solidificada, con un desarrollo de mil ciento noventa y tres millones de kilómetros!

Tendido en el espacio como un arco plateado, el circumplaneta parecía enormemente ancho a la distancia de cuarenta millones de kilómetros. Luego daba la impresión de adelgazarse, se veía como un hilo más allá del sol, y volvía ensanchándose completando un círculo perfecto.

Contemplado seccionadamente, puesto que nunca podía verse completo de cerca, el circumplaneta no parecía tan grande. Sin embargo en su superficie habrían cabido veintitrés millones quinientos sesenta mil cuarenta y siete planetas como la Tierra. Un avión que volara a 3.000 kilómetros por hora, viajando sin detenerse, necesitaría cuatro meses y dieciocho días para cruzar la plataforma de un extremo a otro… ¡y 45 años para recorrer todo el perímetro del anillo!

Pero con el circumplaneta ocurría lo mismo que con los hombres que lo hicieron. Los bartpuranos, con sus sencillas túnicas y sus sandalias, su modestia y su ingenuidad, no se acoplaban a la imagen que un valerano se formaría de alguien que poseía tan extraordinaria ciencia y tan increíbles poderes.

Miguel Ángel Aznar, que también se sentía orgulloso de las

realizaciones de su pueblo, aunque modestas en comparación con el hiperplaneta, esperó su oportunidad para describir a VALERA.

El aerobús regresó sobre el autoplaneta y enfiló el círculo señalado con balizas destellantes sobre la árida y atormentada superficie de la cara exterior.

El autoplaneta, que tenía 3.200 kilómetros de diámetro exterior, se manejaba como una máquina gigantesca. Si el circumplaneta ATOLÓN tenía el mérito de ser enorme, también el autoplaneta era enorme considerado como astronave.

El piloto del aerobús, en contacto por radio con la Sala de Control, solicitaba permiso para entrar en VALERA.

Cualquier objeto que se moviera en el espacio en un radio de cincuenta millones de kilómetros alrededor de VALERA era seguido por las gigantescas pantallas de radar, y su posición, su velocidad e identidad eran debidamente registrados en los controles de la Sala.

VALERA no sólo era un mundo. Era también un vehículo, una nave espacial, y una máquina de guerra.

En la superficie limitada por las balizas, unas gigantescas piezas de “dedona” se movieron como el diafragma de una cámara fotográfica. El aerobús entró en el túnel, y mientras recorrían los cien kilómetros de longitud de éste, a través de toda la corteza del planetillo, el Almirante Aznar habló a sus invitados acerca de VALERA.

Cuando el planetillo fue descubierto por el profesor Valera, del cual recibiría su nombre, era un pequeño mundo sin vida, una polvorienta esfera de “dedona”, vacía y oscura por dentro, fría e inhóspita por fuera.

Dos siglos emplearon los terrícolas en la transformación del planetillo, y muy pocos de los que comenzaron vieron terminada aquella obra faraónica. Tiempo, sudores y fatigas se derrocharon sin regateo. Todo el planetillo era de “dedona” pura, un metal tenacísimo cuyo peso en la Tierra habría sido de veinte toneladas por decímetro cúbico. ¡Los terrícolas las arrancaron y transportaron de un lugar a otro millones de metros cúbicos de “dedona”!

Para empezar, después de cerrar las grietas, se abrieron quinientos túneles a través de cien kilómetros de corteza para comunicar el interior con el exterior. Pero la materia que constituía aquella corteza, la “dedona”, no podía manejarse como otro mineral

cualquiera. No podía arrancarse con simples picos ni taladros neumáticos, sino en forma de polvo, ¡molécula a molécula!

En cada extremo de estos túneles se montaron gigantescas compuertas de “dedona” accionadas por poderosos mecanismos hidráulicos.

Además se perforaron ocho millones de pozos más estrechos, que comunicaban por medio de ascensores las plataformas lanza-torpedos de la superficie con los enormes arsenales de torpedos en el interior del planetillo. Se fabricaron un millón de kilómetros cúbicos de agua, doscientos millones de kilómetros cúbicos de oxígeno y nitrógeno, y se transportaron desde el planeta REDENCIÓN setenta y cinco billones de metros cúbicos de tierra para cubrir quince millones de kilómetros cuadrados y formar una capa de sustentación vegetal.

El sol de VALERA, suspendido en el centro del espacio hueco, era un globo de veinticinco kilómetros de diámetro en cuyo interior funcionaban dos plantas eléctricas nucleares. Los motores que propulsaban el planetillo eran de unas dimensiones y potencia jamás conocida. Todo este inmenso complejo era alimentado por más de tres mil quinientas plantas eléctricas de diversos tamaños y potencia…

Al final de los cien kilómetros y pico de túnel, el aerobús irrumpió bruscamente en el espacio interior de aquel singular planetillo hueco.

Los bartpuranos, después de las explicaciones del Almirante, miraban ahora con interés y curiosidad a través de las ventanillas. Con unos medios que podían considerarse rudimentarios, por comparación con los empleados por los bartpuranos, los terrícolas habían realizado una obra meritoria. Su pequeño mundo artificial tenía un encanto propio, familiar. Y era indudablemente confortable.

Los valeranos disfrutaban de una temperatura constante, que podían controlar a voluntad, simplemente actuando sobre su sol artificial, que era la estufa que calentaba y alumbraba aquel mundo cerrado. El calor del sol evaporaba la humedad de los bosques y parte del agua de los mares interiores. Pero durante la noche, es decir, cuando los valeranos apagaban su sol artificial, se producía un descenso de la temperatura. Hacia la madrugada, el vapor de la

atmósfera se condensaba en forma de lluvia, y caía un abundante chaparrón.

Los valeranos eran muy aficionados a las plantas y las flores, que en este ambiente de invernadero se mantenían en perpetua floración. Cuando el valerano salía de su casa por la mañana para practicar su deporte favorito, encontraba los jardines y las calles regados por la lluvia.

Una particularidad del planetillo era que, siendo una esfera hueca, desde cualquier punto de su interior se podía ver el resto de las tierras y los mares, a veces perpendicularmente sobre la cabeza del observador, aunque a tres mil kilómetros de distancia y de la neblina de la atmósfera.

El Almirante solicitó por radio permiso para sobrevolar Nuevo Madrid. El aerobús se posó un instante para depositar a Miguel Ángel Aznar en la azotea del Palacio Residencial y luego se elevó de nuevo para continuar hasta la azotea del edificio donde habitaba el doctor Ross.

Acompañado de dos escoltas, el Almirante Aznar se dirigió a entrevistarse con el Presidente de la República.

CAPÍTULO VI

MIGUEL Ángel Aznar esperaba un recibimiento tormentoso. El señor Presidente estaba realmente indignado. Se puso a chillar y a descargar puñetazos sobre la vieja y pesada mesa de caoba, donde Miguel Ángel se había sentado también en los tiempos en que fue Almirante Mayor del autoplaneta.

—Es usted incorregible, Almirante. ¡Incorregible! No importa que hayamos estado al borde de la guerra civil por ese maldito asunto de los bartpuranos. No importa que media ciudad haya sido devastada, que haya habido casi un centenar de víctimas, entre ellas su esposa. ¡Tenía que salirse usted con la suya pesara a quien pesase! Ya están aquí los bartpuranos, muy bien. ¿Y ahora, qué?

—Pues eso, que ya están aquí —contestó el Almirante sin inmutarse.

—¡Almirante, le voy a mandar encarcelar! ¡Le voy a…!

Como falto de fuerzas, el señor Presidente soltó un resoplido y se retrepó en la enorme butaca tapizada de cuero.

—¡Qué hombre! ¡Dios mío, qué hombre! —murmuró cerrando los ojos. Aspiró profundamente el aire, abrió los ojos y miró al Almirante preguntando con cambio de tono—: ¿Cómo son?

—Cabezones.

—¿Qué?

—Sí, tienen la cabeza muy gorda. Son delgados por lo general, de gran estatura. Se trata de una gente maravillosa; sencillos, cordiales, inteligentes y alegres.

—Quiere decir que le caen bien.

—No lo digo porque me caen bien, señor Presidente. Es que son así.

—No puedo confiar en usted, Almirante. Por lo tanto, he ordenado al General Vilamajor que prepare una fuerza especial de asalto para que tome el ISLA DE CUBA y ocupe la KARENDÓN.

—¿Ocupar la máquina? ¿Para qué?

—¡Pues para pararla, demonios! ¿Para qué iba a ser? A cinco mil bartpuranos por día, en poco más de tres meses la máquina habrá integrado medio millón de individuos. En un año serían un millón ochocientos mil. ¡Se trata de una invasión en toda regla, señor Aznar!

—No diga tonterías, Señor Presidente. No hay tal invasión. En primer lugar, los bartpuranos se reintegran a un ritmo muy lento. En segundo lugar, aunque llegaran todos a la vez, no supondrían un peligro para nuestra seguridad. Ellos quieren regresar al circumplaneta.

—¡Ojalá se marcharan! Pero no me lo creo.

—Quieren regresar —insistió Miguel Ángel—. Pero tenemos que ayudarles.

—¿Lo ve usted? ¡Ya salió aquello! Quieren regresar, pero no tienen dónde ir. O sea, que lo inmediato será pedirnos un incremento en los envíos de materiales para restaurar Topera. Claro que también necesitan una fuente de energía de gran potencia y, naturalmente, comida. ¿Cómo vamos a alimentar a una población que se incrementa en cinco mil nuevas bocas cada día?

—La cuestión de la comida no es problema para ellos.

—¡No me diga que no comen!

—Sí, y mejor que nosotros.

—¡O sea, que encima son de gusto refinado, los tíos!

—Pueden permitirse el lujo. La KARENDÓN les provee de todo lo que necesitan. Señor Presidente, no estamos tratando con unos desarrapados cualquiera. Los bartpuranos son el producto de una civilización varias veces milenaria. Es una vergüenza que les estemos regateando la mínima ayuda que ahora necesitan, porque ellos pueden devolvernos cada favor en proporción de mil por uno. Imagínese que nosotros tuviéramos varias máquinas KARENDÓN. ¡Habríamos resuelto de una vez para siempre el problema de alimentar a nuestra población!

—No nos descubren nada nuevo. Nosotros también tenemos máquinas que fabrican alimentos.

—No, señor Presidente. Nosotros no fabricamos alimentos. Elaboramos proteínas e hidratos de carbono, que mezclamos con algas y pastas indefinibles como complemento de nuestra

alimentación. No hemos inventado todavía una máquina que fabrique tomates o peras, o salmones o terneras…, no sólo en cuanto a contenido proteínico, sino al sabor y a su auténtico aspecto… ¡incluso con escamas, plumas y piel!

—No existe una máquina capaz de hacer eso.

—Sí existe, se llama KARENDÓN.

—¡Usted está bromeando!

—He almorzado pescado fresco asado al horno. ¡Pescado auténtico! Y salió de la KARENDÓN. Es muy sencillo, y debimos haberlo adivinado. Si esa máquina puede desintegrar a un ser humano completo incluso con vestido y calzado, y volverlo a integrar después, ¿por qué no habría de ser capaz de hacer lo mismo con cualquier otra cosa? ¿Con un pescado, por ejemplo?

—Pero ese pescado que usted almorzó había existido antes. Fue desintegrado, conservado en una cinta perforada y reintegrado esta mañana. ¡La KARENDÓN será una buena máquina de conservas y nada más!

—No. Eso era lo que creíamos nosotros, pero no ha resultado ser así. Cuando los bartpuranos se desintegraron en la KARENDÓN, realmente dejaron de existir en forma material. Un hombre no era más que una fórmula de componentes, traducida a una clave perforada en una cinta metálica. Cuando la KARENDÓN se puso a funcionar invirtiendo el proceso, lo que hizo realmente fue reconstruir átomo por átomo la materia desintegrada. Es decir, la KARENDÓN no sólo devuelve la materia al lugar que ocupaba. ¡Crea la misma materia a partir de la energía! Eso representa un adelanto fabuloso respecto a todo lo que creíamos. El pescado que yo comí había sido desintegrado hace veinticinco mil años, en efecto. La KARENDÓN tiene la fórmula de ese pescado, ¡y puede fabricar otros mil iguales, pasando mil veces la misma cinta donde figura la fórmula!

El señor Presidente contempló a Miguel Ángel con la boca abierta.

—Pero si los bartpuranos pueden crear la materia de la nada… ¡entonces son como dioses! —exclamó admirado.

Pero el Almirante Aznar le rebatió:

—No, ¡cuidado! Si nos remitimos al origen de lo que parece un milagro, vemos que sólo se trata de un truco. Nada nace de la nada.

En realidad su máquina consume fabulosas cantidades de energía eléctrica. ¿Pero de dónde proviene esa energía? Pues de un reactor nuclear que funciona… ¡desintegrando la materia! O sea, que en el fondo, lo que hacen los bartpuranos es transformar la materia primaria, a través de la energía, en nueva materia con distintas características. La materia que fisiona el reactor, en este caso "dedona", pasa al estado de energía y se transforma de nuevo… ¡en un magnífico pescado! No, los bartpuranos no son dioses. ¡Son unos brujos!

—¡Válgame Dios! —exclamó el Presidente—. Si todo eso es verdad… ¡las posibilidades de la KARENDÓN son infinitas!

—Imagínese usted, no sólo obtendríamos de ella productos alimenticios y variados. La máquina fabricaría también metales, muebles, televisores, frigoríficos, automóviles… ¡Y hasta cruceros siderales! De un escobazo barreríamos toda esa dichosa industria sostenida a costa del trabajo de millones de hombres. Un pequeño taller de artesanía, para construir los prototipos, y varias máquinas KARENDÓN alimentadas por nuestros reactores nucleares sería suficiente.

Los ojos entornados del Presidente parecían gozarse en la contemplación de un paraíso soñado. Pero súbitamente cambió su expresión ensoñadora por otra de alarma.

—¡Oiga! Pero si esa máquina puede reproducir infinito número de copias sobre un modelo… ¡también puede "fabricar" millones de bartpuranos!

—En efecto, podría hacerlo. Pero con ciertas limitaciones. Hemos quedado en que los bartpuranos no son dioses. No tienen en su mano el poder de crear la vida, lo cual es una prerrogativa exclusiva de Dios. Toda vida, por pequeña e insignificante que parezca, es una obra de la Creación, de ahí el profundo respeto que los bartpuranos sienten hacia cualquier manifestación de la vida… En fin, parece un hecho probado que todos los bartpuranos que se reintegraran de más aparecerían muertos. Como el pescado que yo almorcé. ¿Por qué? Pues porque el alma es inseparable de la vida, y los bartpuranos no son dioses que puedan crear almas.

—¿Está seguro? ¿O es lo que ellos dicen?

—¡Por Dios, señor Presidente, ya basta de recelos! Razonemos, ¿qué tenemos nosotros que pueda excitar su codicia? No hay nada

que podamos enseñarles. Comparados con ellos, somos unos bárbaros ignorantes y violentos.

—¿Pero no es cierto que su raza se muere, y que necesitan con urgencia de nuestros cromosomas para vigorizarla?

—No es nada tan urgente que no pueda esperar algunos miles de años. Descuide, sus mujeres no van a correr detrás de nuestros hombres, ni vamos a ver un rapto masivo de hermosas valeranas en brazos de esos cabezudos. Además, ellos piensan que al cruzar sus cromosomas con los nuestros, su raza perderá en sus cualidades morales lo que gane con vigor físico. De modo que la raza bartpurana pura dejará de existir para adoptar una forma de mestizaje, por lo que es una tontería hablar de salvar su raza. La raza durará lo que sobreviva como etnia pura. Lo que venga después será un mestizaje, una raza nueva con sus características propias, intermedias entre el bartpurano y el terrícola. Esta mezcla de cromosomas probablemente les perjudicará, pero nos beneficiará a nosotros. Especialmente si nos hacen depositarios de la ciencia y la alta técnica que han alcanzado.

—Y nos dejan la máquina KARENDÓN…

—Hay muchas más cosas en ellos tan valiosas o más que su máquina. Pero la KARENDÓN, por sí sola, ya sería un apreciable botín.

—O sea, que deberemos ayudarles.

—Sí.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quieren?

—Sólo que les cedamos temporalmente el ISLA DE CUBA.

—¿Nada más? —preguntó el Presidente extrañado.

—Si fuéramos generosos, o solamente inteligentes, acogeríamos a los bartpuranos en el mismo VALERA y les daríamos toda clase de facilidades…

—No, Almirante. En VALERA, no. ¡Tendríamos una guerra civil por su causa! ¿Por qué no trata de hacérselo comprender?

—Ellos lo han comprendido perfectamente. No quieren causarnos problemas y por eso han decidido regresar a ATOLÓN.

—Mucho mejor así. Les cederemos el ISLA DE CUBA, pueden contar con él —dijo el presidente aliviado.

—Gracias en su nombre —contestó Miguel Ángel Aznar con cierta ironía—. El “disco volante” puede ser una solución de

momento, pero a un plazo corto resultará insuficiente. En tres años los bartpuranos serán cinco millones y medio y habrán rebasado la capacidad del ISLA DE CUBA.

—Quiere decir que nos pedirán otros "discos volantes"…

—Verá usted, los bartpuranos están empeñados en regresar al circumplaneta, pero no para vivir como presos en esas ciudades de acero que son nuestros "discos volantes". En realidad lo que desean es volver a su ambiente; ciudades de proyección horizontal al aire libre, bajo el sol y al viento…

—¿Y qué hay de malo en ello? A mí me parece un deseo perfectamente natural. Les prestaremos la ayuda que necesiten para restaurar sus viejas ciudades.

—Pero como usted sabe, el circumplaneta está dominado por esos malditos insectos. Los bartpuranos nunca podrán regresar allí si antes no llevamos a cabo una limpieza sistemática de "mantis". Es ahí donde tendremos que intervenir de forma masiva y decidida, porque los bartpuranos no tienen un Ejército ni una Fuerza Aérea…, ni siquiera armas para defenderse.

—¡Pero nosotros no podemos intervenir militarmente en el circumplaneta! —dijo el Presidente disgustado—. No sin una previa declaración de guerra. Y para declarar el estado de guerra necesito del consenso de la Asamblea Nacional.

—Yo no consideraría una acción de "limpieza" como una guerra —arguyó astutamente el Almirante—. Sólo se trata de insectos, dotados de unos medios tan rudimentarios de defensa que prácticamente es como si no tuvieran nada. Las "mantis" no constituyen una unidad nacional. Cada colonia es un miniestado cuya principal actividad consiste en hacer la guerra a sus vecinos. ¡Sería ridículo enviar un embajador a cada uno de esos pequeños estados para declararles formalmente la guerra! Nunca hemos tenido que reunir a la Asamblea Nacional para decidir el exterminio de una colonia de termitas. Sencillamente echábamos mano de un insecticida y asunto terminado.

—Sí. Pero normalmente, para exterminar a una colonia de termitas, no ha sido necesario emplear unidades pesadas del Ejército y la Armada. Almirante, no quiera tomarme el pelo. Aunque "sólo" se trata de insectos, esas "mantis" no pueden considerarse al nivel de cualquiera de nuestras especies de insectos.

Las “mantis” son inteligentes…

—También son inteligentes nuestras termitas. ¿Y cuándo nos hemos parado a considerar si era inmoral destruirlas masivamente?

—¡Por el amor de Dios, Almirante, no quiera hacerme comulgar con ruedas de molino! Es usted muy sutil, pero conozco sus tretas. El problema está en que la República no ha formulado todavía ningún plan relativo al circumplaneta. Usted no ha desistido de su proyecto de colonizar ATOLÓN para nuestra raza, mientras que la opinión pública se muestra más bien tibia sobre el asunto. En otras palabras, ninguna razón justifica que enviemos allá unidades militares. No cuente con eso.

—Sabía que diría usted eso —suspiró el Almirante.

—Si lo sabía, ¿por qué vino a mí con esas proposiciones absurdas? —replicó el Presidente.

—Es el caso que tenemos mucho que ganar en este asunto, pero ustedes, los políticos, quieren arriesgar muy poco. Si un caso como éste se hubiese planteado cuando los Aznar eran comandantes del autoplaneta…

—Ustedes, los grandes almirantes de la familia Aznar, tenían el privilegio de hacer y deshacer a su antojo. VALERA entonces era un transporte militar, y los almirantes apoyaban sus decisiones en la tremenda potencia del Ejército y la Armada. Créame, a veces yo también quisiera ser un Almirante Mayor y tener la facultad de disponer de los destinos de los valeranos según mi personal criterio. Pero las circunstancias actuales son distintas. El poder de un Presidente es muy limitado y sus decisiones dependen de la aprobación de la Asamblea Nacional. Pero la Asamblea es un reflejo de la opinión de la calle, y de hecho es el público quien impone la política al Gobierno. Si sometiéramos esta cuestión a la opinión pública, lo primero que nos preguntarían sería: ¿cómo una nación tan inteligente y poderosa como la bartpur no es capaz de defenderse por sí misma de unas hordas de estúpidos insectos?

—Los bartpures son un pueblo pacífico. Detestan la violencia y son contrarios por principio al acto de arrebatar la vida a un ser, tanto si se trata de matar a un hombre como de aplastar una cucaracha con la punta del zapato. Los bartpuranos no lucharán contra los insectos. Pero si no luchan por sí mismos, ni nosotros luchamos por ellos, los bartpuranos serán devorados por esos

salvajes insectos, y entonces habremos perdido todas las inmensas posibilidades de ver acrecentado nuestro poder con la contribución de los altos conocimientos científicos que desaparecerán con ellos. ¿No es una estupidez permitir que tal cosa ocurra? —terminó preguntando el Almirante.

El señor Presidente reflexionó en silencio meciéndose en la gran butaca giratoria.

—Bueno, señor Aznar. Yo pienso que, no siendo inmediato el peligro, tampoco urge tomar una decisión inmediata —contestó el político—. De momento el "disco volante" bastará para acomodar a los bartpuranos… e incluso protegerles de un posible ataque de los insectos. Más adelante…, veremos. Una campaña de mentalización de la opinión pública…, las mismas simpatías que los bartpuranos sean capaces de despertar entre nosotros, pueden hacer variar la situación en un par de años… Mientras tanto, algo podríamos hacer. Un incidente que surgiera entre nuestra colonia de Topera y las "mantis" podría justificar el envío de una fuerza al circumplaneta bajo el pretexto de llevar una operación de castigo contra los insectos. Cuando hace dos años usted impulsó la operación "desembarco", antes que supiéramos de la existencia de las "mantis", el Gobierno le hizo donación del ISLA DE CUBA y una fuerza de doscientos cruceros siderales. Los buques ni el "disco volante" fueron empleados. Pero, que yo sepa, no se ha decretado ninguna ley derogando la donación anterior.

El Almirante Aznar sintió que su corazón se abría a una nueva esperanza.

—Así, pues, ¿puedo disponer de esos doscientos cruceros?

—Están ahí para defender a la colonia terrícola, ¿no es cierto? Si además encontrara un número suficiente de astronautas voluntarios para tripularlos…, gente de confianza…

—Tendré esos voluntarios, puede estar seguro —dijo el Almirante.

—Bien, entonces no veo motivo para que no pueda llevarse esos buques tan pronto tenga las tripulaciones —dijo el Presidente sonriendo.

Miguel Ángel Aznar se puso de pie.

—Muchas gracias por todo, señor Presidente. En realidad no esperaba encontrar tanta comprensión por su parte, lo digo

sinceramente.

—Sí, lo sé. Mire, Almirante Aznar, de vez en cuando pienso que, además de usted, hay otros que también desean lo mejor para nuestro pueblo. Incluso políticos —el presidente estrechó riendo la mano de Miguel Ángel—. Daré las órdenes oportunas para que el ISLA DE CUBA pueda despegar. ¿Qué hará usted?

—Me quedaré algún tiempo en VALERA hasta reunir las tripulaciones para los buques.

—Venga a verme alguna vez. Buenas tardes, Almirante Aznar, siempre es un placer discutir con usted.

El Almirante abandonó el Palacio Residencial por la puerta que daba sobre la Plaza de España. Eran las siete y cuarenta y cinco minutos y el sol artificial de VALERA había atenuado su brillo a un cuarto de su potencia normal.

Éste era el atardecer del planetillo, aquella media hora que precedía a la oscuridad de la noche. En las amplias avenidas que venían a desembocar en la Plaza de España empezaban a brillar las interminables hileras de farolas. En los altos rascacielos de mármol y cristal se iban encendiendo las luces de los apartamentos, haciendo de las fachadas curiosos tableros de ajedrez. En mitad de la plaza, la monumental fuente luminosa proyectaba al cielo los potentes chorros de los surtidores de cambiante color; rojo…, verde…, amarillo…, lila…

El Almirante echó a andar, sentía necesidad de pasear y aclarar sus ideas.

Por la amplia acera de la Avenida de América veía pasar las parejas cogidas de la mano, riendo…, mirándose a los ojos amorosamente. El amor no había cambiado, seguía inmutable a través de las edades que fueron cambiando al pueblo terrícola y convirtieron a una rama de aquella raza en viajeros incansables del espacio.

Se preguntó si estarían en lo cierto los valeranos y no necesitaban para su felicidad otra cosa que continuar viviendo y viajando. Se preguntó si le asistía algún derecho a interpretar el futuro y forzar a los valeranos hacia un destino que tal vez no deseaban. Pero tendría que haber sido un adivino para contestarse a todo esto.

El Almirante era un caso excepcional. A la edad de ochenta y

cinco años, cuando VALERA acababa de alejarse del planeta REDENCIÓN, se había hibernado, permaneciendo en estado letárgico doscientos setenta y seis años, hasta que volvió a la vida cuando VALERA se disponía a "anclar" en una órbita interior al circumplaneta.

Último de la dinastía de los grandes almirantes que mandaron el autoplaneta, hasta la proclamación de la independencia de éste, Miguel Ángel Aznar pertenecía espiritual e ideológicamente a una generación ya extinta. En él pervivían todos los valores espirituales de un pueblo que luchó por el engrandecimiento de la raza, que luchó por sobrevivir y sobrevivió a la invasión de otras razas extragalácticas, que conquistó un imperio en REDENCIÓN y combatió en los planetas de NAHUM en defensa de la libertad de los pueblos sojuzgados…

Los miembros de la familia Aznar habían considerado como un deber expandir su influencia y su sangre por todos los mundos del Universo. Ejercieron la misión colonizadora con auténtica fe en el futuro…

En cambio, las nuevas generaciones de valeranos no sentían el menor interés por el circumplaneta. Un mundo inmenso, donde cabrían veintitrés millones quinientos sesenta mil planetas como la Tierra, estaba allí, al alcance de su mano. ¡Y los valeranos desdeñaban la posibilidad de conquistarlo! Preferían continuar en su pequeño planetillo, sometidos a un estricto control de la natalidad, condenados a vivir en edificios como colmenas, a sufrir los inconvenientes de una carencia crónica de alimentos, a vestir iguales, a moverse en la misma dirección, como hormigas que cumplen un ciego e irracional instinto…

Miguel Ángel Aznar no podía comprender a las nuevas generaciones, se desesperaba. A veces pensaba que los valeranos necesitaban pasar por una situación parecida a la que sufrieron sus antepasados, cuando en una lejana galaxia el autoplaneta fue sorprendido y conquistado por los nahumitas. En aquella catástrofe, en que perdieron la vida millones de seres, los valeranos fueron separados de sus familias, conducidos en grupos a distintos planetas, condenados a servir de esclavos y de concubinas a los bárbaros señores de Nahum…

Sólo en el caso de que los valeranos supieran del dolor de la

esclavitud sin esperanza de redención, comprenderían que una nación no puede permanecer estática, mientras a su alrededor, otros pueblos hostiles y ambiciosos, progresaban incesantemente.

La Tierra también había conocido un caso parecido. Hubo un tiempo en que, cansados de soportar el tremendo esfuerzo de sostener una poderosa industria de guerra, los terrícolas decidieron renunciar a la guerra y vivir sólo para disfrutar su paz. Como ahora los valeranos, los terrícolas también olvidaban que la paz tenía un elevado precio, un precio que tenía que pagarse cada día, trabajando para la defensa y la supervivencia de esa paz. Poco después se presentaban en la Tierra las poderosas escuadras siderales "Thorbod" y atacaban a la pacífica Humanidad terrícola.

Si la Tierra pudo salvarse entonces por un verdadero milagro, los terrícolas se aplicaron la lección. Pero ahora los valeranos parecían haberla olvidado. De antemano renunciaban al progreso, rechazaban las inmensas posibilidades del enorme circumplaneta. ¡Ah, qué distinto habría sido todo si este hiperplaneta hubiese sido descubierto mil años atrás, en la época de los grandes almirantes de VALERA!

Absorto en sus pensamientos, hacía rato que había oscurecido totalmente cuando llegó al domicilio de los Ross.

Llamó al timbre y le abrió la puerta una joven alta, esbelta, con una larga melena rubia, vestida con pantalón largo y una alegre blusa estampada. Los grandes ojos dorados, sombreados de largas pestañas cargadas de "rímel", le miraban insinuantes. Una boca grande, de labios perfilados con carmín, le sonreía.

—Perdone, creo que me he equivocado de puerta —murmuró el Almirante.

Por detrás de la joven asomó Silvana Ross con su bello rostro salpicado de graciosas pecas rojizas.

—No se ha equivocado, Almirante Aznar. Pase usted. ¡No ha reconocido a Yawna! —estalló Silvana en una carcajada.

—¡Yawna! —exclamó Miguel Ángel, mirando sorprendido a la bartpurana, que también reía burlándose de su confusión. La ropa, el peinado y los afeites habían operado un cambio profundo en la apariencia de la bartpurana—. ¡Si no parece ella!

Silvana cerró la puerta y el Almirante vio a su hijo en brazos del doctor Ross. Cogió al pequeño y lo besó emocionado.

—Está perfectamente bien —dijo Ross en respuesta a la pregunta que el Almirante le hacía con los ojos—. Silvana lo trajo a casa hace un par de días.

—¿Por qué está Yawna aquí? ¿Dónde están los demás?

—Usted tardaba en regresar, había oscurecido y el aerobús esperaba en la azotea. Pero ya empezaba a llamar la atención del vecindario. Un aerobote de la Policía se acercó a indagar y entonces decidí enviar al aerobús de regreso al disco volante. ¿Qué le ha ocurrido? ¡Pensé que le habían metido en la cárcel! —dijo el doctor.

—También me amenazaron con la cárcel. Pero al final todo resultó bien. El Presidente cede el ISLA DE CUBA a los bartpuranos. Y no sólo eso, ¡va a entregarme los doscientos cruceros siderales que nos cedió hace dos años! Pero no ha contestado a mi pregunta. ¿Por qué está Yawna aquí, y no con los suyos camino del “disco volante”?

—Bueno, me permití invitarla… —murmuró Ross.

—¿Invitarla? ¡Usted está loco! ¿Sabe qué ocurriría si alguien descubriera que está aquí? —exclamó el Almirante.

—Nadie lo sabrá. Yawna puede pasar perfectamente por una terrícola.

—¡Pero ella no habla castellano!

—Mañana voy a llevarla al Instituto Psiquiátrico para enseñarle nuestro idioma por medio del sistema de inducción directa al cerebro.

—¿Para qué? Ella nos entiende perfectamente.

—Sólo cuando uno le habla directamente a ella. Ante un aparato de televisión, por ejemplo, Yawna no es capaz de coger una palabra de un diálogo. Yo también me someteré a la máquina y Yawna me enseñará bartpurano. Es conveniente que alguno de nosotros hable ese idioma. En el futuro será indispensable para nuestras comunicaciones por radio. También usted debería…

—¡No me hable de dejarme pinchar en el cerebro! —le interrumpió el Almirante—. Reconozco que esa máquina es muy útil. Pero personalmente, ¡la detesto!

Sin embargo, a la mañana siguiente Miguel Ángel Aznar acompañaría a Ross y a Yawna al Instituto Psiquiátrico y entraría por primera vez en contacto con la máquina odiada.

CAPÍTULO VII

LA República de Valera presumía de ser un estado democrático, y en verdad lo era. Pero como siempre había ocurrido, los contactos y las relaciones abrían puertas excusadas por las que entraban y salían los miembros de una élite distinguida, que no solía tomarse muy en serio lo de “igualdad de oportunidades para todos”.

El largo camino que habría tenido que recorrer un ciudadano cualquiera para llegar hasta los sótanos del Instituto Psiquiátrico, se redujo para el doctor Ross a una llamada telefónica a un amigo.

A la mañana siguiente un automóvil de matrícula oficial, con banderín de almirante de la Armada Sideral, fue a recoger al doctor Ross, a Yawna y a Miguel Ángel para llevarles al Instituto Psiquiátrico.

En los tiempos de prosperidad de la época de los grandes almirantes, el automóvil era una máquina de uso común en todo el autoplaneta. No todos los valeranos, ni siquiera todas las familias disponían de un automóvil propio. Pero el Gobierno asignaba mensualmente a cada ciudadano un número de fichas, que permitía a cada adulto utilizar un auto durante determinado número de horas. Cada automóvil disponía de un contador. El usuario metía una ficha en una ranura del contador y el coche funcionaba un tiempo hasta que anunciaba que iba a tener que alimentarse con una nueva ficha.

Los automóviles funcionaban eléctricamente, recibiendo a través de un receptor las ondas energéticas emitidas por potentes emisoras, y estas ondas alcanzaban a todo el territorio hasta donde llegara una carretera.

El automóvil propiedad del Estado era también propiedad del pueblo, y un ciudadano tenía derecho a coger y disfrutar cualquier automóvil que encontrara parado, abandonado por el último usuario que lo había utilizado.

Curiosamente, el automóvil de entonces contribuía a fomentar la relación entre amigos y familiares. Un amigo, le rogaba al otro: “Oye, cuando regreses llámame por teléfono para que venga a recoger el auto antes de abandonarlo”.

De unos a otros amigos se pedían y se prestaban fichas. Las fichas servían como moneda para gratificar algunos servicios o favores. El padre de familia premiaba las buenas notas del hijo mayor regalándole un par de fichas para el domingo. Se regalaban fichas en los cumpleaños, y tenían el mismo valor y significado que el hecho de regalar un puro allá por el remoto siglo XX.

Luego vino la época de las restricciones.

Cuando hacía doscientos setenta y ocho años VALERA se apartó de la Confederación de Planetas Terrícolas y adoptó la república como forma de gobierno, la sociedad valerana gozaba de una prosperidad envidiable. Una poderosa industria, dirigida con eficiencia, producía todos los elementos necesarios para procurar a la nación una vida cómoda y sin preocupaciones.

A cambio de trabajar dos años en el Servicio Obligatorio, los valeranos tenían ante sí una larga vida para disfrutar del producto de su personal esfuerzo. Los cargos de responsabilidad al frente de la industria, en las universidades, en los centros de investigación científica, en los hospitales, los transportes, la Armada y el Ejército, no fueron jamás retribuidos en VALERA.

Como recompensa a su continua actividad en beneficio de la nación, la nación premiaba a esta élite con ciertos privilegios —un automóvil para su uso exclusivo, un velero, una quinta de recreo en la montaña o junto a un lago— pero el más codiciado estímulo era el alcanzar renombre y prestigio personal, ser conocido y popular, destacar de la masa, como otros destacaban y se daban a conocer en otros campos distintos de la actividad humana; el cine, la televisión, la música, la pintura, la literatura y los deportes.

Cuando del régimen militarista se pasó a un gobierno de representación popular, la joven república recibió una copiosa herencia en bienes materiales y culturales. Durante más de un siglo, la sociedad valerana disfrutó las rentas de un esfuerzo acumulado de varios siglos. Pero luego empezaron a venir las dificultades.

Los políticos, apuntándose como una victoria una continua reducción del Servicio de Trabajo Obligatorio, habían dejado éste

en catorce meses. Esta absurda reducción coincidía con otra circunstancia. El severo control de la natalidad, encaminado a impedir que la población creciera continuamente, mantenía a ésta en los doscientos millones de habitantes. Por otra parte, los continuos progresos de la medicina prolongaban la duración media de la vida, estableciéndola alrededor de los trescientos setenta y cinco años.

Ocurrió entonces que, mientras aumentaba proporcionalmente una población de adultos que no trabajaba, se reducía el número de nacimientos, y por lo tanto los contingentes de hombres jóvenes en edad de trabajar.

Como por otra parte los políticos no estimulaban la continuidad en sus puestos de la élite profesional y directiva, ocurría que los puestos de responsabilidad estaban mal atendidos, se trabajaba mal y con desgana, y el resultado de tantos errores acumulados fue una caída en vertical del índice de eficiencia.

Faltaban brazos para atender a todas las necesidades, y se atendía sólo a lo urgente y más necesario. Se cerraban fábricas por falta de utillaje, funcionaban mal los transportes, y en las ciudades las casas se caían de viejas.

El pueblo protestaba, pero por otro lado tenía atados de pies y manos a los políticos. Después de denostar la política de los grandes almirantes del pasado, cuya genuina representación la ostentaban los Aznar, los gobernantes no podían imitar a los difamados almirantes, imponiendo a la nación más trabajo y responsabilidad. El pueblo, perezoso y comodón, no lo habría aceptado.

La única solución era restringir el consumo de la nación. Desaparecieron los automóviles a medida que se rompían, sin ser repuestos por otros. Los valeranos se conformaron con ir a todas partes en bicicleta. Pasaron a la historia los tiempos en que los valeranos podían entrar en cualquier almacén y llevarse a casa lo que necesitaban, pues de este modo se estropeaban muchos alimentos. Se impuso el racionamiento, los cupones y las largas colas ante los almacenes de la Intendencia del Estado. La moda, que antes escogían libremente los valeranos, recibió un golpe mortal al imponerse las prendas de corte y calidad únicas…

Contra esta actitud conformista de la nación valerana se había levantado la voz del Almirante señalando el camino a seguir. El

futuro de la nación terrícola estaba en el circumplaneta. En sus territorios inmensos la población podría multiplicarse como siempre hizo. Los valeranos podrían habitar en casas unifamiliares, en contacto con la naturaleza. El país se engrandecería…

Pero los valeranos hacían oídos sordos a este llamamiento. Solamente una minoría responsable contestaba a la voz del Almirante y acudía a alistarse en el movimiento colonizador. Curiosamente, eran los jóvenes quienes mejor estaban respondiendo. Pero la juventud era una minoría en VALERA por culpa de aquel dichoso control de la natalidad. Y el Gobierno sólo permitía la salida a aquellos jóvenes que habían cumplido el Servicio de Trabajo Obligatorio, o sea, a aquellos que pasaban a engrosar las filas de los parásitos criticones e inmovilistas.

En el Instituto Psiquiátrico, el equipo facultativo había sido reducido al mínimo indispensable en razón del secreto que se deseaba guardar acerca de la identidad de Yawna. El Almirante entró con recelo en el quirófano y a punto estuvo de volverse atrás cuando se disponían a anestesiarle. Contuvo su aprensión y se dejó dormir.

Cuando recobró el sentido veinte minutos más tarde supo que le habían practicado una serie de pequeños agujeros en la pared del cráneo, tan pequeños que apenas cabía una aguja. El Almirante sabía algo respecto a ciertos electrodos, pero no se hubiera prestado a la operación de saber que tenían que agujerearle el cráneo.

Una hora más tarde, pasados totalmente los efectos de la anestesia, fueron conducidos al sótano donde estaba la máquina. El doctor Levine le explicó al Almirante en qué consistía la operación.

Conectados los electrodos de Yawna y de Ross a la máquina, se pasarían en magnetoscopio una serie de imágenes previamente seleccionadas por los psicólogos. A la vista de la imagen en la pantalla de televisión, Ross formularía mentalmente una idea relacionada con la figura. Si era un libro, Ross diría mentalmente "libro", aunque no lo pronunciara de palabra.

La idea de Ross produciría en la máquina un impulso eléctrico que ordenaría las neuronas en una posición determinada. La máquina, en fracciones de segundo, remitiría esta clave a través de los electrodos a la memoria de Yawna, de forma que las neuronas se combinaran de forma idéntica. La idea "libro" junto con la palabra

quedaría indeleblemente grabada en la mente de la mujer.

Se había escogido al doctor Ross para esta prueba, porque siendo psicólogo y psiquiatra conocía perfectamente el funcionamiento del proceso. Por ejemplo, además del libro la presencia de éste sugeriría otras muchas cosas; “cubierta”, “lomo”, “página”, “papel”, “letras”, “texto”…

Simultáneamente, Yawna repetiría los mismos conceptos en lengua bartpurana, de forma automática y bajo la presión de los impulsos eléctricos recibidos del exterior. La idea de Yawna iría a la máquina, y ésta grabaría simultáneamente una cinta magnética y la memoria del doctor Ross. El doctor, al terminar la prueba, sabría tantas palabras en bartpurano como Yawna de castellano; sería un intercambio de conocimientos. En cuanto a la cinta grabada serviría para educar al Almirante y, posteriormente, a otros hombres y mujeres interesados en aprender bartpurano.

El Almirante se quedó un rato presenciando la prueba. Pasado un rato llamó aparte al doctor Levine y le preguntó cuánto iba a durar la sesión.

—Hasta la hora del almuerzo —contestó el doctor.

—Cuando terminen, dígale al doctor Ross que volveré por ellos a la hora del almuerzo.

Salió sigilosamente del sótano y respiró aliviado al llegar a la calle. El automóvil seguía esperando y Miguel Ángel se hizo llevar al Departamento de Defensa, cuyas dos ramas, Armada y Ejército, ocupaban distintas alas del mismo edificio. La Sección de la Armada recibía también el nombre de Almirantazgo.

El Almirante Jefe de la Armada era el Almirante Dupont-Aznar. El apellido Aznar abundaba particularmente entre los oficiales y jefes de la Armada Sideral, frecuentemente combinados con otros apellidos. En la época de crisis de los Aznar muchos lo habían borrado a continuación del guión donde solía aparecer como título honorífico. Pero con el regreso del último Aznar de la cripta de hibernación, con el reconocimiento del partido aznarista y con el Almirante Aznar ocupando un escaño en la Cámara de los Representantes, el ilustre apellido volvía a figurar en las tarjetas de visita, de donde tanto tiempo estuvo ausente.

Dupont-Aznar era un buen político, uno de los pocos jefes que no se vieron involucrados en el abortado alzamiento militar, a raíz

del regreso de Miguel Ángel Aznar tras 276 años de hibernación. Como buen político, Dupont-Aznar buscaba ahora contactos con su lejano pariente, presintiendo con buen olfato que la estrella del Almirante no tardaría en alzarse nuevamente hasta el cénit.

El Almirante Dupont-Aznar despachó rápidamente el asunto que le ocupaba para no hacer esperar a su pariente. En realidad este parentesco, era tan lejano que habría que ir a buscar sus orígenes alrededor del tiempo en que el autoplaneta VALERA llegó por primera vez a los planetas de Nahum.

Dupont-Aznar, alto, ojos castaños y vivos, noventa y dos años, era uno de los contados hombres que en VALERA se permitían tutear al ex Almirante Mayor, llamándole además por su nombre.

—Hola, Miguel. Siéntate, ¿quieres tomar algo? —saludó el Almirante Dupont-Aznar con sonrisa cordial—. Arreglado el asunto del ISLA DE CUBA. Zarpará al mediodía. ¿Satisfecho?

Cualquiera habría dicho, por el tono de Dupont, que la partida del “disco volante” se debía a su personal intervención, cuando en realidad se había limitado a cumplir las órdenes que había recibido directamente del Presidente de la República.

Dupont llamaba a Miguel Ángel, familiarmente, Miguel, y éste correspondía llamando a su primo Pepe, a sabiendas de que fastidiaba al Almirante, especialmente en presencia de terceros. Pero en esta ocasión estaban solos en el suntuoso despacho del Almirante Jefe de la Armada. Título que, aunque rimbombante, era poca cosa en la práctica. El Almirante Jefe de la Armada Sideral no tenía atribuciones para mover un buque sin consentimiento del Secretario de Defensa, que era un político.

Miguel Ángel Aznar sabía que, no obstante los defectos de su primo, era un astronauta de corazón y podía confiar en él en determinados asuntos.

Le recordó los doscientos cruceros siderales de la clase STELAR que la República le había asignado cuando la proyectada operación de desembarco en el circumplaneta.

—Los cruceros no llegaron a utilizarse, salvo en una corta expedición de descubierta que realicé al poco tiempo.

—Sí, fue cuando capturaste aquel emisor de ondas gravitacionales. ¿Sabes ya de la aplicación que nuestros científicos se proponen dar a esas ondas?

—No.

—Bueno, si nuestros técnicos logran resolver algún pequeño inconveniente, en el futuro nuestro autoplaneta no se moverá impulsado por motores fotónicos sino por ondas gravitacionales. ¿Qué te parece?

—¿Cuál es la ventaja? —preguntó Miguel Ángel.

—Parece que con ese nuevo sistema de propulsión lograremos lo imposible hasta ahora. ¡Es muy interesante! Tú sabes que los cuerpos que se mueven en el espacio viajan sobre una curva geodésica. Imaginemos el Universo como una esfera terrestre. Para viajar de España a Nueva Zelanda, pongamos por ejemplo, teníamos que hacerlo sobre una curva geodésica, rodeando medio mundo para llegar a los antípodas. Pero si hubiésemos podido atravesar el globo, pasando por el centro de la tierra, nuestro viaje, en lugar de veinte mil kilómetros, sería sólo de doce mil setecientos setenta kilómetros. Igual ocurre con el espacio. Si en lugar de viajar sobre una curva geodésica lográramos vencer las leyes de la gravitación e internarnos en el hiperespacio, nuestros desplazamientos cósmicos serían mucho más cortos. ¡Ahorraríamos miles de años en ir de un lugar a otro!

—¡Estupendo! —exclamó Miguel Ángel Aznar, aunque sin gran convencimiento.

—Esos condenados bartpuranos son unos brujos —continuó el Almirante Dupont-Aznar—. Ellos no tienen astronaves actualmente, pero se supone que en los tiempos en que recorrían el Universo lo hacían viajando a través del hiperespacio. Incluso hay alguno de nuestros científicos que asegura que en esa nueva dimensión una astronave podría acelerar hasta sobrepasar varias veces la velocidad de la luz. ¿No es fantástico?

—Realmente los bartpuranos son unos tipos extraordinarios —asintió Miguel Ángel pensativamente. Y cambiando bruscamente de tema—: ¿Qué hay de esos doscientos cruceros?

—¡Ah, los cruceros! —dijo Dupont-Aznar como descendiendo de las nubes—. ¿Qué ocurre con ellos?

—Voy a llevarlos conmigo al circumplaneta. El Presidente lo sabe y está de acuerdo en que puedo utilizarlos.

—¡Vaya! ¿Te llevas bien ahora con los políticos, por lo que veo?

—El Presidente es una persona comprensiva… dentro de lo que

cabe esperar de un político. A su vez, como buen político, calcula con buen criterio las ventajas que podría reportarnos el quedar bien con los bartpuranos. Confidencialmente te diré, y debes guardar el secreto, que el Presidente ha dado luz verde a la “operación rescate”. Él no puede autorizar la operación en VALERA, a pesar de que existe un acuerdo de la Asamblea Nacional en ese sentido. Pero los valeranos no tenemos jurisdicción en el circumplaneta. No podemos impedir que los bartpuranos hagan lo que les dé la gana en el circumplaneta, porque la República de Valera no tiene aspiraciones sobre aquel mundo, y porque, al fin y al cabo, el circumplaneta es de los bartpuranos.

—¿Y en qué escenas entras tú con tus doscientos cruceros? ¡No habrás pensado entregar esos buques a los bartpuranos!

—Claro está que no. Voy a utilizar esa fuerza para limpiar de insectos aquel continente. Los bartpuranos no estarán en condiciones de defenderse por sí mismos de la agresividad de las “mantis”, puesto que van a llegar con la ropa, sin armas, y sin una industria para fabricarlas.

—Y cuando estén de regreso, y tengan su industria y sus armas, ¿qué ocurrirá? ¿No intentarán apoderarse de nuestro autoplaneta?

—¿Qué utilidad puede tener para ellos nuestro autoplaneta? —protestó Miguel Ángel Aznar—. Los bartpuranos ya viajaron por el espacio. Construyeron su circumplaneta a costa de grandes esfuerzos, y todavía no han tenido ocasión de disfrutarlo.

Dupont-Aznar no quedó muy convencido de los argumentos de su primo. Miguel Ángel Aznar tuvo que echar mano de la baladronada:

—Además, para eso estaremos nosotros allí. Aparte de que les ayudemos realmente a tener a raya a las “mantis”, ese será un pretexto para justificar nuestra presencia en el circumplaneta. No les permitiremos rearmarse. ¿Comprendes por qué son necesarios nuestros buques cerca de los bartpuranos? ¿Comprendes la conveniencia de sostener allí nuestra colonia de Topera?

—Sí, ahora veo claro el juego del señor Presidente. Lo que no comprendo, es por qué no enviamos allá una fuerza expedicionaria de respeto, un par de flotas completas para aniquilar de una vez a todos los insectos —gruñó Dupont.

—Yo también le dije eso mismo al Presidente —dijo Miguel

Ángel con astucia—. Pero los políticos, en su terreno, son como nosotros en nuestro oficio; saben qué botones hay que tocar. La respuesta es sencilla. Si aniquilamos todos los insectos y dejamos limpio el circumplaneta, ¿cómo justificar nuestra presencia permanente cerca de los bartpuranos? No, nada de aniquilarles. Tenemos que dejar bastantes "mantis" para que incordien y nos retengan allá un largo tiempo.

Dupont-Aznar quedó convencido. Orgulloso de ser copartícipe de un plan secreto de tanta envergadura, se ofreció gustoso a buscar las tripulaciones que su primo necesitaba.

—Quiero voluntarios, Pepe —insistió el Almirante—. Gente dispuesta a soportar las fatigas de una larga campaña. Porque las "mantis" nos darán trabajo, de eso estoy seguro. Y las condiciones de vida en ATOLÓN no son las de VALERA.

Dupont-Aznar dio toda clase de seguridades a su primo y le acompañó hasta la antesala de su despacho.

—¡Ah, y me llevo tu automóvil! —dijo Miguel Ángel al despedirse.

—Quédate con él todo el tiempo que necesites. Adiós, Miguel —dijo el Almirante.

El Almirante regresó al Instituto Psiquiátrico y se reunió con Ross y Yawna en el comedor del Centro. Yawna hablaba con toda facilidad castellano. Al mirar al Almirante, cuando éste se sentaba a la mesa, Yawna observó:

—Tu aura resplandece hoy con más vigor que nunca. Estás contento.

—Sí —dijo Miguel Ángel. Y de pronto se echó a reír. No reía así desde que asesinaron a Sara.

—¿De qué ríes? —preguntó Yawna.

—Me hubiera gustado que estuviese conmigo esta mañana cuando hablaba con un primo mío. ¡Habrías visto las mentiras retorcerse como serpientes a mí alrededor!

—¿Por qué dices mentiras? ¡No me gusta!

—En nuestra primitiva sociedad son necesarias, Yawna. Son como un escudo, le protegen a uno. Decimos verdad en las cosas triviales. En los negocios importantes tenemos que mentir. Todos lo hacemos —aseguró el Almirante.

Yawna hizo un mohín de disgusto.

Aquella tarde, mientras el doctor Ross y Yawna proseguían su sesión, Miguel Ángel Aznar se sentó en una silla y accedió, no sin protestas, a que le conectaran unos alambres a los finos electrodos de platino de su cráneo. La máquina inductora trabajaba sobre la cinta grabada tres veces más aprisa que el equipo grabador. Dormido bajo los efectos de una droga hipnótica, a fin de que ninguna imagen exterior perturbara su atención, todos los conocimientos sobre el idioma bartpurano contenidos en la cinta en forma de impulsos, pasaron íntegramente y simultáneamente a la memoria y a la región fronto-temporal izquierda, la llamada área de Broca, donde estaba situado el centro intelectual del lenguaje, que colaboraba en perfecta coordinación con el aparato fonador, respiratorio y cavidad bucal.

Ross y Yawna terminaron al mismo tiempo que el Almirante pero éste no se enteró de nada hasta que despertó.

Al despertar "sabía" que sabía bartpurano. Podía incluso pensar en aquella lengua, pasando alternativamente de bartpurano a castellano sin darse cuenta. Las palabras acudían espontáneamente a sus labios, y solamente la falta de adiestramiento era causa de que algunas veces fallara en la correcta pronunciación. Pero aun entonces "sabía" que había pronunciado mal, y lo intentaba de nuevo hasta conseguir el sonido adecuado.

—Increíble —murmuró el Almirante a la máquina con un respeto que no sentía aquella mañana—. Jamás había aprendido nada tan rápidamente y con tanta facilidad. Otro día volveré para que me administren una ración de matemáticas, que las tengo bastante olvidadas.

Yawna estaba hablando con el doctor Ross en vivo y fluido castellano.

CAPÍTULO VIII

CUANDO, tres semanas después, el Almirante Aznar se reunió con la fuerza en la Base Sideral de El Páramo, quedaban atrás veintiún días de intensa actividad, preocupaciones y agradables recuerdos.

El apartamento de Miguel Ángel Aznar, arrasado por las hordas, seguía inhabitable. El Almirante se alojó en el hogar de los Ross, donde también estaban su hijo y Yawna.

Dedicando las mañanas a merodear por los despachos del Almirantazgo, con alguna que otra salida esporádica a las bases de la Armada en busca de un determinado hombre, Miguel Ángel consiguió reunir un cuadro de oficiales y especialistas de primera calidad.

La base de la recluta eran los mismos que dos años antes formaron las tripulaciones voluntarias de los doscientos buques de combate, cuando abortó el intento del Almirante de fundar la primera colonia de terrestres en el circumplaneta.

La epidemia que se declaró en VALERA, las bacterias y la presencia de insectos gigantes en el circumplaneta, impusieron una espera en los planes del Almirante Aznar. Luego, con el tiempo, se enfrió el entusiasmo de sus seguidores, y muchos de éstos reconsideraron el asunto y se volvieron atrás.

Pero en las tres últimas semanas que el Almirante pasó en el planetillo, el proyecto se reavivó, especialmente cuando se supo que, llevada en secreto la máquina KARENDÓN a bordo de un “disco volante”, los amigos del Almirante Aznar actuaron por su cuenta poniendo en marcha la “operación rescate”, siendo un hecho irreversible la llegada masiva de los bartpuranos a la vida.

El secreto se filtró desde los niveles más altos de la magistratura de la nación, y al comprometer a políticos y militares de rango, hizo caer sobre el asunto un velo de silencio. Ocurrió entonces que,

mientras la noticia circulaba como un rumor por la calle, las estaciones de radio y las emisoras de televisión, bajo control estatal, no hacían la menor mención sobre el asunto.

Pero en pocas horas el rumor se hizo tan insistente, y la falta de información provocó una exageración tal de los detalles, que estallaron simultáneamente manifestaciones en todas las ciudades del planetillo. Curiosamente, la indignación popular no iba dirigida ahora contra los bartpuranos, sino contra la falta de información y veracidad del Gobierno.

Después de un fin de semana "caliente", con desórdenes callejeros y choques entre la Policía y los manifestantes, los valeranos olvidaron todo el sábado en la tarde para llenar masivamente los estadios de todas las capitales donde se jugaba el Campeonato de Liga de Fútbol. La moderna sociedad de VALERA tenía estas reacciones chocantes. Si cualquier día de la semana era bueno para protestar y organizar algaradas, el sábado y el domingo eran días sagrados dedicados a seguir la marcha de las competiciones deportivas y disfrutar el descanso.

Aquel fin de semana, el Almirante Aznar, Yawna, el matrimonio Ross y el pequeño Miguel Ángel, eran invitados del profesor Castillo, suegro de Ross, que disfrutaba una quinta de recreo junto al Mediterráneo valerano, a más de mil kilómetros de Nuevo Madrid.

El lunes, temiendo algún acto de vandalismo semejante al que costó la vida a Sara Aznar, decidieron quedarse en la quinta. Ese mismo día, en la Cámara de Representantes, se organizó una tremolina con intercambio de bofetadas entre los miembros del partido aznarista y sus oponentes.

Dejando a Ross con las mujeres y el niño en la quinta, el profesor Castillo y el Almirante Aznar se trasladaron el martes a Nuevo Madrid, donde ambos tenían asuntos que evacuar. El Almirante había conseguido permiso de su primo Dupont-Aznar para utilizar un aerobote de la dotación de los cruceros a él asignados. El Almirante Aznar no estaba en servicio activo, y por lo tanto no tenía derecho a utilizar un aparato de la Armada. Pero se daba el caso curioso y contradictorio de que, siendo nominalmente civil, Miguel Ángel Aznar tenía el mando efectivo de doscientos cruceros siderales de combate.

El martes, en una atmósfera tensa, el Senado interpeló al Presidente de la República sobre el asunto de los bartpuranos.

El Presidente Borges, que había accedido desde la vicepresidencia al fallecer el presidente víctima de la epidemia que diezmó a la población del planetillo, afrontó con valentía la difícil papeleta.

Tuvo el Presidente la honradez de no escudarse tras el pretexto de que había tenido que enfrentarse ante hechos consumados —nunca se refirió directamente al Almirante Aznar por su nombre— asumiendo la parte de responsabilidad que realmente le correspondía.

Recordó el Presidente el acuerdo adoptado por mayoría en la Asamblea Nacional. Este acuerdo, que comprometía a la nación a prestar la máxima ayuda y colaboración a la nación bartpurana, no se había llevado a cabo por cobardías y tensiones, dentro del seno de la misma Asamblea, presionada por la opinión de la calle. Pero el acuerdo estaba en plena vigencia, puesto que no se había derogado. Recordó el Presidente que el pueblo valerano se había manifestado indiferente respecto a las posibilidades del circumplaneta, que no existía ningún acuerdo, ni tácito ni expreso, sobre posibles aspiraciones de conquista o colonización, excepto las de un grupo que había decidido por su cuenta y riesgo llevar una colonia a aquel mundo.

El Presidente fue muy claro y terminante sobre un aspecto jurídico de la cuestión. El circumplaneta era el mundo, la patria de los bartpuranos. La reintegración de los bartpuranos no había tenido lugar en VALERA. El ISLA DE CUBA, cedido por el Gobierno a los colonos de ATOLÓN, se encontraba en aquellos momentos Posado en el mar, frente a la costa, no lejos de la ciudad subterránea de Topera. Los bartpuranos estaban de regreso en su patria. Lo que hicieran en su mundo era cosa de los bartpuranos, pero si los valeranos temían una agresión de los bartpuranos, la solución era sencilla. Todo se reducía a que el autoplaneta pusiera en marcha sus motores y se alejara del circumplaneta, ya que de todos modos no tenían aspiraciones sobre ATOLÓN.

El ecuánime, ponderado discurso del Presidente de la República, tuvo el efecto de un sedante sobre los exaltados ánimos de los senadores. Uno de éstos interpeló al Presidente sobre algunos

aspectos desconocidos de la nación bartpurana.

¿Existía realmente algún peligro de ser agredidos por esta raza de superhombres?

El Presidente expresó su opinión personal de que los temores de la nación valerana eran más bien fruto de la ignorancia. Hizo referencia a la forma en que los científicos bartpuranos habían resuelto el problema de alimentar a millones de seres. De cómo aquellos hombres, medio dioses, medio brujos, eliminaron toda una costosa y gigantesca industria, simplificando la producción y confiando ésta a unas cuantas máquinas KARENDÓN alimentadas de energía.

—Imagínense ustedes el fabuloso País de Jauja —terminó diciendo el señor Presidente—. Ese sería nuestro mundo si alguna vez llegáramos a tener máquinas KARENDÓN.

La intervención del Presidente, difundida por radio y televisión a todo el país, surtió un efecto mágico, haciendo verdad el dicho de que: "en un segundo cambia la opinión del mundo". Los valeranos abrieron unos ojos como platos, e inmediatamente imaginaron las fabulosas posibilidades de las máquinas KARENDÓN. Alimentos en variedad y abundancia, ropas, calzado, automóviles, aparatos electrodomésticos… ¡todo saliendo a chorro, como por arte de magia, de aquellas increíbles máquinas! ¡Adiós a las fábricas… adiós a la agricultura… adiós al trabajo… adiós a las restricciones!

Desde que Miguel Ángel Aznar posó el aerobote en el helipuerto La Cierva, en las afueras de la ciudad, hasta que tomando el "metro" llegó al Almirantazgo, en un trayecto de media hora, se produjo el fenómeno. En el Almirantazgo se había seguido con el mayor interés la intervención del Presidente ante el Senado. Ciertamente, el nombre de Miguel Ángel Aznar no se había citado de manera expresa, pero todos sabían demasiado que el Almirante había sido el autor de la puesta en marcha de la "operación rescate".

Aquella mañana, en las oficinas y despachos del Departamento de Defensa, todo fueron sonrisas y facilidades para el Almirante. Sencillamente, importaba mucho ganar la confianza de los bartpuranos, para que el secreto de la KARENDÓN fuera a parar más pronto o más tarde a manos de los científicos valeranos.

El primo Dupont preguntó al Almirante si era verdad que una

máquina KARENDÓN, de tamaño adecuado, sería capaz de producir en serie un número ilimitado de cruceros siderales.

—Por supuesto que sí —fue la respuesta de Miguel Ángel.

—Así pues, no está lejano el día que podamos renovar toda nuestra flota con los nuevos cruceros de la serie STELAR —suspiró el Almirante Dupont-Aznar.

Aquella tarde Miguel Ángel Aznar voló en el aerobote hasta la quinta del profesor Castillo. El miércoles, regresaron todos a Nuevo Madrid.

Todas las tardes, el Almirante salía con Yawna a visitar monumentos, museos y exposiciones de arte. Algunas noches asistían a la ópera o acudían a escuchar un concierto. Los valeranos, con mucho tiempo libre, eran grandes aficionados a la música. No había una ciudad en el planetillo que no tuviera su Orquesta Sinfónica. Las bandas de música y las corales existían prácticamente en cada barrio.

También los bartpuranos eran amantes de la música. Yawna, que acaso estaba formando una pobre impresión de los terrícolas juzgando a la vista de su comportamiento, mostró gran admiración y extrañeza al escuchar algunas de las obras cumbre de la musicología del pueblo terrícola.

—Sois un pueblo muy extraño —comentó una noche mientras regresaban paseando a casa de los Ross—. En el fondo late en vosotros una profunda espiritualidad. Exteriormente sois vanos e inconstantes, torpes y violentos.

El último fin de semana el Almirante llevó a Yawna al estadio a presenciar un partido de fútbol entre la Armada y el Atlético de Madrid. Para Miguel Ángel Aznar fue divertido estudiar las reacciones de Yawna. Ésta había tomado parte por los muchachos de la Armada, ya que, según dijo: “su aura era más diáfana que la de los otros”.

El comportamiento de Yawna fue cien por ciento humano. Protestó un gol en fuera de juego concedido a los atléticos, chilló de alegría y golpeó con los puños la espalda del espectador que tenía delante cuando la Armada marcó un gol que igualaba el partido. En la incertidumbre de los últimos momentos se retorcía los dedos, se mordía los labios y casi estaba a punto de llorar, “porque era el triunfo de la injusticia”.

Faltando el último minuto para finalizar el encuentro, cuando los chicos del Atlético avanzaban hacia la portería de la Armada, ocurrió un hecho insólito. El balón salió de los pies del extremo zurdo en un medido centro que iba a pillar a la defensa de la Armada adelantada. El balón, inexplicablemente, trazó un limpio arco en el aire, pasó sobre los jugadores que llegaban en tromba… ¡y se dirigió hacia el centro del campo!

Jamás se había visto efecto más raro. El delantero centro de la Armada corrió tras el balón, éste procedía de un contrario, luego no estaba en fuera de juego. Corrió el muchacho… el portero salió desconcertado… ¡goool!

Yawna se abrazó chillando al Almirante, mientras en todo el estadio se escuchaba simultáneamente un grito de triunfo con otro de decepción y de rabia.

—¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! —repetía Yawna pegando puñetazos en el pecho del Almirante.

A la salida del estadio, mientras iban andando en busca de sus bicicletas, Miguel Ángel Aznar miró fijamente a Yawna a los ojos.

—Dime, ¿qué ocurrió con aquel balón?

Yawna enrojeció hasta las orejas.

—¿De modo que les echaste una mano a los chicos de la Armada? ¿Cómo se llama eso?

—Psicokinesis, es el poder psíquico sobre la materia.

—Nada de eso, se llama trampa. ¡Eres una tramposa!

Yawna se echó a llorar. Estaba arrepentida de su mala acción y quería volver al estadio para hablar con el árbitro y confesar la ilegalidad del gol.

—No digas tonterías —gruñó Miguel Ángel reteniéndola del brazo—. El tanto subió al marcador y es válido. ¡Menuda la armarías! Además, qué caramba, ¡ganaron los míos!

Yawna insistía en volver. Echó a correr, él la siguió y la alcanzó por la cintura. En la lucha llegó un mozarrón que le llevaba toda la cabeza al Almirante e increpó a éste.

—¡Eh, viejo, deje en paz a la chica!

—¡Váyase al cuerno, gilipolla! —contestó el Almirante.

El otro le asestó un puñetazo en el ojo, y el Almirante se vio sentado en el suelo mientras la gente se arremolinaba y Yawna afeaba al muchacho su conducta por pegarle a un hombre mayor.

“Encima más insultos”, se dijo el Almirante por aquello de “hombre mayor”.

Fue un fin de semana inolvidable.

* * *

Mientras curaba la moradura del ojo se iban ultimando los preparativos de la fuerza sideral que Miguel Ángel Aznar llevaría al circumplaneta. El Almirante hubiese querido poder demorar la partida, pues con ésta llegaba el final de tres semanas deliciosas vividas intensamente junto a Yawna.

Yawna, cuando se la conocía, resultaba una mujer encantadora; sencilla, traviesa a veces, y otras veces de una ingenuidad desconcertante.

Yawna, como todos los bartpuranos, era muy reservada en todo lo que se relacionaba con sus conocimientos paranormales. Eladio Ross, que estaba escribiendo un libro sobre las experiencias parapsicológicas obtenidas a través de Yawna, decidió acompañar a Miguel Ángel y regresar al ISLA DE CUBA en compañía de Yawna. Silvana se quedaba en Nuevo Madrid con el niño porque, según dijo, las condiciones de vida actuales en Topera, no ofrecían garantías de seguridad y salubridad.

La despedida afectó especialmente a Yawna, que se había encariñado con Silvana y el niño. Finalmente Yawna embarcó en un aerobote en compañía del Almirante y el doctor Ross.

La fuerza despegó de la Base Sideral de El Páramo, y todos los buques, en ordenadas filas, se dirigieron en busca de los grandes túneles-esclusa que les llevarían al espacio. Al salir de los túneles, los cruceros aceleraron poniendo proa al circumplaneta, que brillaba esplendoroso en un día sin noche.

Aunque a bordo de los buques no se apreciaba diferencia entre la noche y el día, la vida se regía por el tiempo de VALERA según las rígidas ordenanzas de la Armada; toques de campana, relevo de la guardia, algún simulacro para comprobar el buen estado de los instrumentos y la preparación de la tripulación, horario para las comidas y para el descanso…

Para Miguel Ángel Aznar, como probablemente para la mayoría, la primera noche a bordo fue la peor. Había dejado a su tierno hijo,

ignorando cuánto tiempo transcurriría hasta verlo de nuevo. Atrás quedaban los felices días de holganza, y en perspectiva una tarea tan dura como ingrata. Pero acaso lo peor de todo era como un peso que cargaba sobre su conciencia. Pensaba en su esposa muerta, y se recriminaba la idea de que la estaba olvidando quizás demasiado aprisa.

Miguel Ángel había sido feliz el corto tiempo que vivió con Sara. Era una muchacha dócil, dulce y sensata. Se habían conocido durante la breve expedición al circumplaneta, y se sintieron mutuamente atraídos en las horas de peligro y tensión que pasaron juntos.

Aparte el atractivo sexual que Sara ejercía sobre él, Miguel Ángel Aznar había amado a su esposa un poco como el padre cariñoso a la hija. Sara tenía veintidós años, y él había cumplido los ochenta y seis… y no contaba los doscientos setenta y seis que había permanecido hibernado. Aunque físicamente no aparentara más de treinta, los años estaban en el corazón del Almirante y ordenaban su conducta. Había sido un calavera a los veinte… pero los años, que todo lo maduran, hicieron de él un hombre más sensato.

Ahora, recién muerta Sara, aparecía en su vida una nueva mujer, Yawna. A diferencia de su esposa, Yawna no era una chiquilla. Confesaba tener doscientos años y haber sido casada. Al contrario que en Sara, el atractivo físico no era lo más destacable de la bartpurana. Aquel "algo" que trascendía de Yawna se situaba por encima de lo material y, sin dejar de excitarle como mujer, era "distinto" en todo a lo que había sentido por Sara.

Junto a Yawna, Miguel Ángel sentía la certeza de ser comprendido. Yawna quizás conociera los ocultos rincones de su mente mejor que él. Tenía la facultad de penetrar sus pensamientos, podía seguir el curso de sus ideas, en silencio, contemplándole desde un rincón oscuro de la sala. Sufría con él porque estaba "con él", y sentir sus satisfacciones y experimentarlas en sí misma, porque ella vivía dentro de él. La utópica asociación de almas, tan difícil de conseguir en la realidad entre hombre y mujer, se realizaba entre él y Yawna sin esfuerzo, espontáneamente.

—¡Oh, Yawna… Yawna! —murmuró Miguel Ángel dando vueltas inquieto en la cama.

Apenas un minuto después ocurría algo increíble. En la semipenumbra del camarote, alumbrado solamente por la lamparilla de la cabecera de la cama, vio sobre la pared de acero un espectro inconsistente, la figura de una mujer que parecía materializarse a través del muro. ¡Era Yawna!

A medida que el espectro adquiría formas y consistencia, podía vérsela con mayor claridad. Era Yawna vestida con un tenue camisón de gasa, un regalo de Silvana Ross, que velaba de forma misteriosa las formas del cuerpo desnudo. Miguel Ángel creyó que era víctima de una alucinación. ¡Pero Yawna se materializó completamente a través del muro! Estaba allí, dentro del camarote, mirándole con sus brillantes ojos dorados mientras le sonreía. Avanzó dos pasos y se detuvo junto a la cama.

—No estás viendo un fantasma, Miguel Ángel. Soy Yawna, he sentido que estabas inquieto y me llamabas.

Miguel Ángel alargó la mano y la tocó. Sí, aquello era el contacto firme y tibio de un muslo. El Almirante pegó un respingo y se incorporó quedando sentado en la cama.

—¿Entonces, es verdad… estás aquí? —murmuró.

—Puedes verme y tocarme, ¿no es cierto?

El Almirante saltó de la cama y se puso en pie ante ella. Sólo llevaba puesto el pantalón del pijama, y su desnudo torso se agitaba al compás de su entrecortada respiración. La miró de cerca, como si todavía no pudiera creer que realmente fuera ella. A través de la gasa se advertía el erguido seno con el círculo más oscuro del enhiesto pezón.

—Yawna —murmuró roncamente—. Si has podido detectar mi pensamiento a través de estos muros… sabrás también por qué te invocaba.

—Sí. Sé que te agita el deseo… Yo también te deseo, siento necesidad de ti.

Miguel Ángel la estrechó entre sus brazos. Sintió el contacto de la carne palpitante y la besó en los labios. Los bartpuranos no conocían el beso como caricia o expresión cariñosa, pero a Yawna le gustó el contacto, se estremeció y buscó la boca del terrícola.

Él la empujó suavemente hasta la cama. Yawna se dejó caer, pero de pronto reaccionó de manera inesperada. Empujó al terrícola poniendo sus palmas sobre el torso desnudo de él.

—¡No! —rechazó con energía—. ¡No!

—Yawna, amor mío. Tú me deseas y yo…

—Quiero ser tuya, lo deseo. Pero no ahora.

—¡Yawna!

—Deseo ser inseminada por ti… quiero tener un hijo tuyo ¡te amo! Pero esto tiene que hacerse en el momento oportuno y con los elementos necesarios… para que puedan separar tus cromosomas y juntarlos con los míos.

El Almirante saltó hacia atrás poniéndose derecho con la agilidad de un acróbata. Miró atónito a la mujer.

—¿Eso es todo lo que quieres de mí? —gritó colérico, agitado por la decepción—. ¿Piensas en mí como una vaca en un toro semental… sólo para que te suministre unos determinados cromosomas?

Yawna se incorporó temblorosa y Miguel Ángel retrocedió ante ella como si rehuyese su proximidad.

—Almirante, ¿no lo comprendes? —gimió—. Yo te amo, todo se realizará igual… Pero puesto que podemos escoger, debemos hacer de nuestro hijo un ser hermoso, inteligente y perfecto.

—A mí no me importa que mi hijo no sea demasiado hermoso ni demasiado inteligente. No miro a través de ti como una máquina de hacer niños. Si lo que buscas es un buen ejemplar de macho… ¡maldita sea, vete a buscarlo por ahí! ¡Hay miles de hombres más altos y más fuertes que yo!

—¡Tú eres bastante fuerte y alto para mí! —gimió Yawna angustiada—. ¿No lo comprendes? No se trata de hacer un niño a lo que salga, sino procurar por todos los medios…

—¿Pero quién te figuras que soy? —la interrumpió Miguel Ángel gritando—. ¿Esperas que te haga el amor sabiendo que detrás de la puerta me espera un científico con bata blanca y una probeta en la mano? ¡Vete al infierno!

—¡Almirante!

—¡Al cuerno! —gritó Miguel Ángel.

Cruzó el camarote, abrió la puerta y la invitó con un gesto.

Yawna cruzó por delante de él y salió con la cabeza gacha. El Almirante cerró con un portazo que resonó en todo el buque.

CAPÍTULO IX

AL comparecer en el comedor a la hora del desayuno, Eladio Ross advirtió la ausencia de Yawna y del Almirante Aznar.

—¡Vaya, al Almirante se le han pegado las sábanas esta mañana! —comentó Ross mirando al reloj eléctrico.

—El Almirante no se encuentra a bordo —contestó el Comandante del buque, Capitán de navío Arco—. Esta madrugada, repentinamente, me llamó para anunciarme que iba a trasladarse al ROMA.

—¿Cómo?

—Pues vistiendo una armadura de vacío, naturalmente.

—Quise decir, ¿por qué? ¡Así tan repentino!

—El Almirante quería comentar con el Contralmirante MacLane los planes de la campaña. MacLane se encuentra a bordo del crucero ROMA. El Almirante me ha ordenado conducirles a la señora Yawna y a usted al “disco volante”, y reunirme con el grueso de la escuadra más tarde.

Aunque extrañado, Ross no dio mayor importancia al asunto. Pero cuando poco después fue a buscar a Yawna y advirtió sus ojos enrojecidos por el llanto, relacionó la ausencia de la bartpurana en el comedor y la repentina decisión del Almirante de cambiar de buque.

Obrando con discreción, Ross no hizo ninguna pregunta.

—¿Tienes ganas de trabajar hoy?

Yawna dijo que sí. Ross fue a buscar su magnetófono y su carpeta de apuntes y se dirigieron a una pequeña y acogedora sala de estar.

Aunque fundamentalmente estudiaba la parapsicología, Eladio Ross estaba haciendo al margen, y simultáneamente, un valioso acopio de datos sobre la filosofía bartpurana. En el curso de su conversación Yawna preguntó a Ross en qué punto del contexto de

la conducta humana situaban los terrícolas las relaciones sexuales.

Ross expresó su punto de vista de que, sobre este asunto, la conducta humana era poco distinta de la puramente animal.

—La Naturaleza, que es sumamente sabia, ha creado el sexo y ha hecho un placer del acto sexual. De tal modo que, buscando satisfacer sus sentidos, macho y hembra caen en la trampa asegurando de este modo la perpetuación de la especie.

—Pero los humanos no somos animales, sino seres inteligentes, con una razón que predomina sobre el instinto. La atracción del sexo no debe perturbar nuestras mentes hasta olvidar que, tras el acto sexual, normalmente procreamos un nuevo ser, un hijo. El hijo debería ser más importante que el acto sexual, no al contrario —objetó Yawna.

—Bueno, eso es cierto —admitió Ross—. Sin embargo, no siempre ocurre así. El hijo, con frecuencia, es consecuencia de un momento de enajenación, de una entrega mutua en un momento en que el instinto arrolla a la reflexión. Yo diría que es parte del atavismo animal que todavía pervive en nosotros. Y también digo, a título personal, que el día que el acto sexual obedezca pura y simplemente a un propósito calculado, nuestro mundo habrá perdido uno de sus mayores atractivos.

—¿Y por qué no pueden asociarse ambas cosas, el instinto por una parte, y la conciencia de la consecuencia del acto por otra? Un hijo no es una cosa cualquiera. Tenemos el deber de crearlos lo más perfectos que nos sea posible.

—En efecto, ese es un deseo natural que cumplen incluso los animales. La hembra más hermosa suele escoger al macho mejor dotado. ¿Pero a qué viene todo esto, Yawna? ¿Tiene algo que ver con la huida del Almirante Aznar? ¿O no sabes que el Almirante no está a bordo?

—Lo sé.

—¿Te dijo él que iba a cambiar de buque?

—No. Pero siento que falta su presencia.

—¿O sea, que cuando estaba a bordo, sabías que estaba aquí? —preguntó Ross interesado.

—Sabía en todo momento en qué lugar del buque se encontraba.

—¿Amas al Almirante?

—Sí. —Yawna afirmó con sinceridad.

A continuación, sencilla y espontáneamente, relató lo ocurrido la noche anterior entre ella y Miguel Ángel Aznar.

—¿Crees que hice mal? —acabó preguntando.

—Pienso que en lo que estuviste errada fue en visitarle en su propio camarote. Consciente o inconscientemente tú le provocaste.

—Yo sabía que me deseaba, que necesitaba de mí…

—Y tú le necesitabas a él. Sólo que en el último momento, la razón se sobrepuso a tu deseo. Yawna, al Almirante no le gustan las mujeres frías y calculadoras. Le fallaste anoche en lo que él más admira en ti; la espontaneidad. Él no tenía razón, pero tú no fuiste oportuna en escoger el momento.

—¡Pero es que yo “creo” que es así como debe ser! Si no se lo hubiese dicho, no habría sido sincera.

—Yawna, amiga mía, la sinceridad no es siempre lo mejor. A veces una pequeña mentira, o simplemente callar lo que uno piensa, es lo conveniente y oportuno. Bueno, supongo que todo se arreglará entre vosotros.

El Almirante Aznar no regresó al buque.

Cuando la fuerza sideral se encontraba cerca del circumplaneta, el LIMA se separó de la escuadra y se dirigió al ISLA DE CUBA. Aquí, en mitad del océano, el “disco volante” era por una vez una auténtica isla. Rodeado de espuma, más de la mitad de su férreo casco sobresalía del agua formando un acantilado inaccesible que se elevaba en vertical a seiscientos metros de altura.

El LIMA se posó unos instantes en la enorme cubierta para desembarcar a Yawna y al doctor Ross, y a continuación se elevó de nuevo para ir a reunirse con el grueso de la escuadra.

Avanzando contra el viento que barría la cubierta, Ross llevó a Yawna hasta una cúpula metálica, donde eran esperados por Mauro y por el profesor Ferrer. Un ascensor les condujo al enorme hangar donde funcionaba la KARENDÓN.

El tiempo parecía no haber transcurrido. La máquina seguía “reintegrando” bartpuranos de ambos sexos, y las escenas de alegría y los saludos entre los recién llegados se sucedían como el primer día. Pero los bartpuranos “recuperados” sumaban ya doscientos mil.

Mientras Yawna iba con su primo a reunirse con sus abuelos, Eladio Ross y el profesor Ferrer se reunían con el Comandante Aizperrutia para comer con los oficiales del navío. En ATOLÓN se

recibían perfectamente las emisiones de televisión de VALERA. En el ISLA DE CUBA se conocía todo lo que ocurría en el autoplaneta, pero sólo por la versión oficial.

Ross describió el estado de la opinión pública, actualmente a favor de prestar una ayuda interesada a los bartpuranos. A continuación preguntó cómo andaban las cosas aquí.

—Magníficamente —aseguró Ferrer—. Tenemos doscientos mil bartpuranos en la ciudad, y los rollos de cinta se están terminando.

—¿Cómo que se están terminando? —respingó Ross—. Espero que los bartpuranos no nos hagan la faena de pasar varias veces las mismas cintas para repetir su colección de tipos.

Ferrer se rió de los temores del doctor. Los bartpuranos no habían mentido, solamente no dijeron toda la verdad. IZRAIL tampoco mintió, el robot ignoraba que los bartpuranos tenían más de una máquina KARENDÓN y más de un montón de rollos de cinta escondidos en otro lugar secreto. Existía cierta lógica en esta medida, ya que los bartpuranos ignoraban lo que iba a ocurrir en el transcurso del tiempo, y no confiaron toda su población a un solo escondrijo ni a una sola KARENDÓN. De este modo, si se perdía una máquina, quedarían otras para asegurar el retorno de, al menos, una parte de los cincuenta millones que se desintegraron.

—Ha llegado usted a tiempo —terminó diciendo el profesor Ferrer—. Mañana nos trasladamos a la altiplanicie, no lejos de las ruinas de CIFRA. Es allí donde está enterrada la segunda KARENDÓN.

* * *

El territorio que los bartpuranos llamaban Hamma tenía un curioso parecido con Australia, siendo aproximadamente tres veces mayor. Aunque era una isla oceánica, sus dimensiones lo elevaban a la categoría de continente. Medía 12.600 kilómetros en su parte más ancha y 8.400 en su parte más estrecha. La mayor parte del continente estaba cubierta de grandes selvas.

El Servicio de Información de la Armada poseía datos exactos sobre la ubicación de media docena de núcleos de población, que bien podrían denominarse ciudades. Pero la inmensa mayoría de las “mantis” vivían en su elemento natural, la selva, formando

pequeñas unidades o “tribus”, generalmente dependientes de algún estado vecino poderoso.

La civilización de las “mantis” llevaba 30.000 años de desarrollo, pero sus orígenes se remontaban mucho más lejos en el tiempo, pues ya se trataba de insectos “sociales” antes que una mutación espontánea creara un monstruo, del cual posiblemente derivó toda una nueva raza de “mantis” gigantes.

El gigantismo había elevado a las “mantis” a la condición de seres dominadores de un mundo habitado por criaturas de débil condición, y les convirtió en los depredadores por excelencia.

La cultura tecnológica de las “mantis” debió desarrollarse sobre un esquema distinto al del hombre de la Tierra. En lugar de crear sobre sus propias experiencias, parecía más bien que se limitaran a copiar e imitar la tecnología de los hombres. Junto al progreso que significaba la sustentación por el sistema de campos de fuerza, aparecía en sus aviones el motor de reacción alimentado por hidrógeno.

El circumplaneta era un mundo pobre en recursos energéticos, pues siendo un planeta relativamente joven, creado artificialmente, en él no existían ni el carbón, ni el petróleo, ni el gas natural ni los metales. Solamente la madera podía utilizarse para alimentar máquinas de vapor.

Los bartpuranos debieron tener buen cuidado en que las “mantis” no capturaran jamás un reactor nuclear. Comoquiera que fuese, las “mantis” no habían alcanzado todavía aquel grado de desarrollo que les conduciría a los umbrales de la Era Atómica, pero existían buenas razones para suponer que andaban cerca de conseguirlo.

Las “mantis” se habían enriquecido de los despojos de la civilización bartpurana, desmantelando sus ciudades para obtener el hierro y los demás metales de que carecían. Pero probablemente debieron capturar algo más; libros, esquemas y fórmulas que tal vez llegaron a interpretar.

De momento las fuerzas aéreas de las “mantis” no representaban obstáculo serio. Los insectos las construían de acero, que era muy vulnerable a los “Rayos Z” desintegradores. Sus armas eran puramente convencionales; cañones, ametralladoras, bombas y cohetes.

Frente a esta chusma aguerrida, aunque indisciplinada y mal armada, estaban los doscientos cruceros de combate sideral de la serie STELAR, el último modelo surgido de los astilleros valeranos, que incorporaba todos los adelantos tecnológicos y los más sofisticados artefactos de destrucción. Pero, irónicamente, el tremendo poder destructor de aquellas aeronaves, no iba a servir prácticamente para nada frente a las "mantis".

Como diría el Almirante Aznar en el curso de la "guerra":

"Es como venir a matar pulgas a cañonazos".

El inconveniente de estas modernas aeronaves era, curiosamente, su excesiva potencia de fuego. No podían emplearse contra las "mantis" ni los torpedos de cabeza nuclear que buscaban por sí solos el blanco, ni su dotación de 200.000 cazas DELTA, que impulsados por rayos de "luz sólida" aceleraban en pocos minutos hasta alcanzar casi la velocidad de la luz, ni las bombas "Doble Uve", que desintegraban por reacción en cadena el oxígeno contenido en la atmósfera, aniquilador de planetas y humanidades enteras.

Aun así, el perverso genio creador del Hombre reservaba algunas sorpresas a las "mantis".

La primera acción de combate fue dirigida simultáneamente contra los núcleos de población que figuraban en los mapas del continente. Las "mantis", que no eran hormigas, tenían sin embargo ciertas costumbres propias de aquéllas. Sus colonias adoptaban la curiosa forma de cono, con numerosas entradas en la base y una especie de cráter o chimenea en lo alto del cono. Estos "termiteros" parecían estar construidos de barro mezclado y amasado con alguna secreción alcalina de las "mantis". Los mayores alcanzaban hasta cien metros de altura, y eran sólidos como cemento. Cada "ciudad" tenía varias docenas de termiteros, rodeados de cultivos.

Las "mantis" tenían una agricultura altamente desarrollada y perfectamente planificada. Cultivaban preferentemente cereales, y también una especie de troncos de coles que figuraba en su alimentación básica.

Las "tribus" de la selva, por el contrario, vivían casi exclusivamente de la caza de otras clases de insectos y de cuantos animales podían alcanzar.

Cuando la primera escuadrilla de cruceros se acercaba a la

ciudad escogida por el Almirante Aznar, salieron a su encuentro los reactores de las “mantis”, especie de platos ovalados propulsados por dos motores de chorro.

Los reactores despegaron casi verticalmente de un aeródromo de los alrededores de la ciudad y ascendieron continuamente describiendo un círculo para situarse a popa de los tres cruceros. Eran algo más de un centenar de aparatos, la mayor fuerza aérea que los valeranos habían visto reunida desde que entraron en contacto con las “mantis”.

El propósito del Almirante, más que aniquilar insectos, era quebrantar su moral, de tal forma que la noticia del poder de los “extranjeros” se difundiera por toda la inmensidad del circumplaneta y mantuviera a las “mantis” alejadas de los humanos.

Los reactores, alcanzada una altura conveniente, atacaron enviando por delante una andanada de cohetes. Los “Rayos Zeta” terrícolas entraron en acción; primero desintegraron en sendas explosiones a los proyectiles, y a continuación cayeron sobre los reactores haciéndolos estallar en deslumbradoras llamaradas.

La artillería antiaérea empezó a ladrar contra los aparatos terrícolas. Éstos pasaron sobre la ciudad, soportando impávidos el impacto de las granadas, y se alejaron varios kilómetros. Cuando los insectos salían de sus madrigueras, para ver huir al enemigo, estalló sobre sus cabezas un globo de fuego aterrador. Las “mantis” conocieron el terrible poder de la desintegración del átomo, y simultáneamente lo olvidaron, pues nadie quedó allí para contarlo. La ciudad había quedado literalmente barrida de la faz del planeta en unos segundos.

Reunida de nuevo la fuerza, después de aniquilar las ciudades, la escuadra desplegó o en un frente que cubría dos mil kilómetros de selva. Bombas verdes, anticatalizadoras de la clorofila, de acción restringida, cayeron sobre la selva aniquilando la vegetación en un radio de cincuenta kilómetros.

Los sensibles detectores de rayos infrarrojos, capaces de descubrir el calor emanado por una cerilla a kilómetros de distancia, iban indicando los lugares donde, bajo la tupida bóveda de la selva, se movían los insectos u otro animal. Inmediatamente después de ser localizado un punto de calor, iba hacia allá una bomba de fósforo que hacía arder la selva en veinte metros a la

redonda.

La escuadra, en su sistemática labor aniquiladora, no podía avanzar muy aprisa. Lo que iba quedando detrás era un terreno yermo, ennegrecido y desolado. Cuando los detectores denunciaban un foco de calor equivalente al de muchos insectos juntos, se utilizaba un cohete de cabeza nuclear. ¡Un ingenio nuclear para destruir unos cientos de insectos! Esto fue lo que hizo exclamar al Almirante:

—Esto es venir a matar pulgas a cañonazos.

La tarea era dura, lenta e ingrata. Humanos o no, las “mantis” tenían una inteligencia, eran seres vivos. Miguel Ángel Aznar tenía que recordar constantemente cómo las “mantis” habían asolado las ciudades bartpuranas, para acorazar su fibra sensible y continuar adelante.

Finalmente hasta el corazón del Almirante se insensibilizó. Hombres y máquinas llevaban a cabo la tarea de matar y destruir con idéntica indiferencia.

Todos se sentían hastiados y cansados cuando a las tres semanas de operaciones, agotadas las bombas de toda clase, el Almirante ordenó dirigirse a la altiplanicie.

Desde hacía tres semanas el ISLA DE CUBA permanecía inmóvil en el espacio, a seis mil metros de altura sobre las ruinas de CIFRA. Las tripulaciones llevaron sus buques a tierra, ganosos de salir de sus máquinas, de ver caras nuevas y sentir sobre sus cabezas el calor del sol.

Lo que vio Miguel Ángel Aznar al saltar a tierra le dejó mudo de pasmo. El “disco volante” se había cargado con abundante maquinaria y materiales de construcción cuando el primer intento de establecer una colonia en ATOLÓN. Ahora parte de esa maquinaria se movía por todas partes. Las grandes esferas rojas que flotaban como globos de verbena en el espacio eran reactores nucleares accionando plantas eléctricas. La electricidad se enviaba por ondas a las máquinas, y éstas trabajaban desarrollando una actividad febril.

¡Los bartpuranos estaban reconstruyendo su ciudad!

Picados por la curiosidad, los cansados guerreros se dirigieron en grupo hacia la ciudad. Entrando por una amplia avenida enlosada con grandes piedras, veían con asombro los viejos edificios

nuevamente en pie. Columnatas, atrios, muros y arcos parecían haber vuelto a su sitio como por arte de encantamiento.

Los edificios habían sido reconstruidos con las viejas piedras hasta la mitad de la avenida. Allí trabajaban todavía las excavadoras levantando toneladas de tierra y cargándola en camiones y vagonetas. Cifra estaba medio enterrada bajo una capa de tres a cuatro metros de tierra. Más adelante Miguel Ángel se detuvo con sus compañeros para ver lo que hacía un bartpurano de corta túnica y pañuelo a la cabeza.

El hombre tenía en la mano como una caja de zapatos, especie de cámara fotográfica con un mango y un corto telescopio para apuntar. Vieron cómo el bartpurano enfilaba su “cámara” sobre un sillar de cuatro o cinco toneladas. De momento nada ocurrió. Pero a continuación el bartpurano movió despacio su “cámara” levantando el objetivo. ¡El sillar levitó! Siguiendo el movimiento de la “cámara”, la pesada mole de granito se movió también, se elevó, se desplazó sobre la perpendicular de un muro, luego empezó a bajar suavemente y quedó perfectamente encajada en su lugar.

Tranquilamente el bartpurano se volvió para enfilar otro sillar con su “cámara”. ¡Un solo hombre, con un aparatito como aquél, estaba realizando la labor de una grúa de diez toneladas!

Antes que nadie pudiera decir nada, una voz alegre dijo a sus espaldas:

—Sí, son ondas gravitacionales.

Se volvieron. Allí estaba el doctor Ross, moreno de sol, bajo un sombrero de paja, detrás de unas gafas ahumadas. Miguel Ángel casi no lo reconoció. Se estrecharon la mano.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —señaló el Almirante a su alrededor.

—Queríamos reservarle esta sorpresa, si tarda un mes en volver encuentra la ciudad reconstruida. Como ya sabe, vinimos aquí a rescatar la segunda KARENDÓN y más rollos de cinta perforada. Había una KARENDÓN pequeña, para rescatar hombres, y otra mucho más grande para rescatar objetos. Los bartpuranos nos sorprendieron con algunas muestras de su alta técnica, entre otras cosas, esos proyectores de ondas gravitacionales. Como teníamos abundancia de máquinas y materiales en el transporte, decidimos que lo mejor era emplear el ocio de tantos bartpuranos dedicándolos a reconstruir su ciudad. ¡Ya ve lo que hemos

adelantado!

—Sí, ya lo veo. Parece increíble.

—Los bartpuranos pasaban ya del medio millón. No van a tardar tantos años en estar todos de regreso. Son muchos y están entusiasmados con su trabajo.

—¿Y Yawna? —preguntó el Almirante casi sin darse cuenta.

—¡Ah, Yawna! —se rió el doctor—. ¿Por qué no va a verla?

—Pensaba subir al ISLA DE CUBA más tarde. En cuanto me duche y me cambie de ropa.

—Bien, vaya a arreglarse, dentro de una hora comemos.

El Almirante se dirigió a su buque, pasó a bordo y se dirigió a su camarote. El buque estaba desierto y silencioso, con todos sus tripulantes en tierra. Miguel Ángel se metió en la ducha, salió y se puso a afeitarse ante el espejo del lavabo.

Al parar la afeitadora y volverse se vio ante Yawna que estaba de pie en mitad de la cabina. La puerta estaba cerrada y Miguel Ángel sintió que se aceleraban los latidos de su corazón. Yawna vestía igual que el día que la vio por primera vez saliendo de la KARENDÓN; con su larga túnica dorada y los cabellos de oro peinados en dos rodetes, que le daban aquel aire distinguido.

Se miraron a los ojos.

—¿Por qué no me has hablado por radio ni una sola vez? —preguntó Yawna con reproche.

—¿Tenía que hacerlo? —contestó el Almirante.

Ella sacudió su cabeza.

—No. Aunque lejos, yo estaba contigo muchas veces sin que me vieras. Sé que pensabas en mí. Sentía gravitar tu pensamiento, lo sentía muy cerca.

—Es cierto, no he podido olvidarte. Te amo.

—Todavía estás enojado conmigo. Lo veo en tu aura. Hay cólera y despecho en tu alma. ¿Por qué, si yo te amo?

Ella se acercó hasta que casi le tocó con los senos. El Almirante se dijo que era una tontería tratar de ocultarle su pensamiento. Yawna leía en su mente como en un libro abierto. Yawna sonrió al interceptar esta idea. Sus pupilas brillaban de coquetería y malicia.

El Almirante la cogió violentamente entre sus brazos, la besó con rabia, la estrujó con violencia. Y Yawna correspondió a sus besos con pasión.

—Almirante, te amo… te amo. Te deseo —murmuró Yawna.

—¿Está tu científico detrás de la puerta, esperando mis cromosomas con un tubo en ensayo en la mano? —preguntó él a su oído.

—Tonto —se rió Yawna—. No es necesario. Yo iré después al laboratorio.

—¡Vaya por Dios! —suspiró el Almirante.

La luz se apagó entonces. Nadie había tocado el interruptor, era otro de los trucos de Yawna.

F I N

Notas

[1] Véase TIERRA DE TITANES, núm. 32 de esta Colección. <<

[2] Ver EL ÁNGEL DE LA MUERTE, núm. 33 de esta Colección. <<